

Noa Sparks



PERFECTO PARA MÍ



Noa Sparks



PERFECTO PARA MÍ



IMPERFECTO PARA MÍ

Título: *Imperfecto para mí*

© 2023, Roseline Moyle

De la edición y maquetación: 2024, RM Madera

Del diseño de la cubierta: 2024, Calice Design

Corrección: 2024, RM Madera (Servicios editoriales RM)

Primera edición: 2024, septiembre.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

**El hijo del jefe,
un viaje de negocios
y una *app* de citas.
¿Qué podría salir mal?**

**Para todos los que en alguna ocasión nos hemos sentido
«Sofía».**

**Para aquellos que hemos creído alguna vez que no
encajábamos con el resto.**

**Para los que, aunque lo hayamos tenido delante, no nos
hemos dado cuenta.**

**Para los que, como yo, piensan que nunca podemos
saber lo que el destino nos tiene preparado.**

Y para mi gran ángel, el que siempre tenía una sonrisa pintada y el que, por supuesto, tantas sonrisas me arrancó.

De ti heredé la capacidad de inventar historias. Yo las escribo y tú las narrabas. Por eso, una parte de ti vivirá siempre en mí.

Eres esa gran estrella que brilla más que ninguna otra en el firmamento.

Te quiero, abuelo.



Índice

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras novelas de](#)

Prólogo

El grito que pego cuando oigo por megafonía el aviso de que debo ir hacia la puerta de embarque hace que mi madre dé un respingo enorme, sobresaltada por mi reacción. Sonríe al escucharme, pero soy consciente de que está disimulando, porque lo hace de pena. Sí, sé que se alegra por mí y por la gran oportunidad que voy a tener, sin embargo, hemos estado las dos solas toda la vida y, por consiguiente, la entristece demasiado el hecho de tener que dejarme ir.

—¡Corre! —me apremia. ¡Ojo!, no porque quiera que me vaya, sino porque teme que pierda el vuelo, algo que no sería raro en mí.

Pero ¿quién puede culparla? Nací un martes y trece. ¿Alguien da más? Si eso no era presagio de lo que sería mi vida... ¡apaga y vámonos!

—¡Eh! Cualquiera diría que tienes ganas de perderme de vista —le replico, sonriendo y volviendo a agarrarme a su cuello—. Volveré en Navidad —le aseguro, porque es algo que no es negociable.

—Dale recuerdos a Idaira. —Asiento en respuesta y me limpio la tonta lágrima que resbala ya por mi mejilla.

¡Mira que me prometí no llorar, porque...!

¡Mierda!

¡Ya está mi santa madre peor que la fuente de la plaza de la Catedral!

—Mamá, no llores —le pido, tragando el nudo que tengo en la garganta.

—¡Pues no lo hagas tú! —contraataca.

Pues también tiene razón.

Como si fuésemos dos tontas, nos echamos a reír a carcajadas, hasta que el sonido de la voz robótica de la chica de megafonía vuelve a retumbar, recordándome que me estoy entreteniendo más de la cuenta, porque este es el último aviso.

—Te llamo cuando llegue —le digo, caminando hacia atrás y tirando como puedo de la enorme maleta que llevo.

—¡Sofí...!

¡Hostias!

Una maldición, que no está saliendo de mi boca, hace que contraiga el gesto, me gire despacio y observe con vergüenza al portador de la sarta de improperios que están llegando a mis oídos. Al hacerlo, veo a un hombre... bueno, vale, me da la impresión de que no es tan mayor... tendrá... no sé, quizá... ¿veintisiete? Unos años más que yo, o eso calculo. En fin, que la edad es lo de menos cuando me fijo en que su caro abrigo—al menos tiene pinta de serlo—, ese que reposa sobre uno de sus brazos y luce una nada hermosa mancha de café. ¿He dicho que la prenda en cuestión es gris perla? ¿No? Pues eso, que acabo de destruirla. ¡A ver dónde porras encuentra aquí y ahora este muchacho un quitamanchas instantáneo, en seco y, por supuesto, eficaz!

Frunzo los labios y abro los ojos, bastante horrorizada —dicho sea de paso—, al percatarme de la nada insignificante marca.

—Yo... Uy, lo siento... Si me deja —me ofrezco mientras me quito la rebeca roja que llevo anudada a la cintura, que no sé ni para qué la he traído porque aquí hace un calor de tres pares de narices.

Suelto de cualquier forma la maleta en medio del gentío que pasa a nuestro alrededor y me

dispongo a refregar con ella los restos de café lo mejor que puedo. Quizá, con suerte, mucha suerte, consiga eliminar algo. O, tal vez y conociéndome, lo más seguro es que por ser nueva empiece a despintar y consiga que, además de la mancha marrón, le salga otra rosada la mar de mona con la que hacer juego.

—No, no la dejo —me replica el muy...

Espantada y sorprendida por su reacción, vuelvo a abrir los ojos, más todavía esta vez, porque ¡será cretino! ¡Solo quería ayudar!

—Pero...

—Pero nada. Déjelo. No voy a perder el vuelo por culpa de una inepta. —Y sin darme la oportunidad de replicar, se va, eso sí, gruñendo como si fuese un anciano amargado.

Me quedo con cara de idiota a la vez que voy siguiéndolo con la mirada.

—Sofía, hija, si es que... —me dice mi madre, bastante apurada, desde su posición.

Voy a protestar cuando el DING DONG DING de megafonía vuelve a sonar y esta vez escucho cómo pronuncian mi nombre por él.

—¡Que pierdo el avión! —grito como una loca y, sin aprender de lo que acaba de pasar, me giro sin mirar y salgo corriendo por el pasillo, tropezando con todo el que se interpone entre mi destino y yo.

1

Vuelvo a bajarme del metro como alma que lleva el diablo. Si es que por más que me doy prisa por las mañanas... ¡no hay manera! Soy demasiado remolona. Odio madrugar. Y hoy, encima, el despertador no ha sonado. Y sí, la culpa es mía, por ser tan tradicional y seguir usando uno que va a pilas. ¡Con lo sencillo que es utilizar el móvil! Si ya me lo decía mi tía: «Sofía, contigo se rompió el molde». ¡Menos mal!

Miro el reloj de nuevo y... ¡Confirmado! ¡Otra vez llego tarde! Por mis ovarios que no tengo remedio, por algo siempre me lo recrimina mi madre y ¿cómo se va a equivocar ella? ¡Si es la que me ha parido, por Dios! Y a todo esto, digo yo que ya podría haberme otorgado un pelín más de puntualidad, entre otras cosas. Me habría hecho un favor, ¡para qué negarlo!

Mientras divago en mis diatribas mentales, algo que hago más de lo necesario, como el hablar, el tropezar o, simplemente, el meter la pata o lo que se antoje en el momento menos indicado, me concentro en intentar salvar la distancia que me separa de la oficina. Camino a toda prisa, eso sí, soy consciente de que lo hago a riesgo de torcerme un tobillo o, quizá, algo mucho peor. Noto que la ropa que llevo no está colaborando en mi tarea de aligerar el paso, pues la falda no da para más y, aunque me afano en dar zancadas más largas, no lo consigo.

—¡Maldita tela del demonio! —gruño furiosa, tirando un poco de las costuras laterales. ¡Ni que fuese a conseguir que estirase de ese modo!

«Pareces tonta, Sofía», me recrimino, pero sigo jalando... por si las moscas.

El ladrido de un perro, que no es precisamente un alegre chihuahua, hace que dé un salto. Me asusto al sentir el aliento del animal demasiado cerca. Después del brinco, doy unos pasos más rápidos de la cuenta y esa pequeña carrera origina que la falda se me tuerza un poco. ¡Vaya cosa más incómoda! Si ya de por sí lo era, ahora que está más torcida que un circuito de Mario Kart, mejor ni hablamos. Tironeo como puedo y, con gestos más bien poco femeninos, intento colocarla en su lugar, sin embargo, la condenada parece que me tiene manía y no colabora. Agarro con más fuerza la parte baja de la misma y repito la acción. Mi intención es ponerla en su sitio, pero al hacerlo...

El ras que escucho me deja helada, quieta en el acto y en medio de la acera. Misma postura, inclinada, y con ambas manos agarrando la tela.

—Por favor, Dios mío, dime que no es verdad —imploro, mirando al cielo desde mi posición, porque no sé si va a ser peor incorporarme o quedarme así.

Una risotada varonil de alguien que pasa por mi lado me obliga a abandonar esa pose tan ridícula que tenía y me gire de inmediato hacia el dueño de ese sonido. Es más que evidente que mi cara es de pocos amigos y eso se debe a que sé quién es incluso antes de volverme. Por desgracia, conozco ese timbre de voz, aunque aún no haya hablado.

—Creo que en vez de mirarme a mí o al cielo —dice con sorna—, deberías mirar tu culo. Casi puedo vértelo, yo y todo el que pasa, con esa raja que te has marcado. —Saúl vuelve a lanzar una de sus odiosas carcajadas y, echando un último vistazo a mi casi descubierto trasero, continúa por su camino.

—¡Argg! —grito frustrada—. ¡No aguanto a ese tío!

Y es que, desde aquel día, hace tres meses ya, en el que tropecé con él en el aeropuerto, el destino, la vida o el karma, que debe ser un poco hijo de..., siempre hace que me lo cruce. ¿Exagerada? ¡No! Siempre está ahí cuando me pasa algo, creo que está intentando encontrar el

momento adecuado para hacerme pagar el desaguizado de su caro abrigo —confirmado, ya que es el hijo del jefe/dueño—.

Justo cuando decido ponerme a patalear como si fuese una niña pequeña a la que se le ha caído un helado al suelo, una pobre ancianita pasa por mi lado. Va paseando a su perrillo y lleva la bolsa de pan recién comprado, pero, al oírme, me mira con cara de estar observando a la mayor loca del universo. No sé si lo seré o no, aunque lo cierto es que me siento como tal en estos momentos, sobre todo, porque la mujer aligera el paso para alejarse de mí lo más rápido posible.

Al darme cuenta de que esto es, probablemente, lo más bochornoso que me pueda pasar hoy, decido agarrar el toro por los cuernos, o más bien, la falda por la raja y, maldiciéndome por ponerme a hablar conmigo misma y perder un tiempo que no tengo, pues ya me he atrasado más que ningún día, comienzo a andar de nuevo. ¡Bendito día de mierda para que los astros se desalineen y a mí me salga todo peor que de costumbre! Hoy tengo una reunión muy, muy importante... Una a la que ya llego tarde. Mi jefe me va a matar o... ¡a despedir!

Camino haciendo todo lo que puedo por ignorar el hecho de que mi preciosa falda de lápiz parece un churro sin forma e intentando no pensar en que ahora, en vez de tener una coqueta abertura en la parte trasera, posee un descosido del tamaño del Nilo, por el que, por cierto, se van a terminar viendo las vaquitas que adornan mis braguitas. Eso sería el remate para un día que ha empezado caótico y, por supuesto, el colofón final para que Saúl encuentre el momento de culminar su venganza verbal contra mí.

Cuando llego al semáforo, por fin, la diosa fortuna se pone de mi parte y este cambia a verde en el mismo instante en que me detengo al pie del mismo.

¡Aleluya! En el fondo hay alguien ahí arriba que no me odia tanto.

Salgo disparada sobre las líneas blancas. Voy a toda velocidad, por si los cables se cruzan, los semáforos se vuelven locos y esto cambia de color antes de que yo termine de pasar. Por suerte, no sucede. En la siguiente esquina está mi destino. Esquivo, haciendo más malabares de los que soy capaz, algún que otro charco en la acera, ya que esta noche ha llovido bastante y aún hay restos por aquí y allá, y me encamino con una sonrisa en la cara, y la mano en mi trasero, hasta el edificio que se alza frente a mí, lleno de cristales y puertas enormes.

Justo cuando me dispongo a cruzar una de ellas, la principal para ser más exactos, siento cómo algo moja mis piernas casi desnudas —y digo «casi», porque eso a lo que llaman medias o *pantys* no tapan, ni sirven para quitar el frío, ni para nada que esté empíricamente demostrado—. Me giro con el rostro desencajado por la impresión, porque esto está helado de narices y veo que, además de mis medias, ahora maltrechas y mojadas, tengo un cerco oscuro sobre el lateral de mi chaqueta.

—¡Maldito loco del volante! ¡Mira por dónde vas! —le grito a ese inconsciente que acaba de ponerme empapada al tomar la curva a más velocidad de la que debería—. ¿En serio? —añado, observando la marca que luce ahora mi chaqueta y la cual, por otro lado, voy a tener que quitarme aun a riesgo de pillar una pulmonía.

De nuevo, esa carcajada que tanto odio interrumpe mis pensamientos y, apretando los dientes, vuelvo la cabeza en su dirección. Y sí, ahí está él. Veo a Saúl apoyado en la puerta de entrada. ¿Pero que hace este imbécil aquí? ¿Acaso no debería de estar ya arriba lamiendo culos?, precisamente, en esa importante reunión a la que llego tarde

—Ni una palabra —le advierto, lanzándole una mirada asesina al pasar por su lado.

Él se aparta sin decir nada, tal y como le he indicado, y, para mi sorpresa, me deja pasar. Así, sin más, sin un comentario sarcástico ni nada por el estilo. En el instante en que lo traspaso, oigo

cómo me silba de un modo muy vulgar. ¡¿Y este es el que se supone que ha ido a un colegio de niños pijos?! ¡Y un cuerno! Me detengo dispuesta a soltarle algo, lo que sea. Ya se me ocurrirá algo. Sin embargo, al percibir que me está observando el culo, o la raja de la falda más bien, me callo. Trago saliva al sentir sus ojos en mi trasero.

«¡Que te den, Saúl!», le grito en mi cabeza, porque, como es evidente, no puedo verbalizar semejante ordinariez estando en la oficina y, mucho menos, que esta sea dirigida al hijo del jefe.

La verdad es que exclamarlo en mi interior no hace que me destense ni que se me pase el enfado ni un ápice. Aun menos, cuando sigo oyendo su risa mientras me veo obligada a correr hacia el ascensor antes de que se cierre en mis narices y me toque ir por las escaleras.

2

—Sofía, ¡espabila! —me grita Idaira, riendo, mientras que ve cómo acaba de sacarme de mi concentración absoluta. Gruño en respuesta a ello.

—¿Quééé?! —le contesto, no de muy buenas formas, todo hay que decirlo.

Mi compañera de trabajo, y también de piso, da un golpe bien sonoro con la palma de la mano sobre mi mesa, lo que origina que me encoja de hombros y, ahora sí, levante la mirada hacia ella, porque a pesar de que le había contestado —si es que puede calificarse como tal ese monosílabo tan mal pronunciado—, no he levantado los ojos de los papeles que tengo entre manos.

—Es la hora de salir. Deja eso y vámonos. ¡Es viernes!

—Vete tú, tengo que acabar esto o el jefe me mata. El lunes debe estar todo...

—¡Señorita Díaz!

¡El que faltaba! ¿Y este por qué tiene que aparecer siempre donde menos se le necesita?

Finjo una sonrisa, que no me sale ni de broma, y separo la vista de los ojos inquisidores y amenazantes de mi amiga hacia el susodicho, es decir, hacia Saúl, que viene directo a mi mesa.

No me da tiempo a preguntar nada, porque cuando llega, deja caer su redondeado culo sobre la madera de esta y yo me veo obligada a soltar el bolígrafo que estaba a punto de tomar, ya que se ha quedado bajo su señorial trasero.

Y a todo esto... ¿desde cuándo soy «señorita Díaz»?

—Mi padre ha hablado con los Karlsson y dice que puede tener el contrato transcrito el lunes a primera hora. De modo que puede marcharse. No es necesario que lo haga ahora.

—¡Estupendo! —lo corta Idaira—. Recoge, gordi —me indica, pero yo sigo mirando a Saúl. Necesito verificar que no está intentando sabotearme y...

—Si no te fías de mí, puedes llamarlo y preguntarle.

¡Porras!, me ha leído la mente. Si no fuese porque sé de qué pie cojea y porque nos tenemos un poco jurada la guerra, me ofendería. No obstante, echo una ojeada hacia el teléfono, planteándome de verdad la posibilidad de preguntarle al señor Falcón.

Mi amiga, que me conoce de un modo que hasta empieza a ser preocupante, me lanza una mirada de advertencia, con la que consigue que deje caer la mano, que ya iba en busca del aparato. Un leve sonido parecido a una risa suave es lo que ocasiona que de verdad desista en mi intención. Casi me había olvidado de que este impresentable estaba aquí y... ¡Porras! ¡Cómo odio quedar mal delante de Saúl!

Abro los ojos de forma inconsciente y quiero replicar algo que me excuse ante él, ya que, después de todo, es su palabra la que estoy poniendo en tela de juicio. Sin embargo, no me da tiempo, porque el susodicho en cuestión decide ignorarme y girarse hacia Idaira. Veo cómo le dedica una sonrisa demasiado exuberante, sexi y perfecta para un imbécil como él, mientras que mi amiga apoya la cadera, en una pose coqueta, sobre mi escritorio y, de inmediato, se lleva la mano al pelo.

¿En serio? Por Dios, ¡vaya espectáculo!

Voy a vomitar.

—¿Vais a venir mañana a la salida del departamento? Hemos reservado una parte del local, así estaremos más tranquilos.

Antes de que Idaira conteste, que ya me la veo venir, me levanto de golpe y por poco grito un «NO», así, con mayúsculas. Y digo «por poco», porque al incorporarme con tanto ímpetu me he

golpeado la rodilla con el bajo de la mesa y, aunque intento disimular, me cuesta. Pero... eso no es lo peor. Me obligo a cerrar los ojos cuando veo cómo el líquido de mi botella de agua, que por lo visto no estaba bien cerrada, empieza a correr por el escritorio y se desliza bajo...

Sí, exacto, bajo el trasero de Saúl.

Oigo el siseo que sale de sus labios al sentir el agua fría, pues, pese a que mi madre lo ha intentado mil veces, esa manía de beber el agua casi helada no me la quita nadie. Y, claro, en esta época del año ya no se apetece que te mojen el culote con algo tan fresquito.

«Tierra, trágame», pienso.

Pero no, no me traga, es obvio. Eso sería demasiada suerte para mí. Menos mal que soy rápida de mente y saco un rollo de servilletas de mi cajón y, sin pensármelo siquiera, empiezo a dar golpetazos a las posaderas de Saúl, que ya se ha separado de la mesa. Él me mira entre contrariado y divertido, a la vez que yo estoy inclinada sobre el escritorio para alcanzar mejor sus pantalones, que lucen una preciosa marca de agua con limón.

—Estate quieta —me indica de malos modos.

Me paro en seco y es entonces cuando alzo la mirada y me veo reflejada en esos ojos verdes que tiene Saúl, que, dicho sea de paso, no le hacen justicia. Unos ojos demasiado bonitos para un tipo tan...

¡Ay, mi madre! No llego a terminar de hilar el pensamiento porque algo frío me acaba de traspasar el sujetador. Bajo la mirada hacia ese lugar de mi anatomía que está sufriendo mi mala costumbre de beber agua fría y me doy cuenta de que, en mi empeño por secar la ropa de Saúl, me he plantado sobre el río de agua que había en el escritorio y acabo de empaparme parte la zona delantera de mi camisa de seda blanca.

—Yo... será mejor que me marche. Te espero abajo, gordi —dice Idaira al ver el lío que acabo de montar y, sobre todo, la mirada furiosa de Saúl observando el cerco mojado de sus pantalones.

Empiezo a observar lo mismo que él y, sin poder evitarlo, comienzo a reírme a carcajadas al comprobar cómo la mancha se ha extendido también un poco hacia su delantera. Sin embargo, parece que a él no le hace la misma gracia.

—Recoge este caos que has montado antes de irte —me ordena.

—¡Sí, señor! —le respondo, aguantando la risa e imitando el gesto militar.

—¿Te estás riendo de mí, Sofía? —me inquiere, y juro por Dios que los ojos se le van a salir de las órbitas.

—¡No, Dios me libre, por favor! —replico, destilando sarcasmo, a ver si consigo que se vaya para poder acordarme de mí misma unas cuantas veces.

Sin embargo, no lo hace, al contrario, sigue de pie frente a mí y, para más inri, ahora empieza a pasear la mirada de sus pantalones a mi escote... o, más bien, a lo que la tela mojada deja a la vista.

Ante mi respuesta, que ya sé que debería de haberme callado, solo que aún no ha nacido la persona que consiga eso de mí, él abre los ojos de forma desmesurada y bufa en respuesta.

Sé que Saúl es el hijo del jefe, pero desde el primer momento hemos tenido una peculiar relación. A eso hay que sumarle que no es el típico niño de papá que viste de traje de chaqueta y dirige desde un despacho, no. El señor Falcón lo tiene como un empleado más, aunque después de meses trabajando aquí no me ha quedado muy claro cuál es su función. Hay quien dice que es el relaciones públicas de la empresa, no obstante, yo creo que lo único que hace es dar vueltas por los pasillos, acudir a las reuniones, eso sí, y tocarme las narices a mí en el proceso. Me apostaría lo poco que tengo a que eso es lo que mejor hace y, sin dudarlo, lo que lo motiva a

madrugar cada día para venir a un sitio en el que no aporta nada.

—¿Qué?! —cuestiona de malos modos, al ver que sigo conteniendo la risa.

—Nada, nada —afirmo con poca contundencia.

Saúl, que parece que ya empieza a darme por perdida, hace un gesto con la mano y se va. ¡Por fin! Yo, mientras tanto, me quedo mirando el pasillo y luego desvío los ojos hacia mi escote empapado.

—Menuda la has montado, Sofi —me digo a mí misma en voz baja. Después, empiezo a quitar el agua con el rollo de servilletas que había sacado para limpiar los pantalones del insoportable hijo del jefe.



—¿Has visto que está genial el salir un rato?! —me grita Idaira en la cara, elevando su copa en la mano y dando un sorbo de ella después. La veo contonearse al ritmo de la música y la verdad es que ganas de bailar sí que me están entrando, el ritmo es muy pegadizo y hace que se me vayan los pies solos.

—Sí, sí... —le contesto, no demasiado eufórica, por si acaso quiere hacer de esto una rutina, que ya la conozco.

Lo cierto es que a mí lo que de verdad me apetecía era quedarme en casita, soy más de las de mantita y libro, pero, aquí, la plasta de mi compi se ha emperrado en que salgamos con los del curro. Y digo yo... si ya estoy todo el día con ellos, ¿para qué voy a estarlo también el fin de semana? ¿Para continuar hablando de trabajo? Reconozco que las relaciones sociales no son lo mío. Me cuesta hacer amigos y los que tengo los cuento con los dedos de una mano y me sobran. Además, soy de las que piensa que más no es sinónimo de calidad.

—El hecho de que Raúl esté opositando y haya decidido quedarse en su casa para madrugar y estudiar mañana no condiciona el que tú no puedas salir —me explica, como si yo no lo supiera.

¡Y nada, que no se entera que a la que le gusta estar en casa es a mí! Lo de Raúl es solo un añadido. Y mira que hace años que nos conocemos...

—Lo sé —le replico.

—Es que... Déjame que te diga una cosa, Sofía —me suelta, así, como la que no quiere la cosa. A ver por dónde me sale, que la conozco—: No he tenido tiempo de disfrutarte. —Frunzo el ceño, porque... ¿de qué habla esta loca?—. Verás, he estado aquí sola dos años, trabajando como una burra. En cuanto supe lo del puesto de traductora, me dije: «Idaira, esto es pa' la Sofi». Y, como era evidente, el señor Falcón quedó sorprendido cuando le di tus referencias. «¿Una chica tan joven y que habla ocho idiomas? Quiero conocerla ¡YA!». Eres un puto genio, tía. Tu coeficiente intelectual da miedo... ¡Y eres mi amiga! —grita, varios decibelios más altos de la cuenta. Me encojo, porque puede que ella con la música no se entere bien de lo que me dice, pero yo sí, ya que me lo está chillando, literalmente, en el oído—. Y a las dos semanas de llegar aquí... ¡ZAS! Viene ese tal Raúl y te roba de mis brazos. —La miro y no puedo hacer otra cosa que sonreír. ¡Ay!, que mi Idaira está celosita de que me haya *ennoviado*, como diría mi madre—. Quiero que pasemos tiempo juntas y no con ese imbécil en medio.

Justo voy a replicarle cuando me llegan unos sonidos al más puro estilo cavernícola desde la zona vip. Alejo la mirada del rostro de Idaira y la desplazo hasta allí, donde veo a varios de mis compañeros asomados a lo que hace las veces de balcón y haciendo el troglodita, mientras que levantan las copas como si estuviesen saludando a alguien.

—Hablando de imbéciles... —expreso en voz alta, y separo los ojos de la puerta de acceso a la zona privilegiada del local, justo por donde está entrando Saúl.

—De verdad, no sé qué tienes en los ojos, chica —me reprende Idaira—. Será un imbécil, pero uno que pinta ser una *fucking machine*.

Volteo los ojos para no ver los gestos obscenos que esta demente está haciendo y por los que ya hay más de uno mirando a nuestro alrededor. Creo que al final sí voy a necesitar esa copa que llevo posponiendo toda la noche, porque soy de esas que cuando bebe, le sienta como un rayo. Para empezar, se me sube a la cabeza en menos que canta un gallo, ya que no tengo el cuerpo acostumbrado al alcohol, y segundo, que si ya soy torpe y metepatas sin ningún tipo de aditivo en mi cuerpo al que culpar, ¡mejor no decir lo que ocurre cuando lo tengo!

Varios gritos a lo «unga, unga» me llegan otra vez desde la zona vip y eso marca el límite de lo que mi razón puede soportar sin añadidos.

—¡Venga! ¡Te invito a un chupito! —le grito a Idaira, que me responde con otro que parece sacado más de la garganta de un *hooligan* que de la de mi amiga.

3

SaEd13

¡Hola!

Mariquitalafantástica

Ey, hola. Cómo etas?

Ups, perdón...

Creo que no veo bien las letras con tanto tequila en mi cuerpo

SaEd13

Jajaja. No hay problema. Te entiendo.

Intuyo que acabas de llegar de fiesta, verdad?

Mariquitalafantástica

Más o menos.

No sé si se puede calificar de fiesta lo que he vivido.

SaEd13

¿Y eso?

Mariquitalafantástica

He salido con unos amigos,

aunque no sé si los debería de llamar así, porque los conozco desde hace muy poco.

El caso es que mi novio tenía planes de estudio, porque es un cerebritito y está opositando para un buen puesto y...

SaEd13

☹️ ¿Te has quedado dormida mientras escribes?

Mariquitalafantástica

Nooo, qué va...

Bueno, sí. Es que mi cama es muy cómoda... 😊

SaEd13

Vaya. Si te aburre la conversación, lo dejamos para otro momento.

Mariquitalafantástica

Noooo.

No quiero dormir aún. Sigo viéndolo en la pista.

SaEd13

Creo que me he perdido. ¿A quién ves?

Mariquitalafantástica

A mi supuesto novio.

El capullo estaba enrollándose con otra... ¡En mis narices!

SaEd13

¡Qué cabrón!

Todo el mundo sabe que si vas a poner los cuernos, debes ser discreto.

Mariquitalafantástica

Sabes qué?

Vete a la mierda!

No te conozco de nada.

No sé ni quién eres y ni por qué estoy hablando contigo.

SaEd13

Es que no me has dejado presentarme...

Soy SaEd13. Encantado, mariquita. 😊

Mariquitalafantástica

Jejeje. Mariquita tú!

SaEd13

¡Mírala, qué chistosa ella!

Mariquitalafantástica

Lo siento, es que no me sienta bien beber.

SaEd13

Pues nadie lo diría.

Mariquitalafantástica
¿Te estás quedando conmigo?

SaEd13

No corras, patas largas, que por el momento solo me interesa hablar.

Mariquitalafantástica
Jajaja. Esa respuesta me ha gustado.
Sí, pues eso.
Creo que empiezo a desvariar.
Encantada, soy Mariquitalafantástica

4

¡Ay, mi madre! Me estalla la cabeza. ¿Pero qué le echaron ayer a esos chupitos? Si ya sabía yo que no acabaría bien.

Cierro los ojos con fuerza e intento recapitular todo lo que pasó anoche, pero unos golpes suaves al otro lado de la puerta no me dejan hacerlo.

—¿Sofi? Gordi, ¿estás bien? —La voz de Idaira me llega amortiguada por la madera, por eso, y por la ronquera que tiene. ¡Normal! No veas cómo desfasó en la discoteca, aquí, mi compi.

—Sí... —Más que hablar, gruño, porque siento que mis sesos están a punto de manchar las paredes.

Buaf, qué gráfica ha sido esa imagen. Creo que voy a potar...

—¿Puedo entrar? —me pregunta, y ahora sí que su voz me suena diferente. Y no, no es por la resaca, la ronquera o la puerta, es otra cosa.

—Sí —repito.

Dios, he perdido más de la mitad de mis neuronas con los tequilas que me tomé. No puede ser que yo solo diga monosílabos. ¡¿Yo?! ¡Que hablo hasta dormida, porque siempre tengo algo que decir! Intento hacer memoria y recordar por qué me dejé embaucar por Idaira con lo mal que me sienta beber.

Me giro en la cama y me incorporo un poco, justo cuando la cabecita de mi amiga se asoma por el hueco que acaba de abrir. Le indico con la mano que entre y que se siente a mi lado, y ella, como la loca que siempre ha sido, lo hace corriendo y lanzándose como si mi colchón fuese una piscina olímpica. Sin embargo, lo que viene a continuación me deja bastante extrañada. Idaira se echa a mi lado y me abraza fuerte, muy fuerte. Sabe que no me van mucho las muestras de cariño o, más bien, el toqueteo porque sí. A ver, a mi madre le doy besos y abrazos, por supuesto, pero los justos y necesarios para que no dude de que la quiero. Es que a mí eso de sentir el roce de otra piel, sudada y con sus propios fluidos y olores... como que no. Me da asquito, es algo que no puedo evitar. Siempre me refiero a situaciones cotidianas, ya sé que en el contacto entre pareja se comparten todo tipo de fluidos. E Idaira lo sabe, por eso me causa esta sensación tan poco tranquilizadora el hecho de que siga pegada a mí.

—Ey, no toques tanto, tía —le digo, medio en broma, medio en serio.

Ella alza la vista, porque tenía la cabeza enterrada en mi cuello y me mira sorprendida.

—Joder, Sofi, ni estando hecha polvo me dejas darte unos cariños.

¿Polvo? ¿Y por qué debería de estar hecha polvo?

No me da tiempo a formular la pregunta, me parece que con mi cara de no entender ni una palabra ha sido suficiente. Idaira abre los ojos de par en par y grita (o me lo parece a mí porque creo que tengo un nido de caníbales tocando el bombo en mi cabeza):

—¡¡¡¿No lo recuerdas?!!!

—No... ¡¿qué pasó ayer?! —Empiezo a preocuparme y mucho. ¿Qué porras hice anoche?

—Voy a por café y cuando estés más despejada, te cuento —me indica la muy arpía. Y después de soltar semejante bomba de relojería, se baja de mi cama y se larga.

Gruño y me meto bajo las sábanas. No quiero salir de aquí en un mes, me duele todo.

El sonido de una vibración justo a mi lado me hace volverme hacia el lugar del que procede. Veo cómo se apaga la luz de mi teléfono móvil y alargo la mano para cogerlo, no sin antes extrañarme de que esté a mi lado, ya que no suelo meter este chisme en la cama. Nunca. ¡Con la

de ondas electromagnéticas que usan estos aparatejos! Siempre intento mantenerlo lo más lejos posible de mí, salvo en el trabajo y en contadas ocasiones.

Me desperezó en el proceso de tomarlo y, cuando lo hago, lo desbloqueo. Doy un brinco cuando leo en la pantalla:

SaEd13

¿Aún dormida?

El bote que pego es tal que me falta nada para caerme de la cama. ¿Quién es este tío? ¡¿Qué hice ayer?!

—¡Idaira! —grito y salgo corriendo hacia la cocina o hacia donde quiera que esté.

¡Que alguien me explique quién es SaEd13 y por qué me está hablando a través de una *app* de contactos!



Después de obligar a Idaira a que me cuente todo lo que pasó anoche o, al menos, lo que recuerda, porque ella se pasó con los tequilas bastante más que yo, aunque también es cierto que tiene mejor tolerancia al alcohol que *moi* —ya se sabe que la experiencia es un escalón importante en estos temas—, decido coger el toro por los cuernos. Vale, mala expresión, porque aquí la única que luce cornamenta es la menda... En fin, que pilló el teléfono y me pongo a releer la conversación que tuve con el sujeto, ahora parece ser que ya identificado. Tras morirme de la vergüenza como por quinta vez, empiezo a verle la gracia al asunto, no al de los cuernos, por supuesto, sino al de la locura de buscarme un amigo por chat. ¿Que tal vez él quiera algo más que eso? ¡Y a mí qué! Interés tengo menos un millón y, mucho menos, después del palo que me he llevado con Raúl. Sí, ya sé que solo hacía dos meses y medio que estábamos juntos, pero es que era taaaaannnn mooonoooo... Aunque ahora me doy cuenta de que no solo me lo parecía a mí, porque la rubia que le comía los morros me da que también pensaba igual.

No puedo parar de reír cuando vienen a mi mente las imágenes sueltas de lo que ocurrió anoche, porque sí, la conversación con SaEd13 ha conseguido refrescarme el hipocampo y hacer que recuerde alguna que otra cosilla. Eso y que se lo he contado a este muchacho como si fuese mi mejor amigo. Fijo que ha pensado que soy una petarda que no sabe tener la boca cerrada, y en lo primero no, pero en lo segundo ha dado en el clavo. El caso es que gracias a esa conversación he sido capaz de recordar que Idaira intentó por todos los medios que yo no lo viese y que cuando eso ocurrió, quiso detenerme, pero fue tarde. Con el poco raciocinio que me caracteriza a veces, me fui flechada hacia donde estaba mi ex, porque ya tenía claro que lo era, y le di un golpecito en el hombro para atraer su atención. En el instante en que se giró hacia mí, ni corta ni perezosa, le tiré a la cara el líquido que contenía el primer vaso que me encontré en la mesa que había a su lado, el cual no tengo ni idea de quién era, pero seguro que se acordó de todos mis ancestros cuando se dio cuenta de que tendría que volver a pagar seis eurazos por una copa de garrafón. Por lo que le cuento a SaEd13, Raúl intentó explicarse. Patético, ¿verdad? Eso de «no es lo que parece» no está hecho para mí. Soy bastante empírica en esta vida, por lo que si lo veo, lo creo. Y lo vi... ¡vaya si lo vi! Así que después de montar el espectáculo, salí de allí, dejé a los de la oficina sin tan siquiera despedirme de ellos y me vine a casa. Y de ahí en adelante, poco más. Según los mensajes que compartí anoche con este hombre (o niño, vete a saber qué edad tiene el sujeto) estaba tan enfurruñada, molesta, dolida y despechada que me dejé convencer por la loca que vive conmigo de que lo mejor sería pagarle con la misma moneda. Que, claro, digo

yo... si acababa de cortar con él delante de toda la discoteca, ¡cómo porras iba a pagarle con la misma moneda?! Se supone que para eso deberíamos estar juntos. Sin embargo, mi cerebritito, embotado como estaba con tanta emoción y tanto tequila, pensó que no era tan mala idea. Y, por supuesto, como ligar no es lo mío, decidí hacerlo a través de una *app* de contactos. ¡A veces puedo ser tan rebuscada! Pero si los tíos son como los caramelos, ¡los hay en cada esquina y de todos los sabores!

En fin, que después de todo eso, aquí me encuentro, con el teléfono en la mano y el mensaje del tal SaEd13 sin contestar. Dudo un poco y, al final, lanzo el móvil sobre la cama. No, mejor lo ignoro y listo. Mi vida sigue y no voy a complicarla con un tipo que está más que claro que lo que quiere no es ser mi amigo. ¡Ya tengo bastantes líos en mi vida!

El sonido de una llamada me saca de mis pensamientos y... ¡Vaya! ¡Hablando de complicaciones!

—¿Sí? —respondo, intentando mantener la calma, porque me parece increíble que el imbécil de Raúl se atreva a llamarme después de lo de anoche. De todos modos, esta va a ser una conversación bastante corta. Lo mando a paseo (por decirlo de un modo sutil) y cuelgo en menos de lo que canta un gallo.

5

SaEd13

Vaya, veo que o bien sigues dormida o el tequila te hace más habladora.

Mariquitalafantástica

Pues ni uno ni lo otro.

SaEd13

☹️ ¿Entonces?

Mariquitalafantástica

Simplemente, pensaba ignorarte.

SaEd13

Uy, eso me ha dolido.

Mariquitalafantástica

Hay verdades que duelen.

SaEd13

Que te lo digan a ti...

Lo digo por lo de anoche.

Mariquitalafantástica

Ya, lo había entendido, ¿sabes?

SaEd13

Uy, qué mal humor tienes recién despertada.

Mariquitalafantástica

Llevo horas levantada. Lo que me pone de mal humor es otra cosa.

SaEd13

¿Yo? 🙄

Mariquitalafantástica

Noooo...

SaEd13

¡Menos mal!

¿Me lo cuentas?

Mariquitalafantástica

¡Me ha llamado el imbécil de Raúl!

¿Te puedes creer que me ha dicho que es la primera vez que hace algo así y que no volverá a ocurrir?

¡Ja!

Eso le dijo mi padre a mi madre y no llegué ni a conocerlo.

No voy a dejar que un tío juegue conmigo.

¡Le den de mierdas en la boca por decir esa sarta de mentiras!

SaEd13

...

Pues sí, sí que te leo de bastante mal humor.

Mariquitalafantástica

Mi amiga dice que necesito desconectar.

Tal vez tenga razón...

SaEd13

Yo creo que la tiene.

Mariquitalafantástica

¿No me digas que eres psicólogo?

SaEd13

¡No! ¿Y eso a qué viene?

Mariquitalafantástica

¡¡PORRAS!!

Ya me había hecho la ilusión de que la terapia me iba a salir gratis.

SaEd13

Vaya, ya veo que la graciosa de ayer está de vuelta.

Mariquitalafantástica

Eso parece sí.

SaEd13

Al final no va a ser tan mala nuestra conversación, ¿no crees?

Mariquitalafantástica

...

¿Puedo pedir el comodín del público?

SaEd13

Mientras que ese comodín no sea Raúl...

Mariquitalafantástica

Esa me ha gustado. 😊

Me ha hecho reír.

SaEd13

Pues no suelo ser de los que provocan risas.

Mariquitalafantástica

¿Entonces?

No, espera, no me lo digas...

No me apetece escuchar una idiotez y sé que estás a punto de decirla.

SaEd13

Iba a decir enfados, pero si prefieres otra cosa, puedo...

Mariquitalafantástica

Te he pedido que no lo digas...

SaEd13

Ja, ja, ja...

Tranquila, guardaré mis oscuros secretos solo para mí.

Mariquitalafantástica

Te lo agradezco.

SaEd13

¿Por qué no me hablas de ti? Así no meto la pata contándote algo que no te apetece leer.

Mariquitalafantástica

Siempre que no me escribas sobre obscenidades, preferencias sexuales y cosas de ese tipo... podemos hablar de lo que sea.

SaEd13

Por el momento, solo busco conversación.

Mi día a día es demasiado complicado, solo quiero desconectar de todo con alguien que no me conozca ni me juzgue.

Mariquitalafantástica

Pues ya tenemos algo en común.

SaEd13

¡Genial! 😊

Mariquitalafantástica

Nuevo amigo a la vista, ¿entonces?

SaEd13

Nuevo amigo a la vista.

6

—¡Sofía!

En cuanto escucho mi nombre, me levanto a toda prisa, con tan mala pata que calculo de manera pésima la distancia entre mi cabeza y la madera del escritorio, por lo que me pego tal tortazo que empiezo a ver pajaritos girando a mi alrededor.

¡Madre del amor hermoso! ¡Qué hostia me he dado!

—Idaira... —suelto, cuando veo a mi amiga asomarse por encima de mi mesa. Me topo con su cara a medio milímetro de la mía—. Echa para allá... ¡Qué susto!

—Gordi, te vas a matar... ¡Menudo mamporrazo te has metido! De verdad, tu ángel de la guarda trabaja horas extras. Lo tuyo no es normal —me dice.

¿Acaso se cree que no lo sé? Llevo toda la vida oyendo cosas parecidas.

Me incorporo del suelo, no sin antes recoger los papeles que se me habían caído y han sido los culpables de todo este jaleo.

—¿Se puede saber qué hacías ahí, so loca? —me pregunta una vez que tomo asiento.

—Estaba salvando de una muerte inminente el contrato de los suecos. Se rompió el dossier donde los guardaba justo cuando iba a hacer...

—Horas extras... lo que yo decía. —Un suspiro, seguido de una risilla graciosa, acompaña a ese comentario mordaz, solo que viniendo de ella no me molesta. Sé que me lo dice desde el cariño.

Idaira y yo nos conocemos desde la universidad. Lo cierto es que no estudiamos la misma carrera, pero sí en el mismo campus. Yo era, bueno, soy amiga de su prima Valeria, a la que conocí en el instituto o, más bien, en la biblioteca de este. Porque... ¿dónde iban a encontrarse dos cabezas como las nuestras? Si Idaira dice que mi coeficiente intelectual da miedo, el de su prima debería estar prohibido. Yo no tengo altas capacidades ni nada por el estilo, tan solo soy inquieta y algo inteligente, se me dan bien los idiomas y debido a mi poca gracia para relacionarme con los demás, me pasaba el día estudiando. Ella, sin embargo, es todo lo contrario a mí, excepto en lo de su cabeza. Juro que tiene una enciclopedia dentro. Da igual de lo que hables, ella ya lo ha estudiado, sabe del tema y es capaz de darte una conferencia de horas sobre eso. Su coeficiente llega a tal punto que la ascendieron dos veces de curso, por lo que me dejó pronto. Por ese motivo, cuando llegué a la uni iba más sola que la una, porque, además de todo esto, Valeria se mudó ese verano con su requetepijo padre y la nueva mujer de este. Se marcharon a Alemania por motivos de trabajo y ese fue el aliciente que encontré para aprender alemán, ya que quería ir a verla.

Cuando Valeria se enteró de que iría al mismo lugar en el que su prima estudiaba, pensó que sería buena idea presentarnos. Y lo hizo. Y hasta aquí nuestra historia. Idaira y yo congeniamos genial, a pesar de ser tan dispares. Y aún seguimos manteniendo nuestra amistad, a la que hemos sumado en la ecuación el nexo de unión: Valeria, con quien hacemos videoconferencias casi todos los fines de semana y a la que estamos convenciendo para que regrese. La única pega es que se nos ha enamorado y no parece muy dispuesta a volver.

—¿Vas a venir a comer con nosotras? —me cuestiona mi amiga, al ver que agrupo todos los papeles que he recogido y me pongo a revisarlos de forma rápida.

—No creo. Debo hacer las copias de este contrato y el señor Falcón ha sido extremadamente claro cuando me ha dicho que deben estar en la mesa de su despacho antes de la hora de comer.

Me quedan solo quince minutos y aún tengo que redactar la carta de envío.

—¡Joder, creo que eres la que más curra en esta oficina! —La miro con una sonrisa. ¡Qué exagerada es!—. Entonces, ¿te veo a la salida?

—Me parece que tampoco. Hoy tengo muchísimo trabajo, tía. Es muy probable que salga tarde —le cuento. Pongo cara de perrillo apaleado y, para evitar que continúe distrayéndome, sigo con lo mío.

—De acuerdo —me concede. Me tira un beso y se va a paso rápido.

Me reclino hacia atrás en mi silla y observo la pila de papeles que se me ha acumulado hoy. He «perdido» media mañana en la sala de juntas presenciando una reunión *online* con un nuevo cliente, unos japoneses que no están nada conforme con lo que se les propone, y, después, otra hora más de mi vida tirada a la basura para intentar encontrar las vueltas y ofrecerles las condiciones que realmente están buscando, unas que no nos perjudiquen a nosotros. Aunque lo que me molesta no es eso, es el hecho de que *eso* no forma parte de mi trabajo, sino del de Saúl, algo de que me he enterado hoy, ya que ha sido el señor Falcón, su padre, quien me lo ha aclarado. Sin embargo, también me explicó de muy buen talante que *su niño* llegaría más tarde a trabajar por un asunto personal y, por ello, me toca a mí pringar en un asunto que no es de mi incumbencia. ¡Estoy harta de ese idiota! ¿Asuntos personales? Me río yo... Más bien creo que le cuesta madrugar y que, por supuesto, es más flojo que el fango y ha decidido quedarse en la camita calentito.

—Sofía. —Pego un respingo y me llevo la mano al corazón.

¡La madre que...! ¡Casi me da un infarto! Si es que este tío no sabe hacer nada bien.

Levanto la mirada de los papeles y le veo.

Ahí plantado.

Con la sonrisilla petulante de siempre.

¿Qué querrá ahora?

—¿Sí? —le contesto, apretando los dientes, porque lo que menos me apetece en estos momentos es que venga a distraerme con sus cuatro tonterías. Voy demasiado justa de tiempo en la entrega de estos documentos.

—Mi padre quiere el contrato en su mesa después de comer. Ah, y dice que quiere hablar contigo. Mañana. En su despacho —me indica.

Abro los ojos de par en par y casi me ahogo con mi propia saliva. ¿El señor Falcón? ¿En su despacho? ¿Sin motivo aparente? ¿Y después de haberme asignado parte del trabajo de su hijo y que yo pusiese mala cara? ¡Ay, mamá!

—¿Y por qué no me ha avisado él? —pregunto de malos modos, para camuflar las mil y una ideas caóticas que se han agolpado en mi mente.

Saúl eleva los hombros y hace un mohín bastante gracioso con los labios.

Rectifico: no es gracioso. Nada en él lo es.

—Tenía un almuerzo con mi hermana, que acaba de llegar de Francia. Así que... tendrás que conformarte conmigo como recadero.

Omito esa parte de la conversación, porque sus palabras me han dejado intrigada. Soy una persona demasiado curiosa. De hecho, ese es uno de los motivos de que me guste tanto estudiar, sobre todo, idiomas. Indagar, aprender, conocer... No puedo resistirme a esos verbos.

Vamos, que soy cotilla por naturaleza.

—¿Y tú no vas? —Saúl, que ya empezaba a girarse para marcharse, se vuelve hacia mí. Su rostro no disimula la sorpresa que le ocasiona que le haya preguntado tal barbaridad, porque es evidente que a mí ni me va ni me viene. Tengo que aprender a cerrar la boca algún día—. A lo de

tu hermana, digo. Si ha llegado de viaje, lo más normal es que quieras verla también, ¿no? Al menos, yo estaría deseando.

Mi sorpresa es cuando veo que él agacha la mirada y suelta una especie de carcajada sarcástica.

—Soy la oveja negra de la familia, Sofía —me dice, elevando los ojos y penetrándome con ellos—. De modo que no soy bien recibido en las reuniones familiares.

Una «O» enorme se dibuja en mis labios y me veo incapaz de responder a eso. Vaya, jamás creí que la fama de Saúl fuese tan pésima entre los suyos.

Al ver mi expresión, rompe a reír, lo que hace que mis nervios se crispen y él acentúe más su risa. Estaba bromeando y yo me lo he tragado como una tonta.

¡Juro que lo odio! ¡Será...!

—Termina lo que estás haciendo, come un poco y descansa. Ah, y no te olvides de lo de mañana y, sobre todo, intenta no llegar tarde.

Quiero replicarle algo, ¡lo que sea!, pero no me da tiempo, porque se marcha igual de rápido que ha llegado.

—¡Aaarrrrggg! —gruño mientras lo veo desaparecer de mi vista.

Espera, espera... ¿qué está insinuando este personaje?



Me levanto de la silla y siento el trasero entumecido. Al llevar la mano hacia él para masajearme la zona, me acuerdo, no sé por qué, del desastre que le hice a mi falda el otro día y todo por correr de forma innecesaria, porque cuando llegué a la sala de juntas tuve que esperar casi media hora, ya que los clientes tenían *jet lag* y aparecieron tarde. ¡Si es que todo lo que me pasa es igual! ¡Bah, bobadas! La falda ya está en manos profesionales, porque la costura no es lo mío, y el asunto olvidado. No hay que darle más vueltas.

Después de mucho fustigarme para acabar a tiempo, consigo tenerlo todo listo en el plazo establecido. Así que, tras revisarlo como por décima vez, decido entregarlo. En el camino, me cruzo con la gran mayoría de mis compañeros, que ya vuelven de su hora de comer. ¡Y yo aún aquí! ¡A punto de desfallecer de hambre!

Una vez que deposito todo el trabajo sobre el escritorio de mi jefe, me voy a la máquina expendedora para pillarme algo de picar. No es que haya mucha variedad, pero, al menos, me calmará el hambre hasta que sea la hora de salir. Necesito echarme cualquier cosa al estómago. Me va a dar un parraque si no como ya. El horario de oficina es una porquería, me encantaría poder almorzar en casa.

Nada más cruzar la esquina que me lleva hasta la máquina, me detengo en seco.

—¡Maldita sea mi suerte! —resoplo, al ver que Saúl, alias DiabloMan, está haciendo justo lo mismo.

¿Qué por qué lo llamamos así? Mis amigas de la oficina —vale, las de Idaira, porque lo cierto es que yo hablo lo justo y necesario con ellas— dicen que un tío como él debería ser considerado como el octavo pecado capital, de ahí lo de diablo... prohibido... esas cosas. Idaira no es muy buena ideando motes, lo sé. Lo de *man* es obvio, por lo que se ve, al menos. Sin embargo, yo creo que un tío como él debería, más bien, extinguirse de la faz de la Tierra. ¿Está bueno? Sí, mucho, ¡el condenado se cuida y se nota! Pero también es un gilipollas, imbécil, idiota, salido... de campeonato. Le encanta ver cómo las tontas de las becarias babea por él cada vez que se acerca. Está bien, reconozco que es un espécimen diferente. El traje de chaqueta, cuando decide ponérselo, como hoy, le queda como un guante y cuando aparece en vaqueros y camisa tipo

Mao... Que sí, que todo le cae genial. Todo, menos la imbecilidad que porta. Soy de las que piensa que si solo se dedicase a sonreír, lo mismo también me podría parecer interesante. El problema radica en cuando abre la boca... No literalmente, porque esa sonrisa de anuncio levanta suspiros... Me refiero a cuando habla. No se le aprovecha ni una palabra. Es un capullo integral.

Sí, esa es mi conclusión.

Capullo integral. En mayúsculas, negrita y resaltado.

Mientras mi mente va haciendo conjeturas e intentando buscar el motivo por el que Saúl me cae tan mal, decido quedarme parada a la espera de que el susodicho termine de sacar lo que sea que vaya a comerse de la máquina y se largue. Por suerte para mí, eso es lo que hace. Va tan ensimismado en su móvil que ni se percata de que estoy aquí.

¡Bien!

Punto para mí.

Saco un paquete de patatas fritas, de esas con muchas grasas saturadas, las mismas que mi madre siempre me dice que evite, pero que yo adoro como el aire para respirar, un sándwich de pavo y un refresco. Todo sanísimo, sí, señor.

Me dirijo al pequeño departamento o, más bien, sala que tenemos habilitada para comer y descansar en nuestro tiempo libre, cuando oigo una risa que, por desgracia para mí, conozco y, encima, procede de su interior. Bufo antes de entrar, porque ya sé qué o, mejor dicho, a quién me encontraré dentro. Respiro un par de veces para insuflarme ánimos, ya que no me apetece mantener ni un simple intercambio de saludos con este tipo, y entro. Me lo veo desparramado en el único sofá que hay. ¡Porras! Me niego a sentarme a su lado... ¡Adiós a la idea de descansar mi dolorido trasero en un mullidito cojín!

Al escuchar el sonido que hacen mis tacones, eleva la mirada y me saluda con un gesto. Me sonríe... ¿Me sonríe? ¡Es imbécil, si ya lo decía yo! Le respondo con un movimiento de muñeca bastante escueto y me pongo los auriculares para no verme obligada a entablar una conversación con él. Adoro la música y me relaja muchísimo, así que después de mi estresante mañana de trabajo es lo mejor que puedo hacer: desconectar al ritmo de... Le doy a la primera lista de reproducción que me sale y dejo que me sorprenda. En cuanto escucho los acordes, reconozco la canción a la que pertenece. ¡Cómo para no saberlo! Es una de las mejores de 2017. *Sing of the times* de Harry Styles. Real como la vida misma. Lenta, como me gusta a mí.

Ni siquiera me molesto en mirarlo, solo me distraigo comiendo este aperitivo que sabe a plástico y a rancio, aunque a mí me sabe a gloria. No sé qué hace o qué deja de hacer el personaje en cuestión, porque me niego a mirarlo, pero estoy tan incómoda aquí sola con él que empiezo a engullir el sándwich como si no hubiese un mañana. Me detengo cuando escucho una notificación de mi móvil a través de mis auriculares. Lo tomo y veo que tengo un mensaje de SaEd13.

¡Ja! ¡Me encanta! O eso creo por el modo en el que me hace sentir.

Sonríó y pienso en cómo los pequeños detalles y las decisiones más inesperadas son las que, al final, te cambian la vida poco a poco.

En contra de lo que pensé en un principio, este chico me cae bien, es majo. Hace ya tres semanas que hice esa locura de registrarme en la *app* de contactos y desde entonces hablamos a diario. Ayer, sin ir más lejos, estuvimos conversando toda la tarde, charlamos de todo y nada. Idaira empieza a reírse de mí y a gastarme bromas pesadas con el tema. Sobre todo, porque le conté que nos habíamos dado nuestro número personal —aunque seguimos usando nuestros alias, no voy a decirle mi verdadero nombre a un tío que no conozco de nada—, ya que no quiero seguir usando la aplicación. Me escribe gente muy rara y eso me ha servido para darme cuenta de

que, en realidad, yo estaba equivocada: no soy la única persona peculiar sobre la faz de la Tierra.

SaEd13

Buenas tardes, mariquita.
Te he dicho que me encanta tu alias.
¿Cómo se te ha ocurrido?

Mariquitalafantástica

Ya sé que mi alias no es el mejor del mundo, no hace falta que te rías de él.

SaEd13

No, lo digo en serio.
Me encanta.
Muy tú.

Mariquitalafantástica

¿Muy yo? 🙄
¿Cómo se supone que he de tomarme eso?

SaEd13

Espontáneo, auténtico y original.
Imposible de repetir 😊

Mariquitalafantástica

Uy, veo que me tienes en demasiada buena estima.
Lo cierto es que sé que no es el mejor nombre,
pero así me llamaba mi madre de pequeña cuando empezaba a inventarme historias.
Siempre me dijo que debería haberme dedicado a escribir, porque tengo una mente privilegiada
para imaginarme aventuras imposibles.

SaEd13

No lo dudo.
¿Y nunca has pensado en escribir, como tu madre te aconsejaba?
Espera... No me lo digas.
¡Eres escritora!
¡Quiero un autógrafo!

Mariquitalafantástica

¿Pero qué dices?!

Ni soy escritora ni voy a darte un autógrafo.

SaEd13

¡Lástima!

Me hacía ilusión conocer a una.

Mariquitalafantástica

Pues lamento comunicarte que te has equivocado de mujer.

Será mejor que te busques a otra.

SaEd13

No, no creo que me haya equivocado.

Eres perfecta para mí.

Mariquitalafantástica

Uy, uy, pero qué dices??

Calla, calla...

SaEd13

¿Acaso no lo soy para ti?

No me rompas el corazón, mariquita...

Mariquitalafantástica

Lo siento.

Lamento informarte que nadie lo es.

SaEd13

¿Me estás diciendo que soy imperfecto para ti?

Si no me conoces...

Mariquitalafantástica

Ni falta que me hace.

Además, tú a mí tampoco.

SaEd13

En eso tienes razón.

Mariquitalafantástica

...

SaEd13

De acuerdo, lo capto.

¿Qué tal tu día?

Mariquitalafantástica

Pésimo. Agotador.



SaEd13

Seguro que no ha sido para tanto.

Mariquitalafantástica

¿De verdad?

Me he levantado media hora antes,
porque mi vecino ha decidido que las seis de la mañana era una hora más que adecuada para
despertar a su esposa a base de meneos de cadera.

¡Y menudos meneos tenían que ser!

¡No veas cómo gritaba la descosía!

Después, para una vez que llego temprano a trabajar,
ha habido un problema con una de las cerraduras y he tenido que esperar fuera,
con todo el frío, a que llegase el cerrajero de guardia.

¡Aún tengo los mocos congelados!

SaEd13

Jajajajaja

¿En qué me has dicho que trabajabas?

Mariquitalafantástica

No, no te lo he dicho nunca.

Soy traductora en una multinacional de publicidad.

Y sí, tú riéte,

pero por si no fuese suficiente con todo lo que te he contado,
he tenido una reunión de trabajo a primera hora, aún dormida y traumatizada por los gritos de esa

pobre mujer.

Ha sido larga y tediosa.

Y encima, el hijo del jefe, que debería haber acudido, ha preferido quedarse en la camita y calentito, y yo me he tenido que comer el marrón que le correspondía a él.

¡Si es que no se puede ser más impresentable...!

Y encima ahora me ha mandado llamar mi jefe y padre del susodicho, seguro que está molesto conmigo porque se ha dado cuenta de que no soporto a su hijo.

8

Envío el mensaje y me quedo a la espera, pero SaEd13 no me responde. Mientras aguardo, continúo como si nada, centrándome en comerme las patatas, que con el hambre que aún arrastro, me parecen casi una *delicatessen*. De repente, escucho a Saúl hacer un sonido extraño, como si se atragantase. Me giro para mirarlo, ya que me había sentado de espaldas a él, para no tener que verle el careto, y me sorprendo al comprobar que se está levantando del sofá como si estuviese plagado pulgas. En menos de un segundo, se va de la sala como si le hubiese entrado un dolor de tripa y se cagase encima... A pesar de que me ha dejado intrigada, no pienso ir a comprobar qué le ocurre. Y pese a que no suene muy bien... ¡Mejor! ¡Así estoy más tranquila!

Suspiro, me incorporo de la silla y me dirijo al sofá. Y si cuando se le pase la indisposición vuelve, que se coloque él donde estaba yo, que seguro que el sillón de su escritorio no es tan incómodo como el mío y no le duele tanto el trasero.

Ay, ¡qué bien siento esto!

Tomo el paquete de patatas y compruebo que, aunque sigo con más hambre que siete perros, las patatas se han acabado. En fin, fue bonito mientras duró.

Después de dejar el envoltorio en la papelera, vuelvo a mi sitio y ojeo el móvil. SaEd13 sigue sin dar señales de vida. Releo nuestra conversación, por si acaso he dicho algo que haya podido molestarle, pero no encuentro nada que se le parezca; simplemente, se ha quedado callado. ¡Qué raro! Lo que más me extraña no es que no me haya contestado, lo curioso es que nunca deja de hablar sin despedirse primero. ¿Le habrá sucedido algo? Decido esperarme y preguntarle más tranquila cuando llegue a casa... si es que continúa así de silencioso.



La semana laboral no pasa muy rápido. ¿Para qué mentir? Llevo desde el lunes sin saber nada de SaEd13. Ni siquiera me ha contestado a los dos únicos mensajes que le he enviado. No quiero escribirle más, porque no es plan de que se piense que estoy desesperada por hablar con él... porque no lo estoy... no lo estoy. Ni siquiera lo echo de menos...

De acuerdo, eso es mentira.

Me cuesta reconocerlo, pero sí, lo hago, lo echo de menos. La verdad es que ya teníamos una rutina bastante agradable. Y yo soy «la chica rutinas». Las adoro, me hacen la vida más fácil. Siempre me ha gustado el orden, la organización y saber qué puedo esperar de cada momento. La improvisación no es lo mío, a los hechos me remito. Cada vez que hago algo sin pensar, ¡zas!, la lío pardísima. Excepto el día, o más bien la noche, que decidí registrarme en esa *app* y seguirle la conversación a SaEd13.

Ya le pregunté el martes si le ocurría algo y el jueves le dije que si podía decirme a qué se debía ese extraño silencio que se estaba marcando. No me ha contestado y eso que he visto que ha estado «En línea». Imagino que, quizá, buscaba algo más de mí y esperaba que siguiéndome el rollo de las conversaciones *online* lo tendría. Ahora, al ver que no ha sido así, me ha dejado plantada. ¡Pues que le den! No necesito un amigo por mensajería, me basta y me sobra con los pocos que tengo. Porque como siempre digo: cantidad no es sinónimo de calidad.

Y después de toda esta parrafada mental que me he dado a mí misma para convencerme de algo que no me voy a creer ni borracha, echo un vistazo al móvil.

Y sí, sigue en silencio.

Me molesta, de acuerdo, tengo que admitirlo. Ya me había acostumbrado a nuestras charlas después de la ducha, porque, por casualidades del destino, salimos de trabajar a la misma hora, por lo que tenemos libre el mismo tiempo. Además, si vuelvo la vista atrás —o, mejor dicho, subo y releo nuestras conversaciones—, me sorprende de la cantidad de cosas que tenemos en común: el baloncesto, las comedias tontas, esas que te hacen reír aunque no sepas ni de qué lo haces, la comida japonesa... En fin, fue bonito mientras duró. Ya he decidido que, a pesar de ser una pena, él ha leído mis mensajes y no quiere responderme. Sí, no quiere. No me creo eso que dice Idaira de que, quizá, no pueda. ¿No ha tenido ni medio minuto libre en cinco días para escribir un simple «hola»?

Y ahora, por fin es viernes a última hora, porque mira que se me ha hecho larga la semana de las narices. Escucho voces al fondo del pasillo y veo a Idaira despidiéndose de algunos compañeros y dirigirse a mi mesa. Me mira con una sonrisa traviesa y yo le devuelvo una curiosa. Empiezo a rezar para que no esté organizando otra quedada de las suyas, esas en las que se empeña en involucrarme

—¿A qué viene esa expresión? Das miedo —le digo, y ella rompe a reír a carcajadas.

—¿Qué te pasa, Sofía? ¡Menudo carácter que te gastas últimamente! ¿Tu enamorado sigue sin dar señales? —me pregunta con sorna, pues sabe a ciencia cierta que es así. La muy, muy... ¡si se lo he contado en el almuerzo! No sé qué pretende metiendo el dedo en la llaga—. Está bien, está bien. Me he pasado —concede, al ver la mirada de «te odio mucho, ¿lo sabes?» que le estoy lanzando.

—Pues sí y me da igual —le replico, haciéndome la dura, porque no, no me da igual. ¡Ni por asomo!—. Recojo y nos vamos —le indico, señalándole el reloj que hay a su espalda, pero que yo tengo justo enfrente.

—Pues me parece que no, gordi —me suelta con cara de pena—. Vengo de una reunión con el señor Falcón y me ha dado un recado para ti.

Este hombre últimamente me reclama demasiado. Y a mí me da un chungo cada vez que lo hace. La vez anterior solo fue para unos cambios solicitados por los suecos, pero ahora... Si mi compi está implicada también, miedo me da. Empiezo a temerme lo peor. Idaira trabaja en Recursos Humanos y... Mi mente hila rápido. ¿Recursos Humanos, reunión y mensaje? Porras, estoy despedida.

—Sofía, ¿me has oído? —La voz de mi amiga me hace volver de mis nada optimistas pensamientos. Sí, pesimistas, porque, aunque yo proteste mucho de mi puesto de trabajo, en el fondo me gusta y no, no quiero perderlo y volver a casa, a pesar de que echo mucho de menos a mi madre. Me gusta ser independiente, ¿qué le voy a hacer?

—No, perdona, estaba...

—Estabas con la mente en el chat, ¿no? —inquire jocosa.

—No, no es eso. —Sin embargo, y por su expresión, sé que no me cree—. ¿Qué sucede?

—El jefe quiere verte —me suelta con gracia. Mi cara debe de ser un poema, oottraaa vezzzz, porque ella rompe a reír de nuevo. No sé dónde le ve la gracia. ¡¿Le agrada la idea de que me despidan?!—. No tardes.

Quiero preguntarle por qué tanto secretismo, pero no me deja, ya que justo en ese momento le suena el móvil y ella contesta. Se aleja mientras me lanza un beso y yo me quedo con cara de idiota viéndola marchar.



No puedo creerlo...

Nooo...

¡Esto no puede estar pasando!! ¡A mí! Bueno, a mí sí, ya sé que la suerte no es mi fuerte. Pero... ¿tan mala fui en otra vida?

Esos son los pensamientos que me inundan la cabeza y que no me dejan seguir oyendo lo que el señor Falcón está explicando. Me da igual lo que diga ya, yo me he quedado anclada en esa parte que nombraba a la ciudad de Chicago, a los japoneses inconformistas y el acuerdo que debíamos obtener. Todo junto en la misma frase.

«Chicago», vuelvo a repetir en mi mente.

A ver, si la idea estaría genial si no fuese por...

Miro a mi izquierda y lo veo ahí, sonriente, petulante y hasta pasándoselo bien diría yo. ¡¿Acaso no hay personal cualificado en esta empresa para que me obliguen a viajar con ÉL?!

—¿Algo que objetar? —pregunta el señor Falcón, sacándome así de mis ensoñaciones. ¿Habrá oído lo que estaba pensando? O peor, ¿lo habré dicho en voz alta sin darme cuenta?

—No —responde Saúl, muy convencido y, por primera vez, sonando profesional.

«OK, tranquila, no has dicho nada que te deje en mal lugar», me tranquilizo.

—¿Sofía? —me cuestiona mi jefe, mirándome con interés.

Niego rápido con la cabeza, porque... mi única objeción es que no quiero viajar sola con su hijo, irme una semana de aquí y pasarla con el susodicho en Chicago... ¡Los dos solos! ¡Madre del amor hermoso, lo que me voy a aburrir con este tipo! Cada vez tengo más claro que debí ser bruja en mi vida anterior y ahora se me está castigando por ello. En cuanto vuelva del viaje, me cuelo en la protectora de animales y adopto a un gato negro. ¡A ver si después de eso, te sigues riendo de mí, karma!

—¡Perfecto! —exclama el señor Falcón—. Sé que haréis un equipo estupendo. Saúl habla muy bien de ti, por lo que estoy seguro de que trabajaréis genial juntos y...

Dejo de escuchar de nuevo, aunque tampoco lo hacía mucho, cuando esa frase penetra en mi cerebro.

«¿¡Que habla bien de mí?! ¿En serio? ¡Déjame que lo ponga en duda!». Mientras pienso eso, mis ojos se van directamente a los verdes que tengo a mi izquierda y, al cruzarse nuestras miradas, Saúl me regala una sonrisa, una diferente, una que no parece ni sobrada ni pedante. Eso me sorprende tanto, que me atraganto sola con mi propia saliva. Empiezo a toser y, de inmediato, Saúl se incorpora de su silla y se acerca.

—¿Estás bien? —me dice, inclinándose sobre mí y colocándose la mano en el hombro. Lo miro y asiento, pero no hablo, creo que la bola que se me ha atascado en la garganta acaba de hacerse más grande—. Toma un poco de agua. —Agarra el botellín que tengo sobre la mesa, lo abre y me lo ofrece.

No tengo sed, pero con tal de que deje de mirarme del modo en el que lo está haciendo, se lo quito de las manos y le doy un sorbo enorme. Quiero que esto que se me ha atravesado, y que no sé lo que es, baje y deje de oprimirme el pecho.

—Gracias —digo, al cabo de unos segundos, intentando sonreír para parecer amable. Sin embargo, soy consciente de que más que una sonrisa agradecida me ha salido una que podría asemejarse a la de la muñeca Annabel.

—Pues si está todo claro, ya podéis marcharos. Encargaré a mi secretaria que compre los billetes y reserve el hotel.

Ambos asentimos, en silencio. No sé por qué, pero puedo imaginarme que a Saúl tampoco le ha hecho mucha gracia este viajecito de negocios, aun así, no va a decírselo a su padre. A ver,

que lo entiendo. Pienso lo mismo. Es que esto no es ir y volver en el día, no es acudir a un almuerzo o, incluso, una cena de trabajo, no se trata de transcribir unas condiciones que ya previamente el señor Falcón ha concretado... ¡Nooo! Se trata de irme de mi casa, de mi país y de mi *todo* durante una semana y conseguir un acuerdo con el que la empresa obtendrá mucho dinero de beneficio. Y esa responsabilidad recaerá en nosotros, porque si bien el encargado de negociar es Saúl —por lo visto su padre confía lo suficiente en él para eso—, yo debo traducirlo todo, porque aquí el Míster Sonrisitas —¡oye, este apodo le va mejor! ¡Adjudicado!— no tiene ni idea de japonés. ¿Quién me mandaría a mí aprenderlo? Si es que hago cosas muy extrañas cuando me aburro.

9

Después de bajarme del taxi, miro a mi alrededor. El aeropuerto. Otra vez... Apenas hace tres meses que estuve aquí y el mes próximo volveré para tomar un avión e ir a visitar a mi madre al pueblo. No soy muy amante de estos bichos voladores, porque, aunque sea una persona científica y sepa que la probabilidad de que uno de esos pájaros de metal se estrelle es de una cada dos millones veintisiete mil vuelos, también soy muy consciente de que tengo más mala pata que un caballo cojo y me aterra pensar que... ¿y si soy pasajera del vuelo dos millones veintisiete mil uno?

Suspiro, agarro la maleta que el amable taxista me ha dejado al lado antes de marcharse y me insufla valor para continuar.

—¡Allá voy!

Echo a caminar y no paro de repasar en mi mente, a pesar de que quiero hacer todo lo contrario, que voy a meterme en un avión durante dieciséis horas (sí, lo he buscado, era más que evidente que lo haría) con la única compañía de Saúl... ¿¡Que te he hecho, vida?! Me detengo y siento un leve tembleque en las piernas. Los nervios me están matando. Jamás he cruzado el charco y... ¿Qué digo el charco? Jamás he salido de España y eso sí que es triste, porque por mucho que quise ir a visitar a Valeria a Alemania, siempre fue ella, por un motivo u otro, la que vino a verme a mí. ¡Qué poco mundo tengo recorrido! Y para una vez que salgo, ¡voy a hacerlo con semejante compañía! ¡Menudo plan triste el mío!

Resoplando más que un toro a punto de salir a la plaza, retomo mi camino, pero un silbido, al más puro estilo troglodita, hace que me detenga. Pongo los ojos en blanco antes de girarme hacia el sitio del que viene el sonido, sin embargo, no me da tiempo, porque Saúl aparece frente a mí antes de lo que pensaba o, mejor dicho, antes de que me prepare para ello.

—¿Lista? —me dice.

¿Pero qué clase de saludo es ese?

—Lista ¿para qué? ¿Para montarme en ese trasto durante tantas horas que debería ser considerado un castigo peor que la pena de muerte? O quizá para...

—Lista para que pasemos una semana juntos... en Chicago... ¿Acaso no te parece genial?

¿De verdad me está preguntando eso? No puedo creerlo. Juro que no lo hago. ¿Y por qué suena alegre?

Lo miro para cerciorarme, porque si es una broma, podría tener un pase, pero como hable en serio...

Me quedo observando su cara de...

¿No es una broma? ¿De verdad está hablando en serio? ¡No puede ser! ¡¿Cómo se prepara una para semejante cosa?!

—¿Acaso te parece una buena idea?! —le digo, un poco exasperada.

—La mejor. —Y así, tal cual me lo suelta, la mar de sonriente, empieza a caminar hacia el interior del aeropuerto.

Vuelvo a resoplar y no sé por qué, llámalo intuición femenina, pero creo que esto es algo que voy a hacer mucho durante la semana que me queda por delante. Resoplar digo, no correr detrás de Saúl, porque eso también lo hago, a pesar de que él ni se molesta en mirar hacia atrás y ver el ridículo que estoy haciendo, dando un traspiés tras otro tirando de mi maleta mientras intento sortear gente y adoquines puestos por el mismísimo Satanás.



—¿Te encuentras bien? —me pregunta Saúl, mirándome con preocupación.

—Sí, sí —le aseguro, pero mi voz no sale muy convincente. Nadaaa convincente, diría yo—. Es que el despegue me pone un poco nerviosa —intento sonar segura de lo que digo, aunque soy consciente de que no lo consigo, ni me aproximo siquiera.

No quiero decirle que, antes de este momento, solo me había montado dos veces en avión. La primera de ellas fue cuando tenía diez años e iba con mi madre a Asturias a ver a unos amigos que habían tenido un bebé. Hasta ahí todo genial, el problema llegó cuando el aparatejo se estropeó nada más comenzar a andar por la pista y desalojaron el avión en cuestión de minutos. Después de eso, mamá y yo estuvimos en el aeropuerto, dando vueltas sin sentido, durante tres horas, las mismas que tardaron en «reparar» el avión. Me subí a él de nuevo, más asustada que un pavo en Navidad y aunque llegamos bien a nuestro destino, durante el trayecto, yo solo pensaba que podíamos caer y estrellarnos en algún punto desconocido de la geografía española. ¿Quién sabe? Tampoco era tan descabellado, acababa de estropearse... ¿Qué o quién podía asegurarnos que no volvería a hacerlo? Desde entonces, me dan un poco —o mucho— respeto. Y la segunda vez fue cuando me tropecé en el aeropuerto con el mismo que ahora va a mi lado y ahí empezamos nuestra propia guerra de palabras. Ni que decir tiene que me lo llevé por delante a causa de los nervios de subirme a un avión... ¡sola! Así que... no, no estoy bien, los aviones no me inspiran tranquilidad (por llamarlo de algún modo), a pesar de que intento disimularlo lo mejor que puedo.

—Si tú lo dices —me suelta, reclinándose de nuevo en su sitio—, pero estás más blanca que la paloma de la paz.

Quiero replicarle que eso no es cierto (que lo más seguro es que sí que lo sea), pero no me da tiempo, porque la azafata comienza a dar las indicaciones del vuelo. No entiendo por qué hacen eso, ¿para que sepamos qué hacer en caso de...? ¿De qué? ¿De estrellarnos? ¿Y de qué me vale saber dónde están las salidas de emergencia si voy a estar a no sé cuántos mil pies de altura y sobrevolando el Atlántico? ¡¿Qué se piensa que voy a hacer?! ¡¿Tirarme en un flotador a ver si llego nadando a la costa con él?!

—Relájate, Sofía. —La voz de Saúl me hace abrir los ojos, ya que los he cerrado de forma inconsciente para intentar olvidarme de dónde estoy y no ver a la azafata que tengo a dos palmos de mí.

—Gracias —le contesto, mirándolo, aunque aún no estoy muy convencida de ese arranque de amabilidad que acabo de vislumbrar en él.

—De nada. —Me sonrío. Sí, confirmado, Mister Sonrisitas le va que ni pintado—. Además, piensa que si el avión se cae, no vamos a sobrevivir. Es el mejor modo de morir, no te vas a enterar de mucho. Reposaremos juntos para la eternidad.

Abro los ojos de par en par y le atizo fuerte en el brazo con lo primero que alcanzo, que no es otra cosa que la revista del avión. Él rompe a reír a carcajadas y me observa con demasiada atención mientras yo intento recomponerme.

Antes de que me dé cuenta, las ruedas de este enorme pájaro de metal comienzan a deslizarse por la pista y yo cierro de nuevo los ojos, esperando sentir el cosquilleo propio que me entra en el estómago cuando empieza a tomar velocidad y, acto seguido, se inclina y alza el vuelo. En el instante en que empieza a elevarse, aprieto los ojos con fuerza, contengo la respiración, el estómago me da un vuelco y... Los abro muy despacio y desplazo la vista con cuidado hacia mi regazo. ¡No, no! Esto no está pasando. Trago con dificultad y continúo con la mirada pegada en

la mano de Saúl, que reposa sobre la mía, en mis rodillas, haciendo un leve roce. Y lo peor es... que me tranquiliza. Su calor me da algo de esa paz que necesito en estos momentos y, en contra de lo que pensaba que habría hecho si me hubiesen contado que algo así pasaría, le agradezco con un amago de sonrisa el hecho de que quiera ayudarme a relajarme. El único inconveniente que le veo a esta situación es que Saúl no va a estar durante dieciséis horas tomándome la mano, a pesar de la fuerza con la que ahora mismo se la estoy sujetando.



—No, por favor. Quiero bajarme de aquí ya... —Mi voz sale lastimera y Saúl me mira, aunque, para mi sorpresa, no tiene en sus ojos ese brillo pícaro que asoma a ellos cada vez que algo le hace reír, sino todo lo contrario. Y he de decir que me sorprende, y mucho.

Otra turbulencia sacude el avión y yo me quiero morir una vez más.

—No sucede nada, es normal. Hay temporal abajo y...

Me da igual lo que me diga, yo no escucho nada, salvo los frenéticos latidos de mi corazón, que retumban en mi cabeza y en mis oídos como si estuviese a punto de salirse del pecho.

—Mamá, ven y sácame de aquí, por lo que más quieras —continúo con mis plegarias.

Eso lo hace reír e intenta disimularlo, aunque no se le da nada bien, todo hay que decirlo.

—Oye, Sofía, mírame —me pide, pero yo no le hago caso. Sigo aferrada a los reposabrazos del asiento. Tengo los ojos cerrados con tal fuerza que comienzo a ver puntitos de colores por todas partes.

De repente, siento una de sus manos bajo mi mentón. Y lo peor es que eso no es lo único que siento, porque me acaba de dar un calambrazo por todo el cuerpo, pero no es uno de esos que se producen por la sobrecarga eléctrica a la que hemos sido expuestos. No, de esos no. Es uno de esos latigazos que te recorren la espina dorsal, pasan en forma de aleteo por el estómago, se instauran en tu pecho y salen por tus labios en forma de suspiro involuntario. Y, por supuesto, es uno de esos de los que no hay que sentir con alguien como Saúl. Al menos, yo no lo haría... hago... haré... ¡Madre del amor hermoso, quiero bajarme ya de aquí! ¡Este viaje me está afectando más de lo que pensaba! Y eso que solo acaba de empezar.

Sin embargo, ni el calambre que me está recorriendo entera ni los nervios de las turbulencias evitan que, efectivamente, abra los ojos y lo mire, tal y como me ha pedido. Está muy cerca de mi cara. Y cuando digo muy, es muy, muy, muy cerca. Sus ojos verdes me están observando con preocupación y también... ¿interés? ¿Y la burla? ¿Dónde está la burla? Puedo con las bromas y los comentarios incómodos o jocosos, pero no con esto. Vuelvo a cerrarlos, porque no quiero ver lo que me parece estar distinguiendo en su mirada. Y niego como una posesa, aunque él no sabe que lo que hago en realidad es renegar de lo que sus ojos me muestran, no de lo que su boca me está pidiendo.

—Mírame y escúchame con atención. —Me zarandea con suavidad con la mano que tenía libre y ahora está sosteniendo uno de mis brazos. Me obligo a abrir los ojos otra vez y enfrentarme a los suyos—: No va a pasar nada. He pasado años haciendo este trayecto y esto es normal en esta época del año. —Asiento como una tonta, pero es que las palabras no me salen y eso sí que no es normal en mí—. Relájate. Apenas nos queda media hora de viaje.

Vuelvo a asentir y él me responde con una sonrisa. Una demasiado dulce.

¿En serio he pensado eso? Mi mente está cortocircuitando. Esto no puede estar pasando. No a mí.

Justo cuando creo que sus palabras están haciendo efecto, otra sacudida me hace dar un grito. Saúl me suelta la cara y, como desde que ha empezado este viaje, vuelve a sorprenderme cuando

me pasa el brazo por los hombros y, con suavidad, me hace una leve caricia arriba y abajo por el brazo. Y, aunque no entiendo por qué, su gesto me relaja... pero solo un poco.

Aun así, sigo rezando a todo lo que se me pasa por la mente, para que este tiesto con alas aterrice. Juro por Dios, así en plan Escarlata O'hara, que lo primero que voy a hacer en cuanto me baje de aquí va a ser besar el suelo, me da igual si me pillo una gastroenteritis, COVID o lo que sea, pero habrá valido la pena. Ya te digo si la habrá valido.

SaEd13

Hola!

Mariquitalafantástica

...
¿Hola?

SaEd13

Vaya, me parece que alguien está un poco borde. 😏

Mariquitalafantástica

¿Yo? NO, para nada.
¿Por qué iba a estarlo?
¡Espera!
Ah, sí.

Quizá porque me dejaste con la palabra en la boca... o en la pantalla más bien, y desapareciste.
Así... ¡pluf!

SaEd13

Tienes razón.

Te pido disculpas por estos días de silencio, pero los necesitaba.

Mariquitalafantástica

¿Puedo saber para qué?

SaEd13

Para aclararme las ideas.

Mariquitalafantástica

¿Y lo hiciste?

SaEd13

Sí.

Mariquitalafantástica
Me alegro.

SaEd13
¿Y...?

Mariquitalafantástica
Y ya está.

SaEd13
¿Te das cuenta de que esto parece un diálogo de besugos? 😞

Mariquitalafantástica
Da gracias a que no me pillas con otra cosa que hacer, de lo contrario, te habrías quedado mirando la pantalla vacía... como yo.

SaEd13
Uy, qué rencorosilla.

Mariquitalafantástica
Para nada...

SaEd13
...

Mariquitalafantástica
...

SaEd13
...??
Esa es tu respuesta?? 😞

Mariquitalafantástica
¿Acaso no ha sido la tuya?

SaEd13

Vale, tienes razón.

Lo siento.

No estuvo bien irme de ese modo, pero sucedió algo y...

Mariquitalafantástica

¿Y?

SaEd13

Y tuve que marcharme. Aclararme las ideas.

Mariquitalafantástica

Eso ya lo has dicho.

SaEd13

Estás disfrutando con esto, eh?

Mariquitalafantástica

Para nada...

SaEd13

Te gusta complicarme la vida, mariquita.

Mariquitalafantástica

Ese es mi deporte favorito.

SaEd13

¿Más que el baloncesto?

Mariquitalafantástica

Para practicarlo, sí.

Porque yo soy mucho de mirar, pero poco de hacer.

SaEd13

¿Así que te gusta mirar?
Interesante...

Mariquita la fantástica

¡¿Qué?!

¡¡¡Nooo!!!

¿Por qué todos los tíos sois iguales?

SaEd13

Jajaja. 😊

Me alegra ver que ya estás de vuelta.

Mariquita la fantástica

Nada más lejos de la realidad.

SaEd13

¿No me perdonas entonces?

Mariquita la fantástica

Si ya me lo decía mi madre: qué poca fuerza de voluntad tienes...

SaEd13

¿Y eso quiere decir...?

Mariquita la fantástica

Que sí, anda, no seas pesado.

SaEd13

¡Toma!

No puedes verme ahora mismo, pero me encuentro dando saltos de alegría.

Mariquita la fantástica

Pues menos mal que no puedes verme tú a mí.

SaEd13

¿Y eso?

Mariquitalafantástica

Estoy hecha mierda. He vomitado tres veces y solo tengo ganas de... nada.

Eso es.

De nada.

SaEd13

¿Enferma?

Mariquitalafantástica

No.

¿Sabes lo que ocurre cuando te subes a un avión a las diez de la mañana y, aunque mires sin parar por la ventanilla, el sol nunca se pone por mucho que las horas pasen? ¿Sabes lo que es estar dieciséis horas de vuelo sin probar bocado porque tenía el estómago cerrado por culpa de mi miedo a volar y que, antes de aterrizar, comiencen las peores turbulencias de tu vida?

SaEd13

¿Eso te ha causado los vómitos?

Entonces son solo los nervios.

Se te pasará en cuanto te aclimates.

Mariquitalafantástica

No.

Estoy segura de que estoy vomitando, porque solo Dios sabe lo que he podido pillar cuando he llegado al aeropuerto y he besado el suelo.

SaEd13

No me preguntes por qué, pero creo que soy capaz de imaginármelo.

Mariquitalafantástica

No te haces ni una idea de lo que ha sido.

SaEd13

Ahora en serio, venga.

Mariquitalafantástica

De verdad, he besado el suelo del aeropuerto, solo que no ha sido por voluntad propia.

Me he tropezado con los cordones de mis botas y me he dado el batacazo del siglo.
Me temblaban tanto las piernas cuando me he bajado del avión que no he sido capaz de
sostenerme en pie.

SaEd13

Eso no es gracioso.
Lo has pasado mal.

Mariquitalafantástica

Si le quitas la gracia, parezco tonta. Así que es mejor contarlo con algo de chispa. ¿No crees?

SaEd13

¿Y dónde se supone que estás?

Mariquitalafantástica

Uy, no. Jamás te diría cuál es mi paradero.
¿Y si eres un psicópata loco que casualmente vive cerca y quiere secuestrarme para...?

SaEd13

Para que me cuentes uno de tus chistes malos.
¡Venga ya!

Mariquitalafantástica

Oye, ¿sabías que la mayor exportación de Australia son los *boomerangs*?

SaEd13

No...

Mariquitalafantástica

Sí.
Y también son la mayor importación.

SaEd13

¿De verdad?
Pensé que ibas a contarme algo que no fuese uno de tus chistes pésimos.

Mariquitafantástica
¡Pero si lo estabas deseando!

SaEd13
Seguro.
Descojonado me hallo.

Mariquitafantástica
Lo sé, soy genial.

SaEd13
Ves?
Eso no lo dudo

Mariquitafantástica
Eh...
Oye, me alegro de saber de ti, pero me muero de sueño y como no quiero dejarte con la palabra
en la boca,
me voy despidiendo ya.

SaEd13
¡Volvió a salir el temita!

Mariquitafantástica
¡Que no!
Es broma, en serio.
Mañana te hablo.
El *jet lag* es mortal.
Quiero morirme.

SaEd13
De acuerdo.
Hasta mañana, mariquita.

Mariquitafantástica
Mariquita tú.

SaEd13

Jajaja.

Me alegro de tenerte aquí.

Mariquitafantástica

Querrás decir que te alegras de haber regresado.

Yo no fui la que se fue...

SaEd13

¡Retomamos!

Mariquitafantástica

No, de verdad.

Un beso.

Hasta mañana.

SaEd13

Hasta mañana.

Descansa.

Un suave balanceo y el escuchar mi nombre de forma reiterada me hace abrir los ojos debajo del antifaz. Al menos, intentarlo, porque se me cierran otra vez en cuestión de segundos.

—Cinco minutos más —digo, y mi voz se va apagando un poco más con cada palabra que emito. Pero quien sea que me está tocando las narices, tal cual, ya que me está dando con el dedo en ella, no parece desistir—. Jooo, para ya. ¡Odio que me toquen la nariz! —replico, medio enfurruñada, medio dormida. Y pego golpes al aire sin ton ni son para deshacerme de... de...

—¡Sofía, despierta! —exclama, justo cuando siento que le he atizado a algo... o, mejor dicho, a alguien.

Espera, espera... ¿Alguien?

Pego un brinco al ser consciente de dónde me hallo y por qué. Aunque la pregunta es: ¿qué porras hace este aquí? Me siento de un solo movimiento, espabilándome en el acto. Me subo de un manotazo el antifaz y la luz me da de lleno en la cara.

—¿Qué haces tú aquí? —es lo primero que articulo, lo primero que me pasa por la cabeza y lo primero que quiero saber. Después, me preocuparé de todo lo demás.

—Pues iba a sacar la ropa de la maleta para que no se arrugase mucho, pero me daba pena hacer ruido. Te he visto tan a gusto... Luego he recapacitado y me he dado cuenta de que si no te despertabas ahora, te ibas a pasar la noche en vela, por lo que he...

—Espera, espera —le pido, pasándome la mano por el pelo y arrastrando con ella el antifaz, que seguro me ha dejado los rizos más despeinados que los de una pobre oveja que lleva años sin esquilar.

Cuando al fin me despejo lo suficiente, enfoco la vista con claridad y veo que lo tengo frente a mí, frunzo el ceño.

Creo que esto no me huele muy bien.

—¡Qué mal despertar tienes! —me suelta. ¡Será imbécil!

—¿Y cómo te despertarías tú si descubres que alguien ha invadido tu espacio y te hace volver a esta realidad tocándote, literalmente, las narices?!

—Prefiero que me despierten tocándome...

—¡Argg! Cállate ya. —Este hombre me exaspera... ¡y mucho!—. ¿Qué haces aquí? —vuelvo a cuestionar.

—Iba a deshacer la maleta para que no se arrugase... —empieza a repetir otra vez lo mismo de antes.

—Eso ya lo has dicho —lo corto, nerviosa y de muy mal humor.

Confirmado: esto no me huele nada bien.

—¿Y qué quieres que te diga? Esa es la verdad —se excusa, y me lanza una sonrisa.

«Ya está el Mister Sonrisitas de vuelta. ¡Éramos pocos!».

¡Válgame el Señor!

—A ver, que veo que andas más espeso que una poleá, muchacho —le digo, sacando todo mi ingenio contenido, porque me da que no es muy avisado—. Me refiero a qué estás haciendo aquí, en concreto, en MI habitación. —A ver si con ese MI, bien remarcado y pronunciado con un tono de voz diez veces más alto, el cenutrio este se da cuenta de lo que quiero decir.

—Mira, bonita, me parece que eres tú la que no se entera. —Frunzo el ceño aún más y espero a ver qué perlinta va a soltar por esa boquita de piñón.

«¿En serio he pensado eso? Cortocircuito más uno. Uy, qué mal me sienta no dormir».

—Ah, ¿no? —lo reto.

—No. La habitación es doble, somos dos y si tú has obtenido una llave para subir mientras yo me quedaba arreglando el papeleo ha sido tan solo porque le he dicho al chico de recepción que te encontrabas muy indispuesta para estar esperando. Por ese motivo, tú has estado aquí, descansando, casi cuarenta y cinco minutos y yo abajo, intentando solucionar este malentendido.

¿Doble? ¿Pero qué dice?! Aquí solo hay una cama.

—¿Malentendido? —pregunto. A pesar de que quiero decirle unas cuantas cosas, solo sale eso de mi boca, la cual se ha quedado más abierta que el agujero de la capa de ozono.

Espera, espera, que me lo estoy viendo venir...

—Sí, en este hotel no hay habitaciones individuales. Deberías saberlo. Son nuestros clientes. Fátima reservó para dos y ellos entendieron una habitación doble. Eso y que nadie especificó la preferencia por dos camas. ¡Voilà!, esto es lo que tenemos.

¡Porras! Aunque lo veía venir, me ha dado de lleno en *toa* la cara.

—¡NOOO! —Mi gesto indignado no se parece al suyo, al que parece serle indiferente, incluso, graciosa esta peculiar situación.

—Síííí... —replica Saúl, tornando el gesto de su boca en esa sonrisa de satisfacción que siempre luce, pero que a mí empieza a ponerme más negra que la uña de un minero. Y mientras que yo boqueo como un pez, sin hacerme a la idea de que mi intimidad se va a ver invadida por este ser de las cavernas y, sobre todo, que no me voy a poder separar de Saúl durante una semana, salvo para ir al baño, él continúa con sus explicaciones, todas innecesarias, dicho sea de paso—. De modo que, para que te sirva de aclaración, por si no lo has captado aún: esta es NUESTRA habitación, la cual vamos a compartir durante los siete días que dura el viaje. Son cosas que pasan, Sofía.

—Me niego —digo, por si le quedaba alguna duda sobre qué pienso al respecto.

Me levanto de golpe y, al hacerlo, le doy sin querer con el dedo meñique del pie al pequeño mueble en el que descansa mi maleta. ¿Pero por qué ponen estas cosas al lado de la cama? ¡Habrá sitio en la habitación como para que lo coloquen en un lugar potencialmente peligroso!

—¿Estás bien? —me pregunta Saúl, desde su posición, es decir, junto a su equipaje, el cual ha depositado al final de la cama, donde está abriéndolo para hacer justo lo que había venido a hacer: desempacar.

—Sí —gruño de malas maneras.

Echo a andar casi a la pata coja y rezo por no haberme roto el dedo del pie, ya eso sería mala pata... ¡Eso sí que ha sido un mal chiste!, deja que se lo cuente a SaEd13.

—¿Qué haces? —me inquina, sin apartar la vista de mí.

—Voy a llamar a Fátima y a decirle...

—Eh, eh, eh... ¡para! —me pide, agarrándome de los brazos.

¡Y menos mal que lo hace!, porque al girarme al oírlo, he dado un traspiés. Es que quiero hacer acrobacias a la pata coja y el deporte nunca ha sido mi fuerte.

—¿Qué haces?! —le replico, bastante molesta por el hecho de que me detenga, de que me esté tocando y de que me haya dado otra vez ese calambre al sentir su roce.

—En España serán como... ¿las siete de la tarde? Fátima no está en la oficina —me explica.

—Da igual, tengo su número personal —le indico, sin apartar la mirada de la suya, que parece... ¿decepcionada?

—¡No me puedo creer que consideres esto tan malo como para molestar a la pobre mujer!!

—Y dicho así, suena mal, sí. Vale, suena fatal. Lo reconozco—. Tiene sesenta y tres años, Sofía.

Se entiende a lo justo con las tecnologías y si aún conserva su puesto es porque mi padre le tiene mucho aprecio y sabe llevar como nadie su agenda, eso sí, la de papel de toda la vida. Demasiado ha hecho acertando con el vuelo, los asientos y el hotel.

—Pero... —intento replicar, aunque sé que la batalla está perdida. Tiene razón y tampoco quiero darle problemas a Fátima. Con lo poco que le queda para jubilarse y yo voy a hacer que se coma un marrón antes de que se marche a vivir la vida feliz del jubilado. O, tal vez, entiendan que todo ha sido un malentendido y nadie tenga que sufrir una reprimenda, ¿no?

«¡Por Dios bendito, Sofía! Es el hijo del jefe. Si te quejas, el señor Falcón entenderá que aquí, el muchacho en cuestión, está de acuerdo con tu queja. ¡¡Es su hijo!! ¡Claro que se va a comer un marrón la mujer!», recapacito para mis adentros.

Asiento de malos modos y me suelto de su agarre, porque aún me estaba sosteniendo, y me vuelvo a la cama. Me siento como si fuese a orar y empiezo a inspeccionarme el dedo golpeado. No, no parece que se haya roto.

—Está bien —digo, medio refunfuñando—. No llamaré porque no quiero causarle problemas a Fátima. Pero hay que establecer unas normas.

—¿Normas? —me pregunta asombrado.

—Sí, me gustan las normas. Hacen la vida más sencilla. —Vaya, creo que jamás me había mirado nadie con tal cara de marciano al escuchar que soy fan de las normas.

—Sofía, solo serán siete días —me contesta, bastante harto de mí, lo veo en sus ojos—. No hacen faltan normas. —Entonces, miro a mi alrededor y él se da cuenta de qué hablo: somos dos y hay una cama. No pienso rozarme con él ni dormida. De eso nada—. OK. OK. Ya te entiendo. Mira, si te parece bien, tú duermes en la cama, ¿vale? Yo lo haré en el sofá —me dice, señalando el pequeño mueble que hay frente a nosotros, porque eso sí, la habitación está muy bien equipada. Menos mal.

—Eh, eh —lo detengo—. ¿Ahora te haces el machito? —La cara de Saúl es un poema, estoy segura de que no entiende por dónde voy—. ¿Qué pasa, que por ser mujer tengo más derecho a dormir en la cama? No, a mí, privilegios, los justos.

—Pero... ¿de qué hablas? ¿Privilegios? Solo intento ser amable —me suelta, y me parece que empieza a hastiarse de la situación. Pues anda que no le queda nada todavía.

—¿Eso es ser amable? Yo diría que es de machistas. Pobre Sofía, tan desvalida —comienzo mi verborrea con tono indignado, imitando un tono de voz grave—. Criatura, vamos a dejarle la cama para que piense que soy un caballero.

De repente, me callo de golpe, porque Saúl, imagino que harto de escuchar mis idioteces —confieso que lo he hecho por tocarle las narices un rato—, ha soltado la camisa que tenía en las manos, la ha dejado sobre la cama y ha dado dos pasos hacia mí. Trago saliva cuando me lo veo frente a frente, no por el hecho de que me dé miedo ni mucho menos, sino porque jamás me había fijado en la intensidad que desprenden esos ojos verdes, que me miran con sorpresa y un brillo que distingo muy bien: el malicioso.

—De acuerdo. Comprendido. No eres una damisela en apuros. No quieres ningún tipo de trato de favor. ¿Igualdad? —Asiento—. Perfecto.

—Perfecto —repito, aún hipnotizada con el color de sus ojos. A ver, ya sabía que eran verdes, bonitos y todo eso, pero nunca los había visto tan, tan de cerca.

—Dormiremos un día cada uno en el sofá, a no ser que cambies de opinión y quieras dormir en la cama también cuando me toque a mí. —No entiendo el motivo de que me diga eso último sonriendo.

—¿Y quitarte tu derecho a...? —pregunto de forma retórica.

—No, lo decía por si querías hacerme compañía. —Y tras decirlo, vuelve a su entretenida tarea de colgar camisas en el armario. Mientras, me deja ahí sentada a lo Buda, con la boca abierta y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Inspiro con fuerza para no contestarle, aunque me está crispando los nervios esa risita que escucho por lo bajini. ¡¡¡Arrrgg!! Si es que no puedo con él. ¿Cómo nadie se ha planteado que somos la pareja más incompatible del mundo antes de enviarnos aquí, solos y con un importante proyecto que depende de nosotros? ¿Cómo vamos a trabajar en equipo si no somos capaces de mantener un diálogo durante más de cinco minutos? Uno que no acabe en guerra, por supuesto.

Dispuesta a ignorarlo mientras coloca su cara y pulcra ropa en el armario, me levanto, saco de mi bolso el móvil y los auriculares, y me vuelvo a tumbar en la cama. Luego, me pongo mi lista de reproducción favorita para momentos de estrés y decido no volver a mirarlo ni una sola vez más.

Comienzo a desperezarme y, al hacerlo, inspiro con fuerza. Me descoloca el olor a limpio que me llega. Respiro hondo de nuevo y... Me llevo una mano a los ojos al notar la luz, no es mucha, pero yo soy un radar para los focos. ¿Y mi antifaz? Me doy de manotazos por la cara en su busca, pero no, ¡no está! ¡Qué raro! Siempre me lo pongo antes de acostarme. Es más, no soy capaz de quedarme dormida sin ese trozo de tela. Tengo intolerancia a la luz, me encanta la oscuridad y me cuesta conciliar el sueño si hay tan solo un mínimo de claridad, así que... ¿DÓNDE ESTÁ? Aún me hallo en proceso de ubicación cuando me llega el sonido de la puerta del baño y ese olorcillo a gel se hace más intenso, más... varonil. Abro los ojos asustada y pego un brinco al ser consciente de que no estoy en casa, de que la luz que me molesta es la del pasillo de la habitación y, por si fuese poco impacto todo eso, hay que añadir que quien está saliendo del baño no es Idaira. ¡Ay, omá! ¡¿Cómo he podido desubicarme tanto?!

Me siento de un salto en la cama con intención de levantarme y es entonces cuando me percató de que aún llevo la misma ropa que tenía y que mi móvil reposa a mi lado, donde los auriculares aún están conectados. Fantástico, todo pinta a que me quedé dormida anoche sin darme cuenta. ¡Vaya plan el mío! Todavía no he terminado de sentarme cuando, a través del espejo del armario, lo veo salir. Intento incorporarme rápido, pero él llega a esta parte de la habitación antes de que yo acabe de hacerlo. Me parece que hoy me he levantado más lenta de lo que estaba ayer tras el viaje. ¡Y ya es decir! Al contrario de lo que pensaba, él entra en la zona donde está la cama, pero ni se pisa de que yo ya estoy despierta. Por lo que veo, ha madrugado, y muuuuchhoooo, de lo contrario no me explico que todo este impregnado de este olor a limpio y a colonia para hombres y... ¡Madre bendita! Pero...

—¡¡QUIERES TAPARTEEEEE!! —le grito, y el pobre pega un respingo al oírme.

En lugar de alterarse porque se encuentra cubierto solo con una pequeña toalla que le cubre lo justo y necesario, es decir, el manubrio, se echa a reír, después de recomponerse de la impresión del susto que le he causado. Yo, de verdad, cada día lo entiendo menos.

—Buenos días. Ya era hora de que despertaras. Empezaba a pensar que tendría que llamarte, igual que ayer —me suelta el tío, así, tan alegre a estas horas de la mañana—. No sabía que fueses tan marmotilla.

¿Marmota yo? Vale, se lo compro. No puedo discutirle eso. Me gusta dormir y soy remolona desde que nació.

Aunque creo que el problema no es mío, sino de él.

Como si me leyese el pensamiento, Saúl mira por la ventana, donde todavía se aprecia, a pesar de algunos rayos anaranjados, el color de la noche. ¡¿¿Perdona??!!

—¿Qué hora es? —le pregunto, intentando no mirar esa parte de su cuerpo que tan solo está cubierta con la toallita. ¿Acaso no la había más pequeña? Me refiero a la toalla, lo que hay abajo no sé cómo será y... ¿Qué diantres hago pensando en eso? ¡Espabila, Sofía!

—Son las seis y veinte —me dice.

Al escucharlo, me dejo caer a plomo sobre el colchón. ¿Qué porras hago despierta a estas horas? Y, aún peor, ¿qué hace Saúl duchado y todo?

—Recuerdas que tenemos la reunión a las ocho, ¿verdad, Sofía?

Su voz me suena algo más lejana que antes y, además, escucho ruido, como de mover botellas. Me vuelvo a sentar en la cama. Me tienta la curiosidad de saber qué está trasteando en

el minibar. No pensaré pegarse un lingotazo de algo a estas horas, ¿no? ¡Ay, qué asco! Voy a vomitar.

—Sí, sí, la reunión. Pero... es aquí mismo. No tenemos que salir del hotel, ¿para qué madrugas tanto? —le pregunto, porque si no lo hago, reviento.

Escucho cómo se rasga un envoltorio y eso me extraña aún más. ¿Qué hace? Frunzo el ceño y no aparto la mirada cuando cierra la neverita. Se levanta, porque estaba en cuclillas... ¡con esa toalla! ¡Qué se le va a ver todo! Me extraño todavía más al ver que lleva algo entre las manos. Sigo cada movimiento que hace ese cuerpo tan bien trabajado, porque tampoco le voy a restar mérito. Ejercicio hace, eso no se puede negar. Mientras yo divago sobre el origen de esos pectorales-abdominales, Saúl me pilla mirándolo. ¡Qué vergüenza!

—Siempre me levanto a las seis. —Su respuesta me deja a cuadros. Pensé que me soltaría uno de sus muchos comentarios jocosos, sarcásticos o estúpidos, pero no, me ha contestado como un ser humano normal.

Antes de que pueda decir algo, deja lo que ha cogido sobre la mesa que hay junto al sofá en el que ha dormido, ya que aún están ahí las mantas que ha usado para taparse y la almohada que falta a mi lado. Aparto la mirada del sofá y la vuelvo a la mesa y por fin distingo qué era lo que llevaba en las manos. ¡Una jeringa! ¿Pero qué se va a chutar este a las seis de la mañana?!

—Eh, eh —lo detengo, cuando veo que saca de la maleta un bote de alcohol y gasas. Él me mira sin comprenderme bien—. ¿Qué haces? Si vas a meterte cosas raras, solo te pido dos cosas. La primera, que no sea en mi presencia. —Veo cómo una sonrisa divertida aparece en sus labios, eso me enerva un poco más.

—¿Y la segunda? —me pregunta, y suena casi cómico.

—Que no lo hagas antes de la reunión. Paso de comerme un marrón por tu culpa. Si estás enganchado a alguna mierda...

No me deja acabar, porque si bien no habla para interrumpirme, lo hace la carcajada que suelta.

—Sofía, Sofía —me dice, meneando la cabeza. Después, moja la gasa con el alcohol y se la pasa por una zona del abdomen, muy cerca del borde de la toalla que le tapa sus partes nobles—. No soy adicto a nada ni te vas a comer ningún marrón, pero...

—¿Pero...?

—Pero sí quiero desayunar.

Ein... ¿qué clase de respuesta es esa?

Me preparo para contestarle y decirle una de las mías, sin embargo, me callo al ver cómo se inyecta la aguja. Desde mi posición no veo mucho más, aunque creo que empiezo a comprender.

—¿Es...? —empiezo, sin terminar de decir la pregunta.

—Insulina —me confirma.

—No sabía que... —Me he quedado a cuadros y a colores, como diría Idaira, la que, por cierto, ya podría ir modernizándose un poco en el vocabulario.

—No es algo que tenga que ir diciendo a los demás. Es privado —replica. Y tiene razón, claro que la tiene. ¿Qué nos importa al resto?—. Si te has enterado, es porque pensaba que aún estabas dormida.

¡Zasca! Como diría Valeria: ¡te ha dado en *toa* la boca! Y merecido lo tengo.

—Sé que no es agradable de ver, disculpa —añade. Y de verdad que me lo creo, por lo menos su tono no me indica que piense lo contrario.

—¡Qué va! Me he pasado años inyectándole a mi vecina unas monodosis para el dolor.

Él no dice nada, solo asiente. Normal, creo que los dolores de músculos de nuestra querida

vecina Vicenta se la traen al paio, pero es que yo necesitaba aclararle que no me resulta violento lo que está haciendo. Es algo natural y no debería tener tantos reparos a la hora de comentarlo.

En vistas de que sigue callado y a mí me pone nerviosa este tipo de silencio incómodo, continúo con mi discurso:

—Además, entiendo que consideres que es un tema privado, aunque tendrías que habérmelo contado —le digo, y él vuelve a mirarme con cara de marciano—. ¿Y si te da un chungo y no sé por qué es? Vamos a estar aquí una semana, conviviendo, de modo que, al menos, hubiera estado bien saberlo. —Después de soltarle la parrafada, hasta yo me sorprendo del tono acusador en el que lo he hecho. No entiendo el motivo por el que me ha molestado tanto que no me haya confiado una cosa así.

Después de unos minutos en silencio, y de haberse limpiado la gotita de sangre que presupongo que le ha salido del pinchazo, porque se ha pasado una nueva gasa por la zona, da unos pasos hasta la cama y se sienta, muy cerquita de mí.

«A ver, que estás medio en bolas», quiero decirle, pero en vez de eso, me desplazo unos centímetros y me alejo de él con disimulo, para que no se dé cuenta de que me incomoda un poco tenerlo así y tan pegado. ¿Y si se le sale la puntita por el bajo de la toalla? Solo de pensarlo me da el soponcio de la vergüenza.

Aunque Saúl no parece pensar igual, no dice nada cuando ve que me alejo de él. Solo Suspira. ¿Por qué lo hace?

—Tienes razón —concede.

Esto se empieza a poner tenso. Y yo no sé qué hacer o decir en estas circunstancias. Me cuesta reaccionar en momentos así.

—Sofía, uno; Saúl, cero —le contesto, para relajar el ambiente.

Y lo consigo, porque él comienza a reír a carcajadas. Y yo lo imito.



Después del incidente en la habitación, Saúl se ha ido al baño de nuevo y ha salido vestido, con una camisa y un pantalón. Nada formal, a pesar de que el modo en el que él lo luce le hace parecer el tío más elegante del hotel.

«Pero ¿qué porras estás diciendo, Sofía? Me parece que el *jet lag* te ha sentado peor de lo que imaginabas».

Después de eso, ha bajado a la cafetería, según él, para darme espacio para que me arreglase. Me he preparado lo más rápido que me han dado las piernas y me he unido a él abajo, hemos desayunado y, como está feo hacerlo sin dirigirnos la palabra, hemos hablado de todo y nada. Obvio. Y... ¡sorpresa! Resulta que aquí, Mister Sonrisitas, es la mar de alegre. ¿Quién lo hubiese dicho? Se ha pasado más de medio desayuno riendo. ¿Acaso tengo cara de ser un chiste con patas? Porque, estoy segura de que, en caso de serlo, sería uno de los malos, malos. De esos de los que te ríes por no llorar.

Y ahora, que ya estamos saliendo de la sala de reuniones, veo que su buen humor no ha cambiado o eso parece por la expresión de su cara.

—Bueno, no ha ido tan mal, ¿no crees? —me pregunta, confirmando mis sospechas.

Mi mirada molesta lo hace reír. Pero ¿por qué se ríe tanto? Y yo pensando que era el tío más serio de la oficina y que solo ofrecía sonrisitas a las becarias para meterlas en su cama. Al final va a resultar que el muchacho es risueño de nacimiento, ¡verás!, y yo una malpensada del copón.

—Creo que tú y yo no entendemos del mismo modo esa expresión —le suelto.

¿Cómo puede decir que no ha ido tan mal? Es que no lo entiendo. Los japoneses están

encerrados en su país, porque el tifón ha llegado antes de lo esperado y ha arrasado de un modo catastrófico. ¡¡UN TIFÓN!! ¡¡UN DESASTRE NATURAL!! ¿Qué tiene eso de divertido? Encima, para colmo de males, no pueden salir de ALLÍ hasta que pase y los aviones puedan volver a volar. Vamos, que no sabemos cuándo nos reuniremos con ellos. Ni siquiera han podido conectarse de forma *online*. Todo esto lo sabemos porque el señor Falcón nos ha hecho una videoconferencia para explicarnos los pormenores, que a su vez le han llegado de forma escalonada por algunos medios de los que no ha entrado en detalle. De modo que los alemanes, los americanos y, por supuesto, nosotros nos hemos quedado esperando a los japoneses, porque este viaje no ha sido solo para conseguir el contrato millonario con los Nakamura, sino que ya, de paso, el señor Falcón ha aprovechado para endosarnos algunas negociaciones más. ¡Maravilloso!, ¿verdad?

—Los acuerdos están sobre la mesa. A todos les ha parecido bien —me dice, sonriendo. ¡Otra vez!

—Te recuerdo que los que tienen la última palabra están encerrados en un país medio devastado y que tu padre ha sido muy claro al respecto: hasta que no firméis el acuerdo, no os quiero de vuelta —recalco cada palabra de mi jefe, imitando su tono de voz y colocando el dedo índice sobre mis labios para imitar su enorme bigote.

Sin embargo, mi intención no es sonar cómica, al contrario, quiero resaltar el tono serio con el que el señor Falcón nos lo ha ordenado. Aunque me parece que Saúl no lo entiende así, porque sus carcajadas empiezan a resonar por todo el pasillo. Me detengo en seco y, al darse cuenta, él hace lo mismo.

—¿Qué pasa? —pregunta, y ahora sí se pone serio—. ¿Tan malo te resulta esto?

—¿Te da igual estar fuera de casa tanto tiempo? ¡No sabemos cuándo vamos a regresar! Te juro que esto me parece de película americana —suelto, resoplando, porque me empiezo a agobiar.

—Me da igual, la verdad. —Lo miro sin dar crédito—. He pasado diecisiete años de mi vida en esta ciudad. Nací aquí —me dice, como si con eso tuviese que tranquilizarme—. Venga, el lunes lo verás todo con otros ojos. Además, piensa en lo que va a aumentar tu cuenta bancaria con los extras que vas a ganar en este viaje.

—Y mientras eso ocurre, ¿qué?

—¿Mientras? —Asiento—. Nos vamos de turismo.

—¿Perdona? —No puede estar diciendo lo que creo que ha dicho.

—¿Cuándo vas a poder conocer una ciudad como Chicago con un guía que ha vivido toda su adolescencia aquí?

Me quedo callada un momento y recapacito. Tiene razón. Siempre me compadezco por que no he viajado nada, de que no conozco sitios nuevos, y ahora que puedo hacerlo ¿me voy a quejar por ello? Asiento despacio.

—Tienes razón.

—¡Genial! —exclama, y se frota las manos—. ¡Mierda! ¡Se me había olvidado el frío que hace aquí!

—Y ¿por dónde empezamos?

—Eso déjame a mí, tú solo quítate esos tacones y ponte unos zapatos cómodos.

—De acuerdo.

—Por cierto —me interrumpe antes de que me marche a la habitación a por mis deportivas—, tengo entradas para el partido de los Bulls de mañana. ¿Te apuntas?

¿Los Bulls? ¿Hay algo más típico que eso? Pero... ¿cómo negarme?

13

Mariquitalafantástica

Buenas, vi tu mensaje cuando me levanté, pero tenía mil cosas que hacer y, de todos modos, tú estarías dormido, aunque es probable que ahora también.
¿Qué tal?

SaEd13

No, no, estoy despierto. 😊
Muy bien, y tu viaje?

Mariquitalafantástica

¿Despierto? Pero si allí deben de ser...
¿Las seis de la mañana? 🙄

SaEd13

Da igual la hora, siempre estoy para ti.

Mariquitalafantástica

No empieces, anda, que pareces un galán de telenovela mexicana.
Déjate de historias, amigo.

SaEd13

Como quieras, ya veo que el efecto del jet lag se ha ido y vuelves a ser la misma...

Mariquitalafantástica

¿Qué insinúas con eso?

SaEd13

Nada.

Creo que llevamos ya bastante tiempo hablando para que dejes de lado un poco tu actitud a la defensiva y desconfiada conmigo.

Mariquitalafantástica

No estoy a la defensiva ni soy desconfiada, soy así.
Pero, aunque no me creas, hablo contigo casi más que con mis amigas y me encanta hacerlo.
¿Ves cómo yo también sé hacer cumplidos?

SaEd13

Gracias, acabas de alegrarme el día.
Tus amigas.... ¿¿¿La loca y la alemana???

Mariquitalafantástica

No las llames así!!
Pero sí. Idaira, alias la loca, y Valeria, la alemana. Pero es española, eh? Solo vive allí

SaEd13

Pues lo que yo decía, como siempre.

Mariquitalafantástica

Lo que tú digas... ☺

SaEd13

De acuerdo, la verdad es que tus amigas parecen majísimas por lo que cuentas, pero a mí me interesas tú.
Siempre has sido tú.

Mariquitalafantástica

¿Empezamos otra vez?
No busco ligar, así que... ya sabes lo que tienes que hacer si es lo que intentas conmigo.

SaEd13

No, no, me refería a que me interesaba saber de ti.
¿Siempre eres así de malpensada?

Mariquitalafantástica

La mayoría de las veces. Disculpa.
Es solo que...
Déjalo.
¿Qué te interesa? Echo de menos nuestras charlas, aunque solo he venido a cambiarme de zapatos y me marchó.
No sé cuánto me dará tiempo de contarte.

SaEd13

Yo también te echaba de menos.
No sé, dime, qué tal llevas el viaje?, donde sea que estés.
Aunque sospecho que lejos, por lo que insinúas de la hora.
¿Por qué el cambio de zapatos?
¿A dónde vas?
¿Con quién?

Mariquitalafantástica

Pues... contradictorio, la verdad.
Pero no quiero aburrirte con esas cosas.
Uy, no estarás intentando ligar otra vez, ¿verdad?
Te digo desde ya que no te va a servir de nada, así que deja de hacerte el galán conmigo.

SaEd13

Eso ha dolido.
Por qué piensas siempre lo peor de mí? 😞
¿Tan difícil es creer que te estoy haciendo un cumplido sin ninguna intención oculta o que me interese saber con quién estás? No es la primera vez que hablamos de las personas con las que salimos.

Mariquitalafantástica

Tienes razón. Es algo que no puedo evitar, porque las personas son así.
Nadie dice o hace algo por nada.
Ni los amigos ni las parejas, aún menos, alguien a quien no conozco.
Todo el mundo tiene sus razones y motivos para actuar de un modo u otro, nadie lo hace para contentar al resto.

SaEd13

A ver, vamos por partes.
Uno: deberías cambiar ese modo de ver la vida. Te iría bastante mejor y quizá te dices cuenta de cosas que hasta ahora no lo haces. Empezarías a mirar a las personas de un modo diferente y, tal vez, entenderías que hay gente que se preocupa por ti y, puede, que hasta le intereses.
Dos: si no me conoces, es porque no quieres. Dime dónde estás y voy, a no ser que a tu acompañante le moleste que recibas visitas.

Mariquitalafantástica

Uno: me dieron tantas collejas en el colegio que aún tengo los chichones, y solo por ser la cerebrita con gafas. Así que sí, suelo pensar mal de las personas, porque si el ser humano fuese

bueno, no trataría de ese modo a otros.
Dos: no voy a decirte dónde estoy, así que no insistas. Y mi acompañante no tiene ni voz ni voto en lo que yo decido. Saúl es un compañero de trabajo y solo estamos aquí por motivos laborales.

SaEd13

Uno: siento que lo pasases mal en el colegio, pero eso no puede condicionar el resto de tu vida.

Dos: mira que eres cabezona. Uh, ¿Saúl? Ese no es el tío ese del que tanto me hablas??

Mariquitafantástica

Uno: mi padre abandonó a mi madre embarazada de seis meses. Qué tío hace eso? ¿De verdad crees que me puedes hacer cambiar de opinión con respecto a la raza humana? Yo creo que no.

Dos: Saúl es... sí, un compañero de trabajo, solo. Aunque sí, es de quien te he hablado en alguna ocasión. Y... añadido: ¡voy a ir a un partido de los Bulls! 🏀

SaEd13

Uno: tu padre era un cabrón que no sabe lo que se perdió.

Dos: Llévame contigo. ¿Estás en EEUU?

Vale, no contestes. Es obvio.

Ah, si Saúl es quien te va a llevar al partido, deberías darle las gracias de alguna manera, ¿no crees?

Mariquitafantástica

Uno: vamos a dejar este tema ya, por favor. No me gusta hablar de él.

Dos: obvio, tú mismo lo has dicho.

Tres: no puedo llevarte conmigo, como bien has dicho: ya tengo acompañante.

SaEd13

Uno: De acuerdo, lo dejamos. No quiero hacerte sentir mal, pero estoy aquí siempre que necesites desahogarte.

Dos: A partir de aquí, el uno será el dos y el dos será el tres. Capisci?? ¿Estás en la ciudad de los Bulls?

Tres: Eso también me ha dolido. Aunque me alegro de que hayas encontrado sustituto para... ¿Sergio se llamaba? Debo decir que me sorprende mucho el saber que te interesa tu compañero de trabajo. ¿Es recíproco? 🤔

Mariquitafantástica

Jajaja.

Ok, punto dos en uno, tres en dos... Al final, la lío parda, ya lo verás. 😊

Mejor dejamos los números, te parece?

No es recíproco, porque no hay nada por ninguna de las partes.
Ah, y se llamaba Raúl.
Y no, no lo nombres.
¡¡Menudo impresentable!!
Y eso me lleva de nuevo al punto de que los hombres sois...

SaEd13

Eh, no generalices, mariquita.

Mariquitalafantástica

Mariquita tú.

SaEd13

Lo que quieras, pero ratifico lo dicho: deberías hacerte mirar ese modo de pensar tan misántropo.

Mariquitalafantástica

Uy, qué intelectual pareces con esas palabras.

Me pone...

SaEd13

En serio? Espera, que voy a por un diccionario.

Mariquitalafantástica

Jajaja.

Déjalo.

Ya has conseguido que se me baje la libido de nuevo.

SaEd13

Mejor, no vaya a ser que yo prepare el terreno y sea el otro el que cruce la valla.

Mariquitalafantástica

Pero qué dices de cruzar la valla?!

La mía está electrificada.

SaEd13

Pues yo me electrocutaría feliz.

Mariquitalafantástica

Uy, creo que me voy a ir despidiendo ya.

Empiezas a ponerte intensito.

Anda, vete a hacer un cinco contra uno y olvídate de mí un rato.

SaEd13

Si hago eso, es cuando no me voy a olvidar. 😊

Mariquitalafantástica

Déjalo ya.

SaEd13

De acuerdo, pero sigo pensando que tendrías que hacértelo mirar.

O eso o...

Mariquitalafantástica

O qué??

SaEd13

Tal vez ya tienes a alguien??

Mariquitalafantástica

Dejemos ese tema.

No seas pesado.

SaEd13

...

Mariquitalafantástica

...

SaEd13

...

Mariquitalafantástica

Mi compañero me espera en recepción. Tengo que marcharme.
Bye.

«¡Madrecita de mi vida! Pero qué frío hace aquí», pienso en cuanto me da el aire gélido en la cara.

Miro a Saúl de soslayo y vuelvo a preguntarme cómo puede mantener el tipo de ese modo. Ni se ha inmutado cuando hemos salido de la apetecible temperatura que había en el hotel al frío ártico que hace aquí afuera. ¡Se me están congelando los mocos! Levanto la vista, cual cateta en una gran ciudad —que no, que no me considero cateta, pero lo cierto es que me impresiona mucho este sitio— y me quedo mirando los árboles que se mueven sobre nuestras cabezas, mecidos por el viento.

—¿Preparada? —me susurra Saúl, demasiado cerca de mi oído.

Bajo la mirada del cielo, que está muy encapotado, y giro el rostro en su dirección. Me quedo atontada de repente y solo atino a responderle con un asentimiento de cabeza. ¡Menudos ojazos tiene este imbécil! ¡¿Por qué?! Sin embargo, y en contra de lo que estoy rezando en mi interior, él no deja de mirarme. Nooo, Saúl sigue observándome y, por si fuera poco, ahora va y me suelta una de sus sonrisitas de idiota, pero que esta vez no me parece tan de idiota... ¿Será que el frío me está afectando a las neuronas?

Al ver que él no se mueve y que yo parezco lela aquí parada preguntándome a mí misma por qué un tío como él posee unos ojos tan verdes y tan bonitos que deberían estar prohibidos (al final el apodo que le puso Idaira no le va a ir tan mal, con la de cosas que le he dicho al respecto a mi pobre amiga), me obligo a salir de mi ensimismamiento y muevo rápido la cabeza para regresar a la realidad.

Sí, confirmado, el frío me vuelve tonta.

—¿Vamos o no? —me pregunta, al ver que yo no me he movido del sitio.

¡¡Y es entonces cuando me doy cuenta!! Resulta que, aquí, Míster Sonrisitas me está ofreciendo el brazo para caminar, cual caballero medieval. Ah, no, por ahí no paso. Toqueteos los justos y necesarios. No me gusta que me manoseen.

—Sé caminar solita —le digo, y echo a andar para que no lo dude.

¡Ni de broma voy a ir de su bracito! ¿Qué se cree que soy? ¿Una damisela en apuros? ¿Una mujer que depende de un hombre? O peor, ¿una de las becarias que matarían por una sonrisita suya?

—Como quieras, solo pretendía...

—Oye, te voy a dejar clara una cosa. —Me paro en seco y me doy la vuelta para mirarlo de frente—. No sé a lo que estarás acostumbrado en tus viajes de negocios, ¿de acuerdo? Pero para mí esto es solo eso: un viaje de negocios que, con toda probabilidad, se va a alargar más de lo estipulado y deseado. Y tú, un compañero que me han impuesto. Nada más. Y si estás acostumbrado a tirarte a las que van contigo de viaje, ¡enhorabuena!, pero conmigo vas listo, chaval. No me interesa ni una cosa ni la otra —añado, mirándolo de arriba abajo—. ¿Te ha quedado lo suficientemente claro?

Ni siquiera sé cómo le he dicho eso. ¿Por qué soy tan borde con él? Tampoco es que haya hecho nada para que yo le cante las cuarenta de ese modo, sin embargo, siento que si no lo hago, le estoy dando pie a que se crea que soy una chica fácil, de esas a las que seguro que está acostumbrado. Y me molesta, mucho. No voy a dejar que piensen de mí algo que no soy.

—Me ha quedado lo suficientemente claro —me contesta, replicando mis palabras y, sobre

todo, muy serio, muy, pero que muy serio.

—Estupendo —ratifico, aunque no me siento bien después de ver la cara que ha puesto. Parece que se ha molestado. Y lo que más me desconcierta es que por culpa de su carita de enfado, empiezo a notar algo dentro, algo parecido a la culpabilidad. Pero...

«¿Y a mí qué? Que se moleste. Las cosas claras desde el principio».

—De todos modos, te diré que siempre voy solo de viaje. No necesito a nadie y, además, prefiero no llevar compañía —me suelta, justo cuando echa a caminar.

¡¡Estupendo!! Ahora resulta que el pobre está haciendo el sacrificio de su vida teniendo que aguantarme aquí. Pues que hubiese aprendido japonés y habría podido seguir con sus andanzas en solitario, aunque, por otro lado, ¡para lo que me ha servido el japonés hasta ahora, bien podría haber viajado solo!

Cuando me doy cuenta y salgo del trance en el que yo sola me he metido, veo que Saúl ha seguido el camino y va bastante más adelantado. Pego una carrera y me coloco a su lado. No me mira al sentirme junto a él, solo sigue andando.

¡Pues sí que es esto divertido! ¡Menuda tarde vamos a pasar, mirándonos el careto uno al otro!

Después de casi diez minutazos en silencio, empiezo a sentirme bastante más incómoda de lo que ya estaba. Saúl va muy callado, nada que ver con el parlanchín y bromista compañero que tuve en el desayuno. Vamos, que no sé qué es lo que estará rumiando por dentro, pero no debe de ser agradable por la cara que lleva. Me parece que no quiero saberlo.

Sin embargo, soy incapaz de estar más tiempo así, por eso le pregunto:

—¿A dónde vamos?

—Al barco.

¿Barco? ¿Qué barco?

Frunzo el ceño y me paro, esperando que él se dé cuenta de mi interrogante mental, pero pasa de mí. Continúa caminando. Resoplo al ver que si no arreglo esto, nos vamos a pegar una semana aguantándonos como podamos y siempre con mal gesto en la cara, al menos, Saúl. Doy una carrerita y me pongo un par de pasos por delante de él. Comienzo a caminar de espaldas, mientras que él me observa en silencio y sigue sin aminorar el paso.

—¿Barco? ¿Qué barco? —le digo, intentando sacar tema de conversación y exteriorizando mis primeros pensamientos cuando escuché lo del barco.

—¿También te dan miedo? —Su gesto ni se inmuta al hablar. Sigue con la mirada puesta al frente, como si no me viese, las manos en los bolsillos de su abrigo y el gesto serio.

—No... imagino. Nunca me he subido a uno —le confieso.

Pongo todas mis esperanzas en que eso le sorprenda y empecemos una conversación, pero no, nada. No hay manera. Sigue igual.

—¿¿Acaso eres de piedra?!

¡Mierda! Eso era un pensamiento que no debería de haber soltado.

«¡Bocazas!».

Me tapo la boca de inmediato al darme cuenta de que eso no tendría que haber salido de mi cabeza y de que, además, al oírme, Saúl se ha detenido en seco.

—Más bien todo lo contrario, Sofía. No soy de piedra, pero parece que tú sí —me suelta y se da la vuelta.

Estamos justo debajo de un puente con un techo azul —bueno, vamos a dejarlo en vigas, porque cubierto por completo no es (al menos, por esta parte). En otro momento fijo que me llamaría la atención, porque en sus paredes hay unos dibujos en medio de los azulejos que estaría bien detenerse a apreciar. Pero ahora no es así, no del todo.

Tengo la vista clavada en la espalda de Saúl, y puedo apreciar que está tenso.

—Oye, Saúl, lo siento. Yo...

—Déjalo, Sofía. Yo sabía que esto no era una buena idea.

Me parece que no entiendo bien a qué se refiere. Una buena idea ¿qué?

—Pero ¿qué dices? —empiezo, intentando sonar como una persona normal y no como la villana de la historia, que es como me siento en realidad. Creo que es la primera vez en mi vida que molesto a alguien con mis comentarios, por norma, me suelen ignorar o suelo pasar bastante desapercibida—. Me encanta que hayas querido enseñarme la ciudad. Te lo agradezco, de verdad. —Con eso, por lo menos, consigo que se gire de nuevo hacia mí.

—Mira, Sofía. Allí —me señala un lugar más allá de donde estamos—, una vez que cruzas el puente, compras la entrada para la embarcación turística y desde ella verás todo lo que bordea el río. Un paseo muy agradable. Para volver al hotel solo toma este mismo sendero. No hay pérdida.

—Espera, espera —lo detengo, porque se ha vuelto a girar y ha dado dos pasos. Me ignora y vuelve a dar unos pasos más. Repito lo que hice antes y troto un poco hasta volver a colocarme delante de él—. ¿No vienes conmigo? —le pregunto, una vez que me he interpuesto en su camino.

—No me encuentro bien. Te veo luego en el hotel —me contesta en voz baja—. Ten cuidado y no te caigas al agua.

A pesar de que sus últimas palabras debían de ser algo que me causara gracia, no ha sido así. Ni yo las recibo de un modo cómico, porque me siento mal al ver el cambio que un simple comentario ha originado en su actitud y también culpable por algo que ignoro en estos momentos, ni él las ha dicho en su tono jocosos de siempre, al contrario, ha sido como un susurro.

—De acuerdo, no pasa nada —concedo, y no sé ni por qué lo hago—. Después volvemos. Te acompaño —le digo. Saúl niega con la cabeza—. ¿No? —pregunto, incapaz de asimilar lo que creo que me está diciendo—. Si no te encuentras bien, no deberías de estar solo. ¿Y si te da una bajada de azúcar? —añado, elevando un poco el tono de voz.

Sin embargo, él ni se inmuta al escucharme

—Me tomo un caramelo —me contesta, y aunque no sube el tono, sí suena exasperado. Mucho.

—¿Y si es una subida? —contraataco, sin saber el motivo por el que lo hago.

—¡Déjalo ya, Sofía! —exclama y ahora sí siento cómo su voz, grave y potente, se me cuela en los oídos, haciéndolos vibrar con la intensidad que desprenden.

Me freno en seco, pues estaba a punto de decir algo más, algo que ahora mismo ya ni recuerdo. Los viandantes que pasan por nuestro lado se han detenido al escucharlo alzar la voz. Los miro a todos con cara de «largaos, cotillas, que no me está maltratando», y parecen que lo captan, porque echan a caminar otra vez. Mientras yo hago eso, Saúl aprovecha y empieza a caminar en el mismo sentido en el que hemos llegado hasta aquí, es decir, hacia el hotel. Bufo al verlo y doy otra carrera, que, por cierto, ya no tengo ni frío de tanto correr innecesariamente. Ahora entiendo el motivo por el que la gente de las películas es tan deportista. ¡No son sanos, lo que pasa es que así se quitan el frío! Una vez que llego a su espalda, alargo el brazo y lo agarro del suyo. Se tensa de inmediato.

—Ven conmigo —le pido, porque es la verdad. No quiero estar sola ni que él esté de este modo, a pesar de que no consigo entender su reacción.

—Sofía, no me apetece acompañarte al barquito de los cojones, ¿de acuerdo? Vete sola, que es como parece que más te gusta estar. Te veo en el hotel —me suelta de malos modos y, con

cuidado, pone su mano sobre la mía, la que lo retiene por el brazo, y la separa despacio. Niego con la cabeza y se aleja, esta vez a paso más rápido.

Y yo lo observo mientras se va. No voy a ir detrás. Ya no. Me ha dejado muy claro que no le apetece mi compañía. No voy a suplicarle a nadie y, mucho menos, a un hombre. Y si ese hombre es Saúl, mejor ni me lo planteo.

Mariquitalafantástica
¿Estás?

SaEd13
Claro, qué ocurre?
Ya me echas de menos??

Mariquitalafantástica
Menos lobos, caperucita.

SaEd13
Está bien, está bien. Deseo concedido.
¿Qué te pasa?

Mariquitalafantástica
Creo que me he portado un poco... cómo te diría?

SaEd13
No sé, cuéntame qué has hecho y te diré cómo te puedes catalogar.

Mariquitalafantástica
Pues no tengo muy claro lo que ha pasado.
He salido a pasear y a conocer Chicago y...

SaEd13
Aja! Ya sé dónde estás.
Chicago! Es una ciudad preciosa!

Mariquitalafantástica
Has estado?
Contesta! Y no te desvíes del tema.

SaEd13

Estuve allí hace años.

Y no me desvíó. Qué has hecho, misántropa empedernida?? 😞

Mariquitalafantástica

Pues es que no lo sé!! He discutido, si puede llamarse así, con mi compañero de trabajo.

El caso es que no sé el motivo por el que se ha enfadado.

SaEd13

¿Estás segura de que no le has soltado una de las tuyas?

Mira que ya me he dado cuenta de que no tienes filtro a veces.

Mariquitalafantástica

¿Solo a veces? Bueno, voy mejorando entonces.

SaEd13

A ver, cuéntame que le has zampado sin pensar al pobre muchacho.

Mariquitalafantástica

De pobre nada, es un borde de cuidado.

SaEd13

Tal para cual entonces!

Mariquitalafantástica

¿Qué? Ni lo insinúes, por favor.

Antes me meto en el convento y consagro mi vida a la castidad.

SaEd13

No creo que sea tan malo.

Mariquitalafantástica

No lo conoces. Es el típico tío que se cree el rey del mambo. Le encanta ser el centro de atención y el objeto de las miradas. Creo que se ha molestado porque le he dicho que yo no soy como el resto de sus acompañantes y que a mí no va a pasarme por la piedra.

SaEd13

...

Mariquitafantástica
¡¿Qué?!

SaEd13
Que te has pasado.

Mariquitafantástica
¿Y tú qué sabes? Ni siquiera lo conoces.

SaEd13
Y tú tampoco.

Mariquitafantástica
¿Qué? Claro que lo conozco. Llevo tres meses trabajando con él. Lo veo cada día pavonearse por la oficina, sin dar palo al agua y mirando por encima del hombro a todos solo por ser el hijo del jefe y también dueño.

SaEd13
Vuelvo a reiterarme: tienes que hacerte mirar ese modo de ver al resto.
Lo tuyo no es sano.

Mariquitafantástica
Pero tú... ¿de qué lado estás?
Pensé que eras mi amigo

SaEd13
Sí, pero también veo la realidad.

Mariquitafantástica
Me empezó a ofrecer el brazo como si yo lo necesitase para avanzar!!!
¿Qué pretendía? ¿Ligar conmigo?
Pues va listo!!

SaEd13
¿Tú te estás oyendo?

¿Qué hay de malo en eso?
Seguro que solo intentaba ser amable.

Mariquitalafantástica
Ya veo que la teoría se confirma: todos sois iguales.

SaEd13
No voy a entrar al trapo.
Creí que querías hablar, no convertirme en el centro de tus pullas.

Mariquitalafantástica
Espera! No te vayas.
Lo siento.
Sí, quería hablar.
Estoy sola.
Y no me gusta sentirme así.

SaEd13
¿Sola?
Creí que el resto del mundo no era lo suficientemente bueno para estar a tu lado.

Mariquitalafantástica
No es eso.

SaEd13
¿Entonces?

Mariquitalafantástica
Me siento culpable.

SaEd13
Vaya...
Al final vas a tener un poco de corazón y todo.

Mariquitalafantástica
Déjate de tonterías. Te lo digo en serio.

SaEd13

Y yo.

Mariquitalafantástica

¿Crees que he sido muy borde?

SaEd13

Sí.

Mariquitalafantástica

Mentira.

No te he contado lo que le he dicho exactamente.

SaEd13

Ni falta que hace.

Si te sientes así, es que lo que has hecho o dicho está mal.

Mariquitalafantástica

Quizá tengas razón.

Tal vez esto es nuevo para él.

Me ha dicho que siempre viaja solo.

SaEd13

O, quizá, está interesado en ti, tú no te das cuenta y no lo ves, y él no sabe cómo hacer para que te des por aludida. Motivo por el que se ha molestado contigo.

Mariquitalafantástica

¡Empezamos con la tanda de idioteces!

Ya estabas tardando

SaEd13

¿Por qué?

Tan mal concepto tienes de ti misma, que no ves posible que alguien esté...

Mariquitalafantástica

No sigas por ahí.

Eso no es así.
Saúl y yo solo somos compañeros de oficina y de viaje, aunque esto último por obligación.
NADA MÁS

SaEd13

Como tú digas, pero háztelo mirar.

Mariquitalafantástica

Uy, es mi turno de montar.

SaEd13

¿Montar?

Mariquitalafantástica

En un barco. Un paseo por el río Chicago.

SaEd13

Haznos un favor a todos y no te asomes mucho al borde. 😊

Mariquitalafantástica

No me vaya a caer al agua...

SaEd13

Jajaja.

Es broma.

Mariquitalafantástica

...

No, no lo es. Es verdad, soy patosa.

SaEd13

Mal concepto, otra vez...

Mariquitalafantástica

¿Seguro que no eres psicólogo?

SaEd13
Seguro.

Mariquitalafantástica
Oye, no me has dicho nunca en qué trabajas

SaEd13
De verdad te vas a perder ese lindo paseo por hablar de mi trabajo.
Disfruta.
Más tarde hablamos y me cuentas si lo has solucionado.

Mariquitalafantástica
Está bien, tienes razón.

SaEd13
Como siempre.

Mariquitalafantástica
Gracias.

SaEd13
A ti

Mariquitalafantástica
A mí???

SaEd13
Por ser como eres. 🙄

Mariquitalafantástica
Uy, el intensito ha vuelto.
Hablamos luego.
Besos

SaEd13

Bye.

Después de bajarme del barquito de los cojones, como lo ha llamado Saúl, me quedo de pie y sola mirando a la gente pasar.

De acuerdo, objetivo cumplido: no me he caído al agua. También es cierto que ha sido bastante fácil de lograr, ya que no me he puesto en pie ni una sola vez en todo el trayecto. Hubo un momento en que pensé seriamente lanzarme a esas frías aguas cuando el señor que estaba a mi lado empezó a roncar y, sin querer, dejó caer su cabeza, llena de pelo grasiento y pegajoso, sobre mi hombro. ¡Ay, Dios! Lo toqué un poco para apartarlo y casi me quedo pegada a él de por vida. ¿Cómo es posible tener el cabello así? ¿Es que acaso desconoce que desde el siglo XIX existen las duchas?

Por lo demás, todo bien. El recorrido me ha gustado mucho, algo tranquilo, y que, además, me ha permitido apreciar parte de la ciudad desde una perspectiva diferente a la que hubiese visto de haber ido caminando. Sí, todo muy bonito, excepto por el frío (y mi vecino, alias «pelo pegado»). ¡Porras! ¡No me siento ni las orejas! Empiezo a caminar y nada más avanzar un par de pasos, echo un vistazo alrededor. No sé por qué tengo la absurda esperanza de encontrarlo de pie, apoyado en la pared en la que comienza el túnel de dibujos en los azulejos, esperándome. Pero no, no está. Era obvio. No tiene sentido ni entiendo por qué me siento tan decepcionada al comprobar que no ha regresado a buscarme.

«Me lo merezco».

«He sido un poco borde con él».

Le he dado muchas vueltas por el camino, porque mi charla con SaEd13 me ha dejado pensando. Sí, tal vez me he pasado un poco de la raya. Ni siquiera sé el motivo por el que actuó así con Saúl, imagino que nuestro primer encuentro en el aeropuerto me dejó una imagen de él que, tal vez, no se corresponde a la realidad. ¡Pero es que me llamó inepta! ¡A mí! Seré muchas cosas, pero no una inepta. Seré algo torpe, patosa, sobre todo, cuando me pongo nerviosa, ¡PERO NO SOY UNA INEPTA! Si hay algo que se me da bien es hacer cosas, siempre que no sean deportivas. Todo el que me conoce coincide en que poseo un don para trabajar. Soy eficiente en muchísimos campos. Tengo un coeficiente intelectual de 129, es decir, estoy rozando la superdotación intelectual, así que... ¡no venga a decir que soy una inepta! Tengo una capacidad de resolución de problemas que más quisiera la gran parte de la población, sin contar con mi facilidad para aprender idiomas y matemáticas. Me licencié un año antes que mis compañeros... ¡No soy una inepta! Y si yo lo veo a él como tal...

Sufro un cortocircuito mental que hace que todos mis pensamientos se vayan al garete. Me paro en seco y me quedo mirándolo de frente. No, no estaba esperándome en el túnel, apoyado en la pared de azulejos, así, en plan pose de película americana, pero sí se acerca caminando hacia mí. Parece bastante más alegre que antes y, además, viene con alguien. Me quedo dentro del pasadizo del túnel, al menos, aquí me resguardo un poco del frío. Cuando se da cuenta de que lo he visto, se queda mirándome y sonrío.

—¡Hola! —le digo cuando lo tengo enfrente. Echo un vistazo a su amigo, que no me quita el ojo de encima. Solo rezo para que no sea un imbécil integral.

«Con uno tengo suficiente».

«Vale, rectifico. Eso no ha estado bien», me reprendo. Tengo que hacérmelo mirar, tiene razón.

—Hola, te he traído esto. Lo he visto sobre el escritorio y... —Me enseña mi gorro de lana y mis guantes, los cuales preparé para ponérmelos, pero como me puse a hablar con SaEd13 se me olvidó cogerlos antes de salir.

—Gracias —le contesto, con una sonrisa más grande que la Torre de Pisa. Los agarro deprisa de sus manos, también enguantadas, y me los pongo. Cuando termino, miro a Saúl, que no ha dejado de observarme mientras me abrigaba—. ¿Qué? —inquiero, abriendo mucho los ojos mientras espero a que me explique a qué se debe esa sonrisa tan extraña que tiene dibujada en su rostro. No es que yo sea una experta en sonrisas, y aún menos en las tuyas, pero sé que esa no se la visto nunca.

—Nada —me contesta.

Me doy cuenta de que quiere decir algo más, sin embargo, un leve carraspeo nos interrumpe. Saúl, que parece haber vuelto a la realidad, se gira en dirección a su amigo y luego me mira a mí.

—Sofía, este es Diego, mi hermano. Diego, ella es Sofía.

Así, a secas, Sofía y ya está. Ni compañera de viaje o de trabajo. No. Sofía, sin más.

Diego se adelanta un paso y se inclina para saludarme. Me da dos besos, así que me doy cuenta de que es español, aunque su nombre ya debería de haberme dado una pista.

—Encantado de conocerte, por fin —me suelta, y ese «por fin» me deja un poco loca... ¿Por fin?

Me quedo perpleja al oírlo y no atino a nada más que a quedarme callada mientras que él se aleja un poco de mi lado. Veo cómo Saúl le echa una mala mirada cuando se coloca de nuevo junto a él. Un segundo después, me doy cuenta de que lo más seguro es que mi compi le haya contado el borderío que le he soltado y de ahí ha venido ese «por fin» y ese «Sofía» a secas.

—¿Hermanos? —digo, alejando esos pensamientos que me hacen sentir culpable y, además, mirándolos.

Ambos asienten y yo empiezo a reír.

—¿Qué? —me pregunta Saúl, sonriendo otra vez al verme hacerlo a mí.

—¿Os habéis mirado en un espejo?

Mi respuesta arranca una carcajada en Diego y Saúl asiente, sin perder su eterna sonrisa.

Yo los observo mientras ellos se miran el uno al otro. Diego tiene el pelo liso y de un color oscuro. Lo lleva largo, por arriba de los hombros, y recogido en una semicoleta. Tiene un aire hípster. Sus ojos son marrones y sus labios muy finos. Saúl, sin embargo, tiene el pelo castaño claro, rizado y muy corto (es probable que por eso no se lo deje crecer, creo que su mata de pelo sería aún más rebelde que la mía), además, tiene unos ojos verdes que parecen un mar en calma. Los labios son gruesos y sonrosados, y...

Uf, ¡cortocircuito mental!

¿Qué hago yo mirándolo así?

«¡Reubicación, Sofía!».

—Nuestros padres estuvieron casados hace años. Somos de la misma edad, aunque es lo único que tenemos en común —me explica Saúl.

—No seas mentiroso —le replica Diego, atrayendo la atención de su hermano hacia él.

—Es verdad. ¡Los Bulls! —afirma mi compañero, riendo. Diego da una palmada en respuesta y luego me mira a mí.

—Y creo que desde ahora también las mujeres —añade, guiñándome un ojo.

¡Menudo donjuán! Me quedo tan de piedra al oírlo, que no atino a nada. Tanto es así, que se me ha olvidado, incluso, lo que pensaba hacer en cuanto viese a Saúl: pedirle disculpas por mi actitud de antes.



Después de haber comido la *pizza* más rara del mundo —y no es solo porque la salsa estuviese arriba y el queso abajo, sino también por el sabor—, salimos del local. Diego se disculpa con nosotros y nos dice que tiene que marcharse, pero que le ha encantado conocerme. Lo que yo decía: un donjuán.

La verdad es que me ha sorprendido mucho. El hermano de Saúl, a pesar de parecer serio, es bastante majo, aunque un poco callado, eso sí. Nada que ver con mi compañero, quien no ha parado de charlar y reír durante todo el almuerzo. Gracias a esta comida, me he enterado de que la madre de Saúl es americana, de Chicago, por eso él nació aquí y se conoce esto como la palma de su mano. También, que se separó del señor Falcón cuando mi compañero tenía tres años. Y que cuando tenía quince, la madre —de la cual no sé el nombre— decidió mudarse por motivos laborales a la otra punta del país. Saúl se marchó con ella, pero con diecisiete años decidió volver a vivir con su padre, porque no se llevaba bien con el novio de su madre. Por ese entonces, el señor Falcón ya tenía una nueva pareja y estaba a punto de casarse (sí, exacto, la madre de Diego). Ambos vivían en España, así que Saúl, sin pensárselo mucho, se coló en Madrid con dos maletas mal hechas y se quedó a vivir con su padre. Ahí fue cuando Diego y él se conocieron y, por lo visto, después de varios malentendidos y alguna que otra putada, comprendieron que ninguno de los dos sería el alfa de la manada y se hicieron inseparables. Con veintiún años, Saúl decidió volver a Chicago para hacer un máster y Diego, que no tenía nada mejor que hacer —o eso dice él— lo acompañó. Al cabo de un par de años, Saúl volvió a España y comenzó a trabajar en la empresa de su padre, mientras que Diego se quedó en Chicago porque se había enamorado de una aspirante a modelo, con la que aún sale.

—No te cae muy bien la novia de tu hermano, ¿verdad? —le pregunto, una vez que Diego se ha ido y nos hemos quedado solos. Aún no me he disculpado con Saúl y es algo que sé que no debería retrasar más, pero temo que, si lo hago, le recordaré el incidente y volverá a poner su cara de culo conmigo.

—No es eso —me contesta, cerrándose el abrigo hasta la barbilla—. Mirella es... especial.

—Uy, explícate mejor, porque me parece que en tu cabeza y en la mía la palabra «especial» no tiene el mismo significado —le digo y eso hace que Saúl se ría y asienta, como dándome la razón.

¡Si ya lo sabía yo...!

—Lo que quiero decir es que es... peculiar. Tiene un modo de ver la vida que no me gusta y se mueve en un ambiente que no me parece el adecuado. Hace un par de años despuntó en el mundo de la moda y posa de manera continua para una revista muy conocida, pero es ambiciosa, nunca está conforme con nada. Diego es su fotógrafo oficial, así es como se conocieron. Yo creo que... —Se calla.

—¿Qué? —le incito a seguir. Esto parece un culebrón.

—Siempre he pensado que Mirella se aprovecha de mi hermano. Es un buenazo, ahí donde lo ves, y mi padre lo tiene en muy buena estima, a pesar de que no acabó demasiado bien con Roxana. Y ella... ella hace lo que quiere de él. Además...

—¿Además? —No sé por qué se calla en la mejor parte de la historia.

—Sé de un sitio en el que vamos a pasarlo bien. —Vaya forma de cambiar de tema—. ¿Te apetece? —me dice, pero esta vez no me ofrece el brazo como hizo antes de llegar al barco. Supongo que ya ha aprendido la lección.

Capto la idea: no quiere seguir hablando de su hermano y la modelito. Lástima, era una

historia que apuntaba maneras. Pero si hay algo que no me gusta, es sentirme cotilla (aunque sé que lo soy y tampoco intento corregirlo con demasiado ahínco), así que respeto sus deseos de no hablar más del tema y asiento como respuesta. Saúl comienza a caminar y yo, que me he quedado algo rezagada mientras me ponía los guantes, troto un poco para situarme a su lado. Cuando llego, no me lo pienso mucho, porque de lo contrario no lo haré, y paso con rapidez mi brazo por debajo del suyo. Al darse cuenta de lo que he hecho, se detiene y me mira con atención.

—Siento haber sido tan borde antes —confieso por fin, ya que si quiero que este viaje no sea una condena en vida, este es el primer paso que debo dar.

Saúl no dice nada, sin embargo, tanto su sonrisa como el brillo que ha empezado a despuntar en sus ojos me dicen que acepta mis disculpas. Y con eso ya me vale. Después, mueve el brazo, saca la mano del bolsillo de su abrigo y toma la mía. Me quedo quieta observando lo que está haciendo, sintiendo el calor que desprenden sus dedos alrededor de los míos mientras nuestras manos se acomodan juntas en el estrecho bolsillo de su chaquetón.

Me paro frente a la puerta y miro.

—Chicago 360... —Me giro hacia Saúl, que me observa con atención—. ¿Qué se supone que vamos a hacer aquí? —le pregunto, a lo que él me contesta sonriendo.

Solo sonriendo.

No sé si fiarme de su sonrisa, es un poco maliciosa. No puedo evitar pensar que después de todo lo que le he dicho se le ha pasado demasiado pronto el cabreo, que actúa con total naturalidad y que... Vamos, que no me inspira confianza. Miro hacia arriba y veo que el edificio no tiene fin, aunque eso no es raro aquí, todo parece diseñado a lo alto. Trago saliva de nuevo al intentar buscar dónde acaba este enorme bloque de hormigón. Me temo que, quizá, esto es algo así como LA VENGANZA. ¿Que por qué digo esto? Sencillo. Diego ha recalcado varias veces durante la comida, y eso que ha hablado relativamente poco, que cada vez que él conseguía algo, lo que fuese, Saúl se vengaba, y viceversa. Es decir, que se pasaron casi un año fastidiándose el uno al otro. Y digo yo: si se vengaba de su *hermano*, ¿por qué no iba a hacerlo de mí? No soy nadie para él, ¿qué más le importa si me da un parraque? Al menos, así se libra de mi compañía, la cual nunca ha querido, eso es algo que tengo claro.

Vuelvo a mirar su sonrisa y, sí, es un poco sospechosa, aunque...

¡Cortocircuito mental otra vez!

¿Cuándo porras he aprendido a distinguir sus variadas sonrisitas?

—Oye, Sofía, te has puesto blanca. ¿Estás bien? —Asiento y miro hacia arriba, hacia esos cristales infinitos que se alzan sobre nosotros—. ¿Segura? No irá a darte un ataque de los tuyos. —Lo fulmino con la mirada, porque lo del avión no fue un «ataque de los míos», fue de pánico, y eso es algo que no se puede controlar, al menos, yo no puedo. Él suelta una carcajada al ver la cara de malas pulgas que se me ha puesto y yo no hago intención de modificarla—. Oye, subimos y si no te gusta, bajamos —me sugiere, imagino que al ver mi cara de espanto—. Es algo muy visitado aquí y, aunque te parezca mentira, nunca he venido.

—De acuerdo. —Voy a darle un voto de confianza, aunque las piernas ya empiecen a temblarme. Esto no me pasaría si antes de viajar hubiese buscado qué visitar, pero como ha sido todo tan precipitado y yo soy de las que lo dejan todo para última hora... pues eso. Además, no puedo estar pensando a cada rato que mi compañero de viaje quiere deshacerse de mí. Es ilógico... digo yo.

Entramos al edificio y subimos al ascensor. Planta 94.

—No pensarás hacer parapente desde la azotea, ¿verdad? Porque si es así, déjame que te diga que: NO CUENTES CONMIGO. Me da miedo subir a un avión, que es el medio de transporte más seguro que existe, así que...

—Shhh, Sofía, respira —me pide, cortando así mi diatriba, la misma que empiezo siempre que me pongo muy, pero que muy nerviosa, sobre todo, en los momentos en los que siento que no puedo controlar la situación.

Me giro dentro del ascensor, que, aunque es amplio, hay gente dentro, por lo que me he colocado muy cerca de mi compañero, y lo miro. Él hace lo mismo, con la diferencia de que sus ojos brillan, al igual que su sonrisa, y yo debo de estar pálida como la cal.

Asiento mientras que no dejo de observarlo. Él se vuelve hacia mí y coloca sus manos, que ya no están dentro de los guantes, sobre mis mejillas. Siento un calor nada común que me sube por

la espalda y termina en mi rostro, y eso me obliga a apartar los ojos. Vamos, una idiotez, porque el hecho de que yo no lo vea a él, no significa que él no me vea a mí. ¿Por qué porras me siento así? A mí no me gusta que me toquen... ¿por qué no se lo digo? ¿Por qué no me molesta como me sucede con otras personas? ¿Por qué hemos venido todo el camino con las manos juntas dentro de su abrigo? ¡¿Por qué?!
¡Cortocircuito mental! ¡Otra vez!

A este paso, se me achicharran las neuronas, ya verás.

—Eh, mírame. —Lo hago, ¡qué remedio!—. Vamos a subir, a ver lo que hay y si no te apetece, no subas a la atracción. Yo sí quiero hacerlo —me dice, todo sin soltarme el rostro y desplazando con suavidad los pulgares sobre mis acalorados mofletes.

¡Cortocircuito!

¡Cooortooooociiiiirrrrrcuuuuiiiiiitoooooooo!!

Asiento.

Neuronas achicharradas...



—Nooo —repito, como por enésima vez—. Nooo... —Abro los ojos y desplazo la vista de nuevo hacia la cristalera.

Saúl solo se ríe. ¡Y cómo lo hace! Seguro que sus carcajadas se escuchan en todo el edificio, al igual que se ha tenido que oír el grito que yo he pegado cuando he visto de qué se trata esto.

Lo miro algo molesta por el hecho de que se esté tomando tan bien mi reacción, y porque me ha agarrado de la cintura en cuanto me he dado media vuelta y así sigue, sosteniéndome, a pesar de que me he quedado quieta y ya no intento huir. Aunque él parece no darse cuenta, aunque yo sí que lo hago, porque sus manos me abrasan, literalmente. Este hombre es una estufa con patas... ¿o será cosa mía?

—Si ya sabía yo que esto era LA VENGANZA —le recrimino, poniéndome frente a él, pues estaba de medio lado, y dejo caer los brazos a ambos lados, por lo que ahora me rozan con los suyos, ya que continúa agarrándome y no parece tener intención de soltarme. Me aseguro de hacer especial énfasis en lo de LA VENGANZA, pero eso no parece molestarle. Al contrario.

¿Su respuesta? Se ríe aún más fuerte.

¿Por qué no para de reír?

—No es una venganza —me dice entre carcajadas—. Pero me has dicho por el camino que te ha gustado el paseíto en barco, porque has visto una parte de la ciudad desde una perspectiva diferente, así que... ¿qué tiene de malo esto? ¡Es igual!

—¡Y una porra! Esto está a... —Me detengo para hacer los cálculos en mi cabeza—. Está a... ¿cuántas plantas tiene? —le pregunto, lo que le arranca otra carcajada.

El grito de una mujer, que está mirando por la cristalera por la que Saúl pretende que me asome yo, me hace dar un respingo.

—Cien plantas.

—Pues lo que te decía: estamos a más de trescientos metros de altura. ¿Cómo lo equiparas a un tranquilo paseo en barco en el que se dormiría hasta un bebé?

Saúl no me quita ojo de encima y le veo dar un paso hacia mí. Sus manos siguen en mi cintura, así que el avance es minúsculo, pero sirve para ponernos aún más cerca, prácticamente, nuestros cuerpos empiezan y acaban en el mismo sitio. Y yo, que parece que me he vuelto idiota desde que he cruzado el charco, no me muevo del sitio. ¿Por qué? No lo sé.

Siento un escalofrío, ese mismo que precede al cortocircuito que me produce cada vez que se

ría, cada vez que me dedica un gesto amable o, peor, cada vez que me toca, que es algo que lleva haciendo bastante a menudo durante la última hora. Y yo sigo preguntándome: ¿por qué dejo que lo haga?

¿La verdad? No lo sé... creo. O eso quiero pensar, que no lo sé.

Aunque hay algo que sí sé: todavía siento cómo me sigue quemando su roce en las mejillas. Ese del ascensor. Pues sí, aún siento sus dedos sobre mi piel. Y lo que más me confunde es que mi mente no para de cortocircuitar cada vez que ese recuerdo viene a mi cabeza. Sin embargo, mi compañero parece arrepentirse en el último momento y se aleja de mí. Retrocede unos centímetros, mínimos, escasos y casi imperceptibles, salvo por el frío que noto de repente. Pasa las manos de mi cintura a mis hombros y me sujeta por ahí mientras me mira con mucha atención con esos ojos verdes que...

¿Piensa observarme mucho rato así?

El escalofrío... otra vez...

—Yo voy a subir, Sofía. Tú haz lo que quieras. Espérame aquí si te hace sentir mejor, pero luego no te vayas a quejar que no has conocido Chicago desde todos sus ángulos. Además, voy a estar a tu lado.

«Eso último sobraba», me digo, a pesar de que sé que no es cierto y de que me ha dado un vuelco al estómago al oírlo. El escalofrío hace rato que me invadió todo el cuerpo, ahora tocan los revoltijos y vuelcos de cada órgano de mi cuerpo. ¿Por qué? Soy consciente de que no es la primera vez que me pasa, solo que antes creía que era originado por la repulsión que le tengo, sin embargo, esta sensación tan placentera y confusa no puede ser causada por eso. ¿Y entonces? ¿Qué sucede?

—Está bien, me has convencido.

¿¡Qué!? ¿Yo he dicho eso? Ahora sí que es un hecho de que me he quedado sin neuronas. Mi peor pesadilla acaba de convertirse en realidad: ¡me he quedado tonta!

—¡Sí! —exclama, y de verdad que parece complacido—. Verás qué sensación, qué adrenalina, qué...

—Pero si dices que nunca habías venido... —le reprendo. Y él sonríe en respuesta. ¡Qué original!—. ¡Ya! Si me dices algo más, me voy al bar a tomarme una tila para los nervios y, después, te espero en suelo firme y seguro.

La carcajada de Saúl se escucha por encima del barullo de voces que se ha originado al terminar la atracción. Veo a las personas que antes estaban asomadas al vacío y me pregunto si yo saldré de ahí con esas ganas de reír o tendrán que recogerme del suelo porque me va a temblar tanto el cuerpo que mis piernas no van a ser capaces de sostenerme.

—¿Vamos? —me pregunta Saúl, echando un rápido vistazo hacia las plataformas de los cristales y ofreciéndome su mano, algo que o le digo que me molesta o empiezo a dejar de plantearme el porqué no lo hace.

La acepto y lo dejo que me guíe hasta el lugar.

Está bien, la segunda.

Nos situamos en la plataforma y solo con las vistas que tengo desde aquí ya me entra el *caguele*. Pongo las manos en las sujeciones que hay, aunque si esto se rompe, no creo que me sirva de mucho. La gravedad es la gravedad, señores. Mis manos empiezan a sudar como creo que nunca han sudado. Trago saliva y giro el rostro hacia él, que está en la ventana adyacente. Me está observando. Y sonriendo. Y yo... Yo cortocircuito una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez...

—¡¡¡Ahhh!!! —empiezo a gritar como una loca cuando la ventana que tengo frente a mí

comienza a inclinarse y yo con ella. Cierro los ojos con fuerza—. ¡Júrame que te mate si salgo con vida de aquí! —le digo, pero no veo su reacción porque sigo con los ojos cerrados.

—Abre los ojos, Sofía —me pide.

Y...

Vale, soy mema.

¿Para qué porras le hago caso?

Lo primero que veo al hacerlo es una vista de la ciudad de Chicago desde más de trescientos metros de altura y es... ¡impresionante! Tengo que darle la razón, aunque creo que van a tener que venir los bomberos para despegarme de las barras de sujeción.



—No me negarás que ha sido alucinante —me dice, una vez en suelo firme de nuevo.

Asiento, porque no sé si soy capaz de hablar. Creo que mi voz se ha quedado arriba, entre grito y grito. Aún me tiemblan las piernas, pero... ¡no me he caído! Al menos, no he hecho tanto el ridículo. Eso sin contar que a mi lado había un crío de siete años que, al acabar la atracción, se ha acercado a mí y me ha dicho:

—Te has portado como una campeona. —Y se ha ido. Creo que no he sentido más vergüenza en mi vida.

Rectifico: sí, y ha sido cuando Saúl ha empezado a reír a carcajadas al oírlo, tanto, que ha terminado llorando de la risa.

Él me observa sonriendo y, acto seguido, mira al cielo, que está encapotadísimo y...

La primera gota me cae de lleno en la nariz. Me toco y resoplo.

—Creo que nuestra tarde de turismo se cancela.

—Me parece que sí —con cuerda Saúl.

Echamos a andar rápido, pero al final decidimos coger un taxi, porque cada vez llueve más y vamos a llegar empapados. No tengo mucho sentido de la orientación, pero sí sé que nos queda un rato caminando y el agua es fría de narices, y yo no quiero constiparme. ¡Para una vez que salgo de España! Aun así, llegamos al hotel calados hasta los huesos, porque justo antes de tomar el taxi empezó a diluviar de un modo casi peligroso, diría yo. Nunca antes había sentido que una gota de agua tuviese el poder de perforarme la piel.

Saúl me indica que suba y él se acerca a recepción. Mientras espero el ascensor, lo veo hablar con el chico que hay tras el ordenador; también, cómo este teclea rápido y luego niega con la cabeza. De inmediato, Saúl se aleja del mostrador y saca el teléfono. Justo empieza a hablar, o eso imagino porque lo veo mover la boca, cuando el ascensor llega, por lo que me veo obligada a subir, por lo que me quedo con las ganas de saber qué porras está haciendo este con tanto secretismo.

¿¿¡¡Pero qué...!!??

Eso es lo primero que pienso cuando atravieso la puerta y veo el cuarto que Saúl y yo compartimos. Y no, no me refiero al orden que ha dejado la chica que se encarga de la limpieza, me estoy refiriendo a la maleta de mi compañero, perfectamente hecha, cerrada y colocada junto a la puerta. Me voy corriendo hacia el armario donde colgó sus camisas nada más llegar y... ¡Nada! ¡Vacío!

Vuelvo a mirar la maleta y me entran ganas de abrirla y ver qué hay dentro. ¿Eso se considera allanamiento de... macuto? Bueno, no sé el nombre, tendré que investigarlo, pero de que eso no es legal, sí que estoy segura.

Después de comprobar el armario, voy al baño y más de lo mismo. Todos sus enseres no están... ¡no están! Pero ¿de qué porras va todo esto?!

Escucho el sonido de unos nudillos en la puerta. ¿Quién llama?

—Juro que como sea este idiota... ¡Me va a oír! —me digo mientras camino hacia la puerta, encendiéndome más que una bombilla con cada paso que doy.

Abro y... ¿quién está detrás con la mano en alto y dispuesto a volver a llamar?

¡Bingo!

Sí, el cenutrio de turno.

—¿Se puede saber...? —No me deja terminar, porque mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca la tarjeta de la habitación. Su llave. Y me la tiende. Su expresión no es de enfado ni alegre, es... indiferente—. ¿Qué...? —empiezo a decir, aunque la tomo, porque Saúl la suelta y si no lo hago, se caerá al suelo. Voy a increparle algo, algo que ya no me acuerdo, porque se me ha ido de la cabeza al verlo entrar y agarrar la maleta—. ¿Qué porras estás haciendo? —le pregunto, por fin, después de boquear varias veces como un pez fuera del agua. ¡Menudo espectáculo!

Cuando acabo de hablar, se gira en mi dirección y juro por lo más sagrado que no sé qué me sorprende más: su mirada perpleja o la respuesta que me da.

—Te dejo la habitación para ti.

Abro los ojos de par en par, y no logro comprender por qué de repente me aterra tanto la idea de que se marche. Estábamos bien hace un rato. Le he dicho que lo siento, él lo ha aceptado y hemos... ¡estado genial! ¿Y ahora se va? ¿Esto es una cámara oculta? ¿O qué porras está pasando aquí? NO. LO. ENTIENDO. Y mientras yo pienso todas estas cosas, él agarra el tirador de la maleta, lo sube y se dispone a hacerla arrastrar. De inmediato, pongo mi mano sobre la suya con la estúpida idea de que se detenga. Y digo estúpida porque hace menos de veinticuatro horas quería llamar a Fátima y echarle la bronca por obligarme a compartir habitación con él y ahora... ¿qué diantres me pasa ahora?

—No hablas en serio. —Y por idiota que parezca, pienso que él se va a reír y me va a soltar algo así como: «Menuda pringada. Era una broma. ¡Cómo te la he colado!». Y, de ese modo, volverá a ser el idiota de siempre.

Pero no.

Al revés.

Me mira serio, sin entender a qué se debe mi malestar.

¿Es que es más imbécil de lo que pensaba o qué?

No necesito que me conteste, con su cara de circunstancia mientras mira mi mano sobre la suya es más que suficiente.

—¿Esto es lo que has hecho mientras yo daba el paseo en barco? —le pregunto de muy mal humor, y él sigue sin contestarme. Al menos, no sonrío, eso es un paso—. ¿La maleta? —Asiente. Y ese simple gesto de cabeza me pone de muy mala leche—. ¿De verdad? ¿Qué tienes? ¿Tres años?

Lo veo inspirar con fuerza y, luego, quita la maleta del umbral de la puerta. La deja con suavidad a un lado, sin que yo la suelte, por supuesto, y cierra la puerta.

Cuando se gira hacia mí, me impone por primera vez desde que lo conozco. Sus ojos tienen un brillo gélido que me hace estremecer y no precisamente porque yo esté cortocircuitando, como viene siendo la tónica en las últimas horas. No. Todo lo contrario. Me hace sentir mal, pequeña, y eso no me gusta, y me hace ponerme a la defensiva. Hace mucho que me propuse que no dejaría que nadie me viese inferior, porque no lo soy. ¡NO LO SOY!

—¿Que tengo tres años?! ¿Yo?! —me increpa, sin levantar la voz, pero con un tono más frío que el aire que corre en la calle en estos momentos. ¡Y ya es decir!

—Pero... —tartamudeo.

—Pero nada, Sofía. He intentado hacer las cosas bien contigo. Te juro por Dios que lo he intentado. Sabía que este viaje no te iba a hacer especial ilusión, pero, aun así, insistí... Y... ¿Sabes qué? ¡Déjalo! No quiero discutir más. —Y eso sí suena real, porque lo dice en un tono hastiado, como si de verdad estuviese harto de... ¿mí?

Camina un par de pasos y se acerca a la cama, pero no se sienta, se queda de pie. Y nos miramos.

¿En qué momento hemos pasado de estar riendo en el taxi recordando al niño que me ha dicho lo de ser una campeona a estar discutiendo aquí, de este modo? Bueno, discuto yo sola, porque él solo me mira con... ¿Por qué me siento tan mal al verme reflejada en sus ojos?

—Las cosas bien... —repito, sin entender a qué se refiere— hechas...

—Sí —me contesta y se deja caer sobre la cama—. Ya estoy cansado, Sofía. Esto me agota.

—¿Que te agota? —Y creo que ahora ya entiendo de qué va la cosa. Y me molesta. Mucho. Muchísimo. Me enfado—. ¡¿Y qué te crees, que a mí no?! ¡Esta discusión no tiene sentido, es como darse con una pared una y otra vez!

—Es así porque tú haces que sea así. Creo que es evidente. Muy evidente. ¡TODO!

—¡Claro que lo es! —estallo.

¡Y yo pensando que podría salir algo bueno de este viaje y que podríamos volver siendo menos enemigos! ¡Ilusa de mí! Saúl está cansado de disimular, de aguantar, y le he dado al fin la excusa perfecta para que haga eso que tanto quería: irse y librarse de una compañía que no soporta y que le han impuesto. Debe de sentirse algo así como el reo al que acaban de eximir de todos sus delitos y vuelve a ver la luz al final del túnel.

«Respira, Sofía. ¿Qué más da que *este* se vaya? No lo necesitas para nada, además, no sería el primero. Todos son iguales, ¿de qué te sorprendes?», me digo a mí misma, respirando hondo y apartando por un segundo la mirada de sus ojos, que no dejan de escrutarme de un modo que me encoge por dentro, como si me leyesen, como si me perforasen muy lentamente.

—Te he pedido disculpas por lo de antes y... —le suelto, cuando ya he controlado esos mil pensamientos destructivos que me invadían y me encuentro capaz de hablar de nuevo sin decir algo que me ponga en evidencia.

—Me has pedido disculpas porque eres una chica lista y sabes que nos queda aquí, cuanto menos, cuatro días más y un viaje de vuelta de quince horas. ¡Juntos! Solo por eso.

—¿Qué?! —No doy crédito—. Saúl, yo...

—Déjalo, Sofía. Mirella sale esta noche con unas amigas, así que me voy con Diego hoy, no vive lejos de aquí. El hotel no tiene habitaciones libres, me lo acaba de confirmar el chico de recepción. —¿Eso era lo que estaba haciendo antes? Qué fuerte me parece. Y lo ha hecho todo a mis espaldas, mientras que yo pensaba que habíamos solventado el pequeño incidente y ya estábamos bien, en armonía. ¡Qué engañada me ha tenido!—. Esta tarde buscaré otro sitio donde quedarme estos días.

—¿Qué?! —repito, como una idiota. Pero es que todo me parece tan surrealista que no doy crédito.

—Tienes el número de mi teléfono de empresa. Y ahí —señala el escritorio— tienes el de Diego. Cualquier cosa, llámame. Estaré a dos calles de aquí.

Y dicho eso, se levanta, pasa por mi lado como si yo no estuviese y sale de la habitación. Eso sí, llevándose antes la maleta y dejándome a mí con la cara de idiota más grande del mundo, sin entender qué le ha pasado y por qué la cosa ha cambiado tanto en tan poco tiempo.

19

Mariquitalafantástica

Hola!

SaEd13

Hola.

Mariquitalafantástica

Uy, qué seco. ¿Te sucede algo?

SaEd13

No, no, perdona.

No es un buen momento.

Mariquitalafantástica

OK. Lo capto.

Luego hablamos.

SaEd13

Gracias.



SaEd13

Disculpa. Acababa de... bueno, no sé si discutir sería la palabra correcta, con mi hermano.

Mariquitalafantástica

Hola.

No te preocupes.

¿Has mirado el calendario hoy?

SaEd13

No, ¿por qué?

Mariquitalafantástica

Para comprobar si es el día internacional de las discusiones.

SaEd13

Me da que tu disculpa no ha ido tan bien como debería, ¿no?

Mariquitalafantástica

¿Y tú cómo sabes que me he disculpado? 🙄

SaEd13

¿No lo has hecho? 🙄
Pues muy mal.

Mariquitalafantástica

Sí, lo hice.

SaEd13

¿Y?

Mariquitalafantástica

Todo perfecto hasta que llegamos al hotel.

SaEd13

¿Por?

Mariquitalafantástica

Saúl había preparado la maleta y me ha dicho que se iba con su hermano, al que he conocido hoy, por cierto.

Muy majo el chaval, no como el cretino de...

¡Arg! Te juro que no lo entiendo.

No entiendo a los tíos en general.

SaEd13

Me parece que ahora soy yo quien no comprende.

¿Eso no es lo que querías? Dejar de compartir habitación con tu compañero.

Yo pensaba que sí.

Eso me pareció por lo que me habías comentado antes.

Ya sabes, por todo eso de que es un creído de la vida, un niño de papá y, sobre todo, por eso que le dijiste de que lo único que quería era meterse en tu cama. Algo que yo nunca he pensado, que conste.

Mariquitalafantástica

Y yo qué sé.

Creía que sí.

Luego he visto que no.

Así que... sí... y no...

No lo sé.

SaEd13

¿Estás bien?

Mariquitalafantástica

No.

No lo sé.

Te juro que no sé nada.

Solo que no me siento bien así, que no paro de darle vueltas a lo absurdo que es todo esto y que ni he cenado porque se me ha quitado hasta el hambre.

SaEd13

¿Estás segura de que no tragas a tu compañero?

Porque me parece que te ha afectado mucho el que se largue.

¿O es que lo que te da miedo es estar sola en una ciudad que no conoces?

No, espera, ¿vas a perderte el partido de los Bulls?

Mariquitalafantástica

¿Y qué más da los Bulls?

...

SaEd13

Oye, mariquita, ¿por qué no lo llamas e intentas descifrar qué le pasa?

Imagino que su comportamiento se deberá a algo.

Aunque no lo creas, los hombres tenemos sentimientos, ¿sabes?

Mariquitalafantástica

Sí, claro, en eso estaba yo pensando...

SaEd13

Pero... ¿por qué? ¿Dónde está el problema?

Mariquitalafantástica

Está en que... en que...

SaEd13

...???

Mariquitalafantástica

En que creo que estoy confundida.

Creía que lo odiaba, que me caía un poco peor que mal y ahora...

SaEd13

¿Te gusta?

¿Es eso?

Me rompes el corazón... 😞

Mariquitalafantástica

NO LO SÉ...

SaEd13

Uy, uy, aquí hay salseo del bueno...

Cuéntame más... 😏

Mariquitalafantástica

Pero tú de dónde has salido???

Eres reportero de un programa de cotilleos de la tele o qué?

Te he dicho que no... no lo sé...

Ni quiero saberlo...

Hace un mes que descubrí a mi chico comiéndose la boca con otra como si no hubiese un mañana...

SaEd13

¿Y?

Perdona lo que te voy a decir, pero...

Mariquitalafantástica

No, no te perdono.

SaEd13

Me da igual.

Necesitas un chute de verdad. No creo que quisieras mucho a ese tal Paul y...

Mariquitalafantástica

Raúl.

SaEd13

¿Qué?

Mariquitalafantástica

Que se llamaba Raúl, no Paul.

SaEd13

¡¿Qué más da el nombre?!

Sabes de quién hablo.

Mariquitalafantástica

Está bien. Te lo compro.

Y según tú, psicólogo del amor, qué hacía yo con él si no lo quería.

SaEd13

El ser humano es un ser social por naturaleza. Busca rodearse de iguales y también tendrás deseos carnales que satisfacer, ¿no?

Mariquitalafantástica

Yo no, me da igual estar sola.

Y no, no me gusta que me toquen.



SaEd13

¿De verdad? Pues háztelo ver, junto con todo lo demás.

Mariquitalafantástica
¿Quééééé? No me ayudas, ¿eh?

SaEd13
¿Quieres que te ayude?
De acuerdo.
Ve a donde esté ese compañero tuyo y pégale un buen morreo.
Si te gusta, perfecto. ¡Ya tienes la respuesta que buscabas!
Y si no...

Mariquitalafantástica
¿Y si no...?

SaEd13
Ya sabes dónde estoy.

Mariquitalafantástica
Oh, por favor... Nooooo

SaEd13
Jajajaja. En serio: si no te gusta, habrás salido de dudas.
Y, de paso, le habrás dado una alegría al muchacho.

Mariquitalafantástica
¿Crees que puedo tener los sentimientos confundidos?
Dicen que del amor al odio hay solo un paso, pero... ¿y al revés? 

SaEd13
¿De verdad lo odiabas?

Mariquitalafantástica
Me caía bastante mal... o eso pensaba... Es que...
¿Sabes lo vacía que siento la habitación sin él? Y lo más fuerte es que solo hemos estado aquí una tarde.

SaEd13

Lo que yo decía.

Mariquitafantástica
¿De verdad que no eres psicólogo?

SaEd13
No, pero mi hermana sí.

Mariquitafantástica
¿Tienes una hermana?

SaEd13
Así es.
Creí que lo sabías.

Mariquitafantástica
No, no me hablas mucho de ti.

SaEd13
Y hasta aquí puedo contar.
Sigue el consejo y mañana me cuentas, ¿vale?

Mariquitafantástica
No, no voy a seguir tu consejo.
Él no... no me quiere aquí, por eso se ha ido. Me lo ha dejado bastante claro, créeme.
Y es lo mejor.
Me temo que el cambio de horario me está afectando a las neuronas. Tengo que buscar en
Google si eso es posible, porque la soledad afecta, eso sí está comprobado...
Y ahora estoy sola y...

SaEd13
Mariquita, déjalo ya.
Cena algo, ponte una película y envíale un mensaje.
Habla con él.
Y aclárate.
Sinceramente? No creo que, por lo que cuentas, el chico en cuestión te quiera lejos, más bien
creo que lo tienes confundido, sin saber qué hacer para que te des cuenta de que está prendado de
ti y de que...

Mariquitalafantástica

Uy, pero qué historia te estás montando??!!!
Has pasado de psicólogo a escritor de comedia romántica.

SaEd13

Lo que tú digas.
Tengo que dejarte.
Hazme caso y si no, pregunta a otra persona.
Bye.

Mariquitalafantástica

Sí, eso haré.

SaEd13

¿Vas a hacerme caso? 🙄

Mariquitalafantástica

No, voy a consultar a otra persona.
Voy a hacerle una videollamada a Idaira.

SaEd13

Ya verás cómo me da la razón.

Mariquitalafantástica

Ya verás como no...

SaEd13

Bye.

Mariquitalafantástica

Chao!

Miro la pantalla del teléfono mientras espero y rezo para que Idaira descuelgue de una vez. Echo una ojeada al reloj y ajusto las horas. Aquí son las ocho de la tarde, de modo que no estoy llamando a una hora apropiada, pero seguro que está despierta. Hoy había quedado con un chico, así que, como mucho, le corto el rollo un rato.

Coloco el teléfono en el soporte con forma de mano, el que, por cierto, me regaló ella misma, y lo dejo sobre la mesita de noche. Me siento en la cama en modo indio y aguardo. Cuento los tonos, hasta que por fin su cara aparece frente a mí. Empezaba a pensar que estaría dormida y me dejaría con las ganas de charlar.

—Gordi, ¿qué tal? —me saluda, tan efusiva como siempre, a pesar de que la estoy llamando de madrugada.

Inspecciono detrás de ella y me doy cuenta de que está sola y en casa. Mejor, así no nos escucha nadie. Odio cuando la llamo o me hace una videollamada y va paseando o de camino a algún sitio. Incluso peor, cuando está en casa de algún ligue y luego el susodicho aparece en calzoncillos (en el mejor de los casos) por detrás de la pantalla. ¡A nadie le importa de lo que vamos a hablar! Pero ella se lo está poniendo en bandeja de plata, y eso me mata.

—Bien, supongo. ¿Qué tal por allí? ¿Estabas dormida? Lo siento si te he despertado...

—¿Estás de coña? —me interrumpe—. Además, aquí todo es como siempre. Un muermo absoluto. Cuéntame tú mejor, que eres la que estás conociendo CHICAGO. —El modo en que dice el nombre de la ciudad y cómo abre los ojos de par en par hace que me ría. Sí, la verdad es que ninguna de las dos ha salido mucho fuera, aunque ella más que yo, todo hay que decirlo—. Uy, qué internacional se me ha vuelto *la Sofi*. Cuando decía que llegarías lejos, no me refería a eso, pero, bueno, también vale, ¿no? —Me río ante su ocurrencia—. Venga, cuenta, que me tienes en ascuas. Además de la frustrada reunión con los *japos*, ¿qué has hecho? Espero que no te hayas quedado en la habitación todo el tiempo. Mira que te conozco. —Idaira continúa un rato más diciendo cosas por el estilo, sin parar ni para coger aire, y yo la escucho en silencio. Cuando se da cuenta de que no me deja hablar, se calla y me cede el turno. ¡Por fin! ¡Menuda cotorra!

Le cuento a grandes rasgos lo que he hecho hoy, omitiendo la pelea con mi compañero, las cosas que le he dicho y cómo ha acabado la tarde. Vamos, que le hablo del paseo en barco y el despliegue de adrenalina de después. Idaira alucina con el hecho de que no me haya dado media vuelta y haya dejado a Saúl solo precipitándose al vacío. Intento reírme al oírla, pero al escuchar su nombre se me quitan las ganas. Y lo único que ocasiona es que vuelva a recordar la absurda discusión que hemos mantenido. De repente, mi cabeza comienza a hilar cada frase que me ha lanzado a la cara y que no he comprendido. No se me da bien entender a las personas, así que de leerlas ya ni hablamos. Lo mío no es descifrar entre líneas. Sin embargo, aquí, mi amiga es una experta, por eso me decido a preguntarle a ella.

—Oye, Dai —le digo, usando ese diminutivo que empleo solo cuando quiero convencerla de algo.

—¿Dai? ¿Qué ha pasado, gordi? —me responde. No me deja contestar, porque se pone a divagar y a decir cosas que... En fin, cosas que solo a Idaira se le ocurrirían—. ¿Te has liado con Saúl? Dime que sí, por favor. Tienes que contarme cómo mueve esas caderas y...

—¡No! ¿Estás loca? —la corto de inmediato. ¿De dónde se ha sacado eso? ¿Yo he dicho algo que le haya dado motivos para pensar así? Nooo. ¿Por qué lo dice entonces?

Ella frunce el ceño al ver mi gesto ¿desconcertado? Ni yo sé cómo reaccionar a lo que acabo de escuchar.

—No, ¿qué? ¿Que no te has liado con él o que no me vas a contar cómo mueve la pelvis? — Imagino que por el movimiento que veo a través de la pantalla está haciendo uno de esos gestos obscenos que tanto le gustan y a mí tanto me desquician.

Me llevo una mano a la cabeza y niego. No tiene remedio. ¡Paciencia, por favor!

—No me he liado con él. ¿De dónde te sacas esas ideas tan absurdas y calenturientas?

—Uno: no es absurdo, solo algo descabellado. Y dos: mi mente todo lo que imagina es calenturiento. Por cierto, no lo veo por ahí. ¿Dónde está? He oído que compartís habitación. ¿Cómo te resistes a ese maromo? ¿Se pasea en calzoncillos por la habitación? ¿Duerme en bolas? Yo, mínimo, habría destapado la sábana para ver qué oculta ahí abajo. Al menos, podrías echarle un ojo y contarme eso —me pide, y yo juro que me estoy arrepintiendo de haberla llamado.

—No sé qué tiene ahí abajo ni voy a mirarlo para saciar tu curiosidad. —A ver, estoy a punto de decirle a Idaira que ambas sabemos lo que tiene, lo que cualquier hombre, pero rectifico antes de que me mande a paseo, porque sí, he entendido claramente lo que ella quiere saber: no es qué, sino cómo lo tiene. ¡Pues va lista!

—Oye, Sofi —me interrumpes, y esta vez se pone muy, muy seria—. Tú sabes que los tíos se levantan empalmados, ¿no? Raúl era un poco imbécil, pero, aun así, era un tío.

—¿Y?

—Pues que habrás visto lo que...

—Porras, Idaira, que no lo sé ni quiero saberlo. Y, porfa, no me preguntes más por él —le pido. Antes de que pueda replicarme, continúo—: Quería preguntarte una... —Un momento—. Oye, ¿cómo sabes que compartíamos habitación?

Silencio.

Ambas nos miramos.

Silencio.

—Idaira...

—Sofía...

—Dime que no ha sido idea tuya. —Ruego a lo que sea que haya ahí arriba que no haya tenido nada que ver esta loca, porque la mato en cuanto llegue a Madrid y me haya recuperado del trayectito en avión.

—Nooo, ¿cómo puedes creer eso? —Aunque su cara me dice lo contrario.

—Porque desde que Raúl me engañó tienes la absurda idea de que le tengo que pagar con la misma moneda, que ya no es tal, porque no estamos juntos. —Voy elevando el tono de voz, sin embargo, antes de ponerme a gritar, lo rebajo de nuevo.

—Ya en serio, Sofi. Sé lo de la habitación porque esta mañana entré en el despacho del señor Falcón para llevarle los... Bueno, da igual, cosas del curro que ahora no te interesan porque estás en CHICAGO. —La miro con insistencia, intentando que se calle y prosiga. Menos mal que capta la *indirecta* y sigue hablando—: El caso es que, con esa manía que tiene de poner el altavoz en el teléfono para poder hacer cosas mientras habla, escuché que charlaba con Saúl. Y era sobre de ti.

—¿De mí?

Pestaño varias veces. ¿Eso ha sido esta mañana? ¿Antes o después de nuestra discusión? Y ¿cuándo pensaba decírmelo? Tener amigas para esto.

—Sí. No entendí mucho, salvo: «Eso es cosa tuya, hijo» —empieza a decir, imitando la voz grave de nuestro jefe y, al igual que hice yo esta mañana, poniéndose el dedo sobre el labio,

como si fuese su enorme bigote. ¿Por qué nadie le dice a este hombre que los bigotes ya no están de moda?—. «No puedo hacer más. Si las cosas no están saliendo como querías, yo no puedo ayudarte. Ah, y en cuanto a la habitación, no te preocupes. Solo son unos días. Aguantarás».

Aunque debería de sentir cómo si me cayese un jarro de agua fría por encima, no lo hace, porque, de todo lo que acaba de decirme, ni una sola cosa me ha impactado. Ya me lo imaginaba. No soporta la compañía y tiene que aguantarse... O no, porque aquí no está. Ahí lo dejo.

Voy a decirle alguna cosa, no sé qué, algo. Quiero hacerlo. Y tengo la intención de hacerlo. Sin embargo, mi mente se queda en blanco. Es algo que suele pasarme cuando colapso y, aunque no comprendo el motivo por el que ha ocurrido, lo he hecho al oír a mi amiga.

—¿Sofí? —La voz de Idaira me llega como de lejos. Escucho que me llama un par de veces más y cuando vuelvo a la realidad, me está diciendo—. Gordi, están llamando a la puerta.

—Vale.

¿Y para qué me lo cuenta? Que abra y listo.

—Sofía —me dice otra vez, pero no se mueve. ¿No acaba de decirme que estaban llamando a la puerta?

—¿Qué?! —le contesto, casi alterada.

El sonido de mi teléfono de empresa interrumpe lo que fuera que Idaira iba a decirme y estoy segura de que no era algo agradable, porque tenía cara de «no te enteras, gordi». Y es verdad, nunca me entero de nada. Seguro que ha quedado con un chico y yo estoy aquí, acaparándola, mientras que ella no quiere abrir la puerta al ligue de turno para que yo no me sienta mal pensando que me está dejando tirada.

¿A estas horas ha quedado? Vaya tela.

—¿No vas a cogerlo? —me pregunta, desesperada.

¿Pero qué le pasa?

Asiento, todavía un poco en Babia. Alargo la mano y veo el nombre que se refleja en la pantalla.

Y este, ¿qué porras quiere ahora? ¿Informarme de que ha llegado sano y salvo, o qué?

—¿Sí? —contesto de muy malos modos al teléfono. Siento que Idaira no despegaba su mirada de mí desde el otro lado de la pantalla.

—¿Estás bien? —Es lo primero que me pregunta Saúl.

¿¡Cóóómoóó?!

—Sí —respondo.

«Monosilábica total, Sofía».

—¿Has salido? —Pero ¿a qué viene este interrogatorio?

—No.

—¿Y por qué no me abres?

—¿Qué?

Espera... ¿¡qué?!

Me levanto de la cama y... ¡Porras!

—¡Auch! Mierda de pierna. ¡Despierta! —Me doy un par de golpes y siento que se me están clavando miles de agujas en la pantorrilla. Si me gustase la acupuntura, me la haría, y ese no es el caso, así que...

¡Dios, qué mala sensación!

Camino como puedo hasta la puerta, pero voy cojeando más que la justicia española. No paro de hacer mohínes con la cara con cada paso que doy. Cuando llego a la puerta, abro y me dejo caer sobre el marco. Ahí está. Tal cual se marchó. Bueno, tal cual no, empapado hasta los

huesos.

Lo miro y, de inmediato, giro el rostro hacia la ventana, pero lo tengo todo cerrado a cal y canto, de modo que no sé si está lloviendo o no, aunque, por como lo veo, no sé ni por qué lo dudo.

—¿Estás bien? —me pregunta, entrando en el cuarto y mirándome de arriba abajo.

Asiento. Es obvio, ¿no? ¿Acaso tengo mala cara o qué?

Una sonrisa se dibuja en su boca cuando se da cuenta de que no me pasa nada y, sobre todo, al fijarse en que llevo un pijama de unicornios de colores. Precioso, todo hay que decirlo. Colorido y más empalagoso que cagar regaliz. Obsequio de mi madre, por cierto. Y lo que él no sabe es que tengo unas bragas a juego. Y no lo va a saber. Por supuesto. ¿Para qué tendría que...?

¡Cortocircuito!

—¿Qué haces aquí? —inquiero, intentando mantener la compostura, y la postura, porque estar a la pata coja es complicado y no quiero poner la pierna en el suelo hasta que deje de ser una condena en vida.

—Me he dejado... —dice, señalando el minibar.

—Ah.

Y no sé qué más añadir. Saúl me está mirando, esperando a que... ¿La verdad? No sé qué espera. Es que, como ya he dicho varias veces, esto de leer entre líneas y silencios no lo llevo demasiado bien.

Mientras que averiguo qué quiere, sigo callada. ¿Qué se dice en situaciones tan incómodas como esta?

Saúl se aparta de mi lado y se dirige a la neverita. Saca el neceser donde guarda sus inyecciones y cierra. Después, se pone de pie de nuevo y se acerca a mí. De nuevo. Se queda a escasos centímetros. Yo miro al suelo, más bien a mi pierna, a la buena, porque empieza a cansármese y... Doy un traspiés.

¡Porras! Lo veía venir.

Lo que no he visto venir era que Saúl, cual caballero que no creía que sería, soltase todo lo que tenía en las manos para agarrarme para librarme de un buen mamporrazo; algo que, por otro lado, no era necesario, porque ya me estoy sujetando yo solita a la puerta. Sin ayuda. El roce de sus manos en mi cintura hace que ese extraño calor que ya había sentido antes vuelva. ¡Y cómo vuelve! Arrasando con todo. Hasta mi cordura, porque lo primero que se me pasa por la cabeza es hacerle caso a SaEd13 y meterle la lengua hasta la campanilla. Y esperar a ver qué sucede. Menos mal que el hemisferio izquierdo de mi cerebro, el más racional, es más rápido que el sistema límbico, el emocional, y bloquea ese pensamiento en un instante. Doy gracias al cielo por ello.

¡Menuda vergüenza si fuese de las que actúan y no piensan!

—¿Listo? —le pregunto, una vez que me recompongo y restablezco la postura, y la compostura, esa también, porque vaya cosas que se me pasan por la cabeza. ¡Pero mira que ando repetitiva hoy!

Saúl me suelta, aunque tarda más de lo necesario y yo... yo sigo agarrada al marco de la puerta como si fuese un salvavidas, que no lo es, porque a la vista está que casi me doy el hostión del siglo y eso que no lo había soltado.

—Sí —contesta, después de agacharse y recoger el neceser. Lo abre y se pone a inspeccionarlo

—¿Se ha roto algo? —pregunto, echando un ojo hacia el interior de la bolsita, haciendo lo mismo que él, por lo que nuestras cabezas casi chocan, así, pegaditas como están.

—No.

—Genial.

—Sí.

Buenooo... ya estamos con los diálogos de besugos.

—¿Eso era todo? —Me separo un poco, porque el olor que desprende me está obnubilando los sentidos. Y no, eso no puede pasar.

Después, lo miro, aunque lo que de verdad quiero, o debería querer, es dejar de hacerlo.

Asiente. Y lo imito.

No digo nada más mientras lo veo cruzar la puerta. Me niego a cerrarla hasta que no se haya ido por completo, aunque no sé por qué. Seré masoca o algo. No lo tengo muy claro todavía.

—Sofía —me dice, ya desde el pasillo—. Si todavía te apetece, lo de los Bulls de mañana sigue en pie.

—Claro —contesto, intentando disimular la decepción que me he llevado, ya que al ver que se giraba pensaba que me preguntaría si se podía quedar—. Oye, Saúl. Llueve mucho y... —Echo un vistazo a su pelo, empapado y su abrigo, también mojado—. Puedes quedarte, ¿sabes?

Él me sonríe con tristeza y niega.

—Diego me está esperando abajo. Hasta mañana, Sofía.

Y se va.

Tardo unos segundos en reaccionar. Cuando lo hago, es porque la voz de Idaira me trae al presente. Me giro hacia...

—¡Hostia puta! ¡¿Qué ha sido eso?! —grita mi amiga desde el otro lado del teléfono, el cual estaba apoyado en la mesita de noche y desde donde ha visto toooodooo lo que ha pasado. O no pasado, mejor dicho—. Ven aquí ahora mismo y cuéntame qué mierda ha sucedido entre vosotros. —Ella va subiendo el tono de voz, mientras que yo me voy acercando a la cama—. Y no me digas que nada, porque SÉ lo que he visto.

Y ahora sí que voy a tener que contárselo todo.

Todo.

Todo.

Y lo hago.

Cómo para no hacerlo.

21

El sábado me despierto muy, pero que muy temprano y con un sofoco enorme.

—¡Porras! —Es lo primero que digo. Lo primero que digo despierta, porque dormida no he parado de hablar o, más bien, de soltar palabras por mi boca, palabras que no suelo usar, impropiedades y sonidos poco... ortodoxos.

Menos mal que estoy sola en la habitación. ¡No quiero ni imaginarme el bochorno que hubiese pasado si Saúl me hubiese escuchado! Porque estoy segura de que he hablado en sueños. Muy segura. Suspiro e intento recomponerme. No lo consigo. Aun así, enciendo la lamparilla del cabecero de la cama y me siento. Me paso la mano por el cuello y el escote. Estoy sudando.

Madrecita de mi vida, qué sueño...

Acabo de tener un sueño húmedo, muy húmedo, demaaaasiiiiadooooo húmedo. Hasta recordarlo me hace sonrojar. Creo que esto solo me había pasado en la adolescencia, cuando tenía las hormonas disparadas, me traía loca Rafael, un imbécil de ojos negros que había en mi clase, y él no me hacía ni caso. Valeria me explicó que en psicología se daba la teoría de que tener sueños eróticos significaba la ausencia o carencia de algo en tu vida y no tenía por qué estar relacionado con el sexo. Me dijo que esos sueños eran solo señales de un deseo insatisfecho: deseo de poder, de necesitar conectar con otro o, simplemente, de admiración por alguien. Sin embargo, fue lo último que me dijo lo que consiguió que yo no me tomase a mal esa clase de sueños, que tanto me trastornaban: quizá, eran una señal de que necesitaba conectar con un parte de mí misma que estaba abandonada. Eso lo vi muy obvio, de modo que me centré en aceptarme como era y no crearme las palabras del resto. Me costó mucho, más que mucho, pero lo conseguí. El hecho de tener una mejor amiga a la que todos considerasen la rara del pueblo y que encima se la refanfinflase todo ayudó bastante, para qué negarlo.

—¡Ay! —suspiro, cuando vuelve a venir a mi mente su sonrisa y esa mirada traviesa mientras metía la cabeza entre mis piernas. Lo siento tan real que hasta noto un escalofrío que me recorre la espalda.

—¡Para ya, Sofía! —le riño a mi cerebro—. Eres insoportable cuando te pones así.

Mi cabeza está mal.

Muy mal.

Y, sin embargo y a pesar de ello, no consigo quitarme la imagen de sus ojos verdes, brillantes de deseo, de su boca atrevida... ¡Uf! Qué sofoco.

Me tapo los ojos muy fuerte con las manos al recordar el musculoso cuerpo de Saúl sobre el mío haciéndome cosas que deberían estar prohibidas de pensar a estas horas de la mañana. ¿O aún es de noche? Fuera está oscuro todavía. Miro el reloj y veo que son las cinco y media de la mañana. Y aunque parezca increíble, lo primero que pasa por mi cabeza es que Saúl debe de estar a punto de despertarse, ducharse y prepararse para desayunar.

¿¡Pero qué...?!

Esto no puede estar pasándome. No a mí.

Creo que necesito una ducha fría que me aclare las ideas y me quite este calor.

Y cuando digo fría, quiero decir MUY FRÍA.



Una vez fuera del baño, miro la hora de nuevo. Y ahora ¿qué? Son las seis de la mañana y yo despierta. De verdad que empiezo a creer que el frío de Chicago está afectando a mi sistema neuronal, porque no es normal que yo esté despierta y duchada un sábado a las seis de la mañana. Esas cosas no son propias de mí, son propias de...

¡Porras!

¡Otra vez no!

No sé a qué hora abre la cafetería del hotel en la que desayunamos ayer, por lo que decido esperarme un poco, por si las moscas, ya que ayer fuimos a las siete y tampoco es que hubiese mucha gente allí, así que imagino que no llevaría mucho tiempo abierta. Me tiro en la cama y enciendo la tele, pero la programación de aquí es igual de mierda que la de allí, así que la apago en cuanto hago un *zaping* rápido y veo que nada es de mi interés. Tomo el libro que me he traído, el último de mi autor preferido, y comienzo a leer, sin embargo, no puedo concentrarme. Me lo suponía, por eso leer no ha sido mi primera opción, como suele ser siempre. Tengo algo rondándome la mente y no me permite pensar en otra cosa que no sea... *él*.

—¡Arggg! —gruño, incorporándome de la cama.

Camino descalza y con cuidado de no volver a pegarme un golpe con el mueblecito donde está la maleta. Aún me duele el que me di el otro día. Voy al escritorio para coger el teléfono y enviarle un mensaje a Idaira, a ver si con suerte le interrumpo el polvo, ya que esto es, en parte, culpa suya, por todas las cosas que me dijo ayer. Me contó, después de que me obligase a que le explicase todo lo que había sucedido entre Saúl y yo, que había quedado por la tarde con un chico, un compañero de trabajo, aunque no me confesó quién era el afortunado. Estaba emocionada, pero no entiendo por qué. Hasta donde yo sé, no le atraía nadie del curro o eso decía ella. En fin, cosas del Homo Sapiens y su inútil necesidad de buscar compañía. El caso es que empezó a decirme absurdos sobre Saúl y yo, y una tensión sexual que había podido palpar ella desde la pantalla del teléfono. Así que... si le fastidio el polvete, ¡que se aguante! Ella me ha jodido a mí la noche.

Bueno, ella no.

¡¡¡YAAAAA!!!

Sofía_06:20

Dai, ¿qué tal la noche?

¿Movidita?

Cuéntame cómo te ha ido con... ¿Cómo se llamaba?

Mi sorpresa llega cuando me manda un mensaje de voz. Lo primero que pienso es que no ha debido de ir muy bien la cosa con el susodicho si a las... (hago cuentas mentales) una de la tarde, Idaira está con el móvil en la mano, preparada para responderme un mensaje tan insignificante como el que le he enviado, en vez de tener resaca y estar remoloneando en la cama del susodicho. Se supone que tuvo una noche muy loca, ¿no? Le doy a reproducir y escucho: «Gordi, eres idiota, que lo sepas».

—Y esta... ¿de qué va? —me pregunto, entre sorprendida y molesta.

¿En serio me ha dicho eso?

Uy, voy a llamarla y cantarle las cuarenta. Sin embargo, en el acto recapacito y pienso que ya he metido bastante la pata estos días por no saber controlar mis palabras. De modo que, después de respirar y pensar bien qué voy a decirle, le envío un mensaje de voz.

—Espero que te hayas equivocado de destinatario y ese mensaje sea para el cretino que te

dejó ayer insatisfecha.

Listo. Es una forma sutil de decirle lo que me ha parecido su audio, ¿no?

No tarda ni medio segundo en contestarme. Pues sí que debe de estar aburrida, sí.

—¿Insatisfecha? Ja. La noche fue bestial, Sofía. La vida está llena de placeres, aunque tú te empeñes en resistirte. Vive, cariño. Por cierto, ¿sabes con quién he quedado?

—No y de todos modos me da un poco igual. Creo que se te está yendo la mano con los chupitos. Dai, deja de beber, no son horas —le digo en otro mensaje de voz.

Ella solo me responde con un emoticono feliz y, justo después, me escribe:

Idaira_6:30

Gordi, sabes que nunca bebo de día. Además, ya estoy lista para salir a comer.

Mi cita acaba de llegar de aparcar el coche.

Y que sepas que a la vuelta voy a volver a mancillar toda la casa, menos tu habitación.

Respira, que ya te veo hiperventilando.

Y si estás tan aburrida como me parece, envíale un mensaje a Saúl y que te haga compañía.

Seguro que está más que dispuesto.

Adiós.

Hablamos.

Besos, loquita mía.

Y antes de que pueda contestarle, deja de estar en línea.

—Fantástico —me quejo en voz alta.

Tiro el teléfono en la cama, a pesar de que no me gusta dejarlo sobre el colchón, por eso de las ondas y demás mierdas que transmite, aunque últimamente me estoy pasando por el forro todas mis manías. Esta, la primera.

Suspiro y lo voy a coger para ponerlo de nuevo en su lugar, lejos de mi cama. Sin embargo, una idea pésima cruza mi mente.

Me digo que no es buena, que no debería de hacerla y, pese a ello, cuando llego al escritorio lo hago. Sustituyo mi teléfono por el de la empresa y tecleo rápido, antes de que me arrepienta.

Sofía_6:35

¿Te apetece que desayunemos juntos?

Intro.

Enviado.

Ya no hay vuelta atrás.

Sí, sí la hay. Acabo de arrepentirme.

Voy a darle a eliminar, pero ya es tarde. El doble *check* y las palabras «En línea» me confirman que Saúl ha leído mi mensaje.

Me tapo los ojos cuando veo eso de «escribiendo...».

Su mensaje no tarda ni un minuto en llegar.

Saúl_06:36

Claro. Justo estaba vistiéndome para ir a comer algo.

La despena de mi hermano da asco.

Me quedo en silencio mientras leo el mensaje. Y releo. Y releo. Y releo.

Debería contestarle, sin embargo, siento un pellizco de nervios que me comprime el estómago y que me ha quitado hasta las ganas de comer.

¿Se puede ser más idiota en esta vida?!

«Espabila, Sofía», me digo, dándome tortas mentales.

Sofía_06:39

Genial. Me muero de hambre y no me gusta comer sola.

«¡Idiota!», me reprendo.

¿Por qué le digo eso? Seguro que se piensa que no soy capaz de salir fuera del hotel sin él. Que me da miedo o vete a saber qué. Me arrepiento de haber cedido al impulso de escribirle, pero es que... me apetece verlo, por mucho que me fastidie reconocerlo. Algo que, por otro lado, acabo de hacer, ¿no?

Saúl_06:39

Estupendo. Salgo en diez minutos.

Te veo en la recepción del hotel a las 7?

O es demasiado pronto para ti?

Trago saliva antes de contestar. Pues sí que parece que se le ha pasado el enfado tan absurdo de ayer. Menos mal. Solo espero no volver a decir nada inapropiado. No sé qué me ocurre cuando lo tengo cerca. Mis neuronas cortocircuitan una y otra vez, y me vuelven más idiota de lo que he sido en toda mi vida. Y, sobre todo, rezo para que, cuando lo tenga cerca, no me vengan a la mente las imágenes de ese sueño que he tenido, y que todavía me acecha.

Sofía_06:41

Es perfecto para mí.

Y esa es la primera cosa con coherencia que he dicho desde hace mucho tiempo.

Mariquitalafantástica

Buenos días. No sé si estarás despierto. Lo cierto es que no sé en qué zona horaria te encuentras. Nunca me has dicho dónde vives, aunque supuse que en España porque siempre coincidíamos en horario.

Pues eso, que si estás sopa, ya lo leerás cuando te despiertes, pero que sepas que te odio.

Mucho.

Mucho.

Mucho.



SaEd13

Joder, vaya saludito a estas horas...

Puedo al menos preguntar qué te he hecho?

Mariquitalafantástica

Me metiste ideas raras en la cabeza y... y...

¡Pues eso!

SaEd13

Créeme que no son ideas raras lo que quiero meterte.

Mariquitalafantástica

¿Qué? Serás imbécil. 😞

SaEd13

Eh, por qué te pones así? 😞

Mariquitalafantástica

Y encima me lo preguntas!!??

SaEd13

Pues claro. Aquí la única malpensada eres tú.

Yo no quería decir nada, salvo lo que he dicho.

Mariquitalafantástica
No estoy para acertijos.

SaEd13

Que me has dicho que te he metido malas ideas en la cabeza y malas no eran las ideas que yo quería meterte.
Lo entiendes ahora?
Estás a la defensiva, mariquita.

Mariquitalafantástica

Sí, perdona, lo estoy.
He tenido un sueño muy... extraño esta noche.
Y me ha afectado más de lo que pensaba.

SaEd13

Y qué tengo yo que ver con eso?
¿Acaso era conmigo?

Mariquitalafantástica

NOOOOO.
Mejor no quieras saberlo.

SaEd13

Jajajaja.
No puedes verme, pero ahora mismo me estoy descojonando de la risa.
No puede ser... ¿en serio?

Mariquitalafantástica

Déjalo ya.
Menuda mente perversa tienes.

SaEd13

Uy, aquí la única perversa eres tú, aunque en el sentido más amplio de la palabra.

Mariquitalafantástica

No sé cómo voy a mirarlo a la cara.

SaEd13

Actúa con naturalidad.
Nadie sabe lo que sueñas o dejas de soñar.
Por qué te preocupa tanto?

Mariquitalafantástica

Porque no estoy acostumbrada a esto.
Se me escapa de las manos.
Tú qué harías??

SaEd13

Qué haría si...??

Mariquitalafantástica

Tienes pareja?

SaEd13

No.

Mariquitalafantástica

Pero... te... interesa alguien? 😊

SaEd13

Sí. Y mucho.

Mariquitalafantástica

¿Y?

SaEd13

Soy un poco invisible para ella.
O más que invisible, no soy una opción.

Mariquitalafantástica

Lo siento. 😞

SaEd13

...

A qué viene este interrogatorio?

Mariquitalafantástica

Y qué me dices si...

Qué harías en el hipotético caso de que hubieses quedado con ella, después de haber tenido el sueño más tórrido de tu vida y no supieras cómo actuar?

SaEd13

Uy, esta noche te lo has pasado bien, ¿eh?

No iba tan descaminado con mis suposiciones...

Mariquitalafantástica

No es momento de conjeturas.

He quedado con él y no sé cómo voy a mirarlo a la cara sin pensar en...

¡Eso...!

SaEd13

Con quién has quedado? Con tu compañero?

Ahhh, ya entiendo por qué me odias.

Por revelarte la verdadera naturaleza de tus sentimientos.

Mariquitalafantástica

Para el carro, Shakespeare.

No te pases.

Solo ha sido un sueño y ahora, vergüenza.

Nadie ha dicho nada de sentimientos.

SaEd13

Lo que tú digas.

Mariquitalafantástica

Por supuesto.

Pero no me has contestado.

SaEd13

Si yo fuese tú, ya habría hecho algo para demostrárselo y, sobre todo y en tu caso, demostrármelo.

Mariquitafantástica

Ah, sí?

Y por qué no lo has hecho con esa misteriosa chica de la que no quieres hablarme.
No puedes darme esos consejos si no los has puesto en práctica.

SaEd13

¿De verdad quieres que te hable de ella?

Mariquitafantástica

Por supuesto, al menos, así dejaré de pensar que cada vez que me dices una de las tuyas estás hablando en serio.

SaEd13

Me rompes el corazón, mariquita.

Mariquitafantástica

Mariquita tú.

SaEd13

Jajajaja

Mariquitafantástica

Ahora en serio.

Háblame de la chica que te tiene encandilado.
Me viene bien despejar la mente y no pensar tanto, en nada.

SaEd13

Es risueña, divertida, muy lista, aunque un poco impredecible.

Supongo que todos tenemos nuestras taras. 😊

Mariquitafantástica

Eso no es una tara, es una virtud.

Así nunca te aburrirás a su lado.

SaEd13

Nunca me aburro a su lado.

Tiene un extraño modo de ver la vida y no entra en sus planes tener pareja.

Mariquitafantástica

Es verdad, es una chica lista.

SaEd13

Es tu modo de animarme?

No lo consigues, eh?

Mariquitafantástica

Lo siento.

¿Has intentado alguna vez decirle lo que sientes?

SaEd13

Creí que mi modo de actuar con ella era más que evidente, aunque me estoy dando cuenta de que no es así.

La verdad es que me desconcierta tanto que a veces me comporto como un auténtico imbécil cuando estoy con ella.

Mariquitafantástica

Seguro que nooo.

SaEd13

Sí. Ayer, sin ir más lejos, la dejé plantada.

Por orgullo.

Por idiota.

Y porque no soy capaz de mantener las manos lejos de ella cuando la tengo cerca.

No quiero incomodarla.

Pero siento que si no hago algo ya, lo poco que he construido se derrumbará.

Mariquitafantástica

Ay, por favor, qué intenso te pones.

SaEd13

Lo siento.

Mariquitalafantástica

No, no lo hagas.

Eso que dices es precioso.

Debe ser maravilloso estar enamorado de ese modo y que alguien te quiera así.

SaEd13

Te equivocas. Más bien es doloroso.

¿Nunca has estado enamorada?

Mariquitalafantástica

No.

SaEd13

NO te creo.

Mariquitalafantástica

Pues hazlo.

SaEd13

Nunca??

En serio??

Mariquitalafantástica

No.

SaEd13

Joder, sí que es fuerte lo tuyo.

Ni siquiera en la adolescencia??? 🤪

Mariquitalafantástica

No.

SaEd13

Universidad???

Mariquitalafantástica
No.

SaEd13

¿Raúl?

Vale, no contestes. Ya me sé la respuesta de eso.

Mariquitalafantástica

En el instituto estuve colgada de un chico, pero él pasaba de mí.

Más tarde, me enteré de que solo se acercaba a mí para que le ayudase con los deberes.

Se sentaba conmigo en clase para que los profesores lo mirasen con otros ojos, porque, claro, ser
amigo de la más empollona del insti tenía sus ventajas.

El día que le llegó el rumor de que estaba pillada por él, cortó por lo sano.

Dejó de mirarme, de hablarme y de todo lo que terminase en -me.

SaEd13

Joder, qué fuerte. Menudo idiota!

Lo siento.

Mariquitalafantástica

No lo hagas.

Los imbéciles abundan, así que no era muy difícil toparse con uno.

Era cuestión de estadística.

SaEd13

¿Y en la universidad?

No había ningún celebrito para ti?

Sin ofender, digo lo de celebrito porque ya has dejado claro que no ibas a volver a mirar a otro tipo de chico.

Mariquitalafantástica

No me ofendo.

Tuve un par de rollos. Nada para recordar.

Aproveché uno de ellos para perder la virginidad porque no quería ser una cuarentona virgen.

Pero tampoco es que fuese para tirar cohetes.

SaEd13

No te creo.

Mariquitalafantástica

Pues deberías.

SaEd13

Y después...??

Mariquitalafantástica

Llegó Raúl.

SaEd13

Puaf! El bragueta suelta...

Mariquitalafantástica

¿Qué? Era muy mono.

Y en la cama mejor que cualquiera de los otros dos de la universidad.

SaEd13

Un tío como ese no te merece.

Me alegro de que te lo encontrases con las manos en la masa y le mandases a paseo.

Eso sí es ser una chica lista.

Mariquitalafantástica

Mi padre engañó a mi madre muchas veces.

Ella siempre lo perdonaba.

Un día, simplemente, desapareció y la dejó con el marrón a punto de llegar. Es decir, yo.

Si hay algo que tengo claro, es que no quiero algo así para mí.

SaEd13

Eso me parece lo más razonable que te he leído desde que te conozco.

Mariquitalafantástica

¿Qué?

Eso tenemos que discutirlo mejor. Soy una persona muy razonable.

Pero es que...

Porras, no quiero dejarte con la palabra en la boca... o en el teclado más bien, pero tengo que bajar ya.

He quedado con Saúl y ya voy cinco minutos tarde.

SaEd13

Pásalo bien.

Disfruta.

Y déjate llevar.

No pienses mucho.

Pensar está sobrevalorado.

Mariquitalafantástica

Acabas de perder todos los puntos que tenías conmigo.

Menuda frase de mierda.

SaEd13

¡Y dale un buen morreo!

Venga, vamos, que es tarde.

Mariquitalafantástica

Bye.

SaEd13

Chao.

Me pongo a toda prisa los zapatos y salgo corriendo, tanto, que me tropiezo con los cordones y estoy a punto de estamparme contra el suelo. Me recompongo y miro a mi alrededor esperando que no haya nadie por los pasillos que haya podido ver mi escenita de torpeza suprema. Por suerte, estoy sola. Y para más suerte, el ascensor está parado en mi planta, así que no pierdo más tiempo del que ya he perdido, me monto y me dispongo a bajar.

En cuanto las puertas se abren, lo veo. Está sentado en la recepción, con el móvil en la mano y sonriendo, o eso me parece, porque solo le veo el perfil. No sé con quién habla, pero se le ha puesto cara de... ¿Tendrá novia? Nunca me lo he planteado, aunque tampoco he escuchado en la oficina decir algo al respecto. ¡Y mira que son cotillas! Aunque... es el hijo del jefe. ¿Está permitido cotillear sobre él? Me anoto mentalmente preguntárselo a Idaira, ella se entera de todo, y si no lo sabe, estoy segura de que se encargará de averiguarlo.

—Hola —le digo, asomando el rostro por encima de su hombro y dejando caer mi pelo encima de su jersey.

Vale, mi intención no era sorprenderlo, como podría parecer desde fuera, sino intentar ver algo que me diese la pista para saber con quién hablaba. Y no, no me ha salido bien el plan. Lo único que hay en su pantalla es un vídeo viral de unos gatitos monísimos que están haciendo de las suyas, travesuras van y travesuras vienen. ¿Le gustan los gatos? ¿Tendrá alguno?

¿Por qué me hago estas preguntas? ¿Qué porras me pasa en la cabeza? ¿Se me han fundido las neuronas esta noche con tanto sofoco o qué?

Al escucharme y, sobre todo, sentirme, da un pequeño respingo y se vuelve hacia mí, dejando su rostro a menos de dos centímetros del mío. Me sonrío y...

«Fuera», le digo a esas imágenes que han venido a mi cabeza de inmediato. Esas que también son de su boca, sonriendo y... ¡Uf! Espero que no se dé cuenta de lo que estoy pensando ahora mismo.

«Disimula, Sofía».

Sin embargo, el brillo travieso que veo en sus ojos me hace pensar que, quizá, disimulo tan mal que sí que es verdad que es capaz de leer mi mente. Al menos, me mira como si conociese mi oscuro y caliente secreto, pero... la telepatía no existe de verdad, ¿no?

—¿Sabes que cogemos el teléfono móvil unas setenta y seis veces al día? Lo que hace una media de cada doce minutos y... —No sé por qué digo esto, supongo que para ocupar mi mente en menesteres menos placenteros que los que está recreando. Intento buscar los datos en mi cabeza, pero no están. Me he quedado en blanco. Y todo es SU culpa. Suya y solo suya. Ya que todo deja de tener sentido cuando Saúl, aún girado hacia mí, suelta el aparatito a un lado, eleva la mano, me toca la mejilla y se acerca a mí.

Mucho.

Ay, Dios, ¡¡¿¿qué va a hacer??!!

Contengo la respiración y...

¡Dos besos! Me da dos besos como saludo.

¡Seré idiota!

Por un momento he temido que las piernas me fallasen, por lo que he aprovechado que estaba reclinada sobre el respaldo de su asiento y me he dejado caer un poco más en él, así no hacía el ridículo. Por si las moscas, quién sabe.

Nunca me había fijado en que olía a menta. ¿Es algo nuevo? ¿O soy yo que hoy me encuentro demasiado receptiva a todo lo que provenga de él?

Me encanta la menta...

Ay, Dios. No sé si voy a ser capaz de soportar esto.

No ahora.

Maldito sueño.

Maldita Idaira.

Y maldito SaEd13. Que, por cierto, ¿qué clase de nombre es ese?

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Saúl, alejando su cara un poco de la mía, pero dejando la mano en mi mejilla, que arde bajo su palma.

¡Y el olor a menta que no se va!

Por favor, qué vergüenza estoy pasando.

Antes de contestar, me planteo salir corriendo y dejarlo ahí solo. Mejor que no sepa qué me ocurre a que lo sepa y se ría de mí. Eso ni pensarlo siquiera. Sin embargo, después de echar un vistazo y ver que una parejita muy acaramelada acaba de subir en el ascensor, desecho la idea. No pienso salir afuera, porque sería inútil, él podría ir tras de mí. La idea del ascensor con ese par que parece unos recién casados es aún menos factible. Y subir por las escaleras, ni se me ocurre. Son quince plantas las que me separan de mi habitación. Ni de broma tengo esa forma física.

—Sí —respondo, lo más natural posible. O eso creo—. Será el hambre.

Saúl me sonríe y despega su mano de mi cara, lo que hace que sienta frío donde antes me ardía. Qué sensación más extraña. Me estoy volviendo loca. Me alejo del sillón a la vez que intento recomponerme de todo lo que me ha desestabilizado y espero mientras él se incorpora. Una vez que se ha guardado el teléfono en el bolsillo del pantalón y recogido el abrigo y la bufanda, me sugiere que subamos a la cafetería, que *necesita* comer ya. Y, aunque al principio me cuesta entender el modo en que utiliza el verbo, enseguida me doy de guantazos mentales por ser tan tonta de no darme cuenta a qué se refiere. Asiento rápido y, en silencio, nos dirigimos hasta el ascensor.

Espero no arrepentirme de esta decisión.



—Me ha sorprendido mucho tu mensaje —me dice Saúl, dándole vueltas a la cucharilla que tiene dentro de su taza de infusión.

—No sé por qué me tienes por la mala de la historia —le suelto.

Saúl abre los ojos de par en par y yo me recrimino mentalmente por lo que acabo de decirle. A ver si aprendo a activar el filtro de una vez. Así no vamos bien. Estoy preparándome para intentar explicar el motivo por el que he dicho eso y, lo más importante, que parezca creíble, cuando lo escucho reír. ¿Por qué siempre está riendo? ¿Acaso tiene complejo de payaso? O peor, ¿parezco yo uno?

—No, más bien lo decía por la hora. Creí que no te gustaba madrugar.

Ah, vale, vale, así sí.

—Al final va a ser verdad y voy a tener que hacérmelo mirar —susurro, todavía metida en mis pensamientos.

Y al decirlo, Saúl deja de mover la cucharita. Cuando levanto la mirada de mi tostada de mantequilla con mermelada, me lo encuentro frente a mí, serio a más no poder y sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Qué es lo que te tienes que hacer mirar? Eres perfecta como eres, Sofía.

Empiezo a toser como una loca y por más que intento inhalar, el aire no me pasa a los pulmones. Me ahogo. Noto algo en mi garganta y... ¡Maldito trozo de pan! ¡No quiero morir tan joven y, mucho menos, tan lejos de mi casa! Empiezo a mover las manos al aire, haciendo aspavientos. Me agobio. Mucho. ¿Ya he dicho que le tengo pánico a los atoramientos?

Saúl, que acaba de darse cuenta de que esto no es una broma, se alarma. Se incorpora corriendo de su sitio y se acerca a mí. Yo me levanto antes de que él llegue y empiezo a dar vueltas. ¿Que por qué? ¡Y yo qué sé! Me estoy asfixiando, el aire no me llega bien al cerebro, así que actúo sin ton ni son. Y entonces... ¡Zas! Un golpetazo en la espalda que casi me parte las costillas y me perfora un pulmón.

Voy a increparle cuando me pone un vaso de agua por delante. ¿De dónde ha salido el agua? Da igual, me la bebo de una vez.

—Está bien. Gracias —escucho que dice Saúl y entonces me doy cuenta de que hay un camarero junto a nosotros, así que imagino que es él quien ha traído el vaso con agua—. ¿Estás bien? —me pregunta, posando sus manos en mis hombros.

Cierro los ojos con fuerza.

«¡Por favor, que no me toque más o no respondo!».

Asiento con energía, aunque aún puedo notar cómo el mendrugo que casi me causa la muerte está bajando despacio por mi garganta.

—¿Seguro? —Asiento. Otra vez.

Y es entonces cuando me permito mirarlo, ahora que ya el susto se me está pasando. ¿Y para qué porras lo hago? La preocupación, e incluso el miedo, diría yo, están dibujados en la expresión de su cara. Tiene los ojos abiertos de par en par y no despega la mirada de mí.

Espera, espera... ¿Ha dicho que soy perfecta?

No, probablemente lo haya imaginado producto de mi insuficiencia respiratoria. Y si no es así, voy a pensar que se debe a eso. No estoy preparada para lo contrario.



Después del incidente del desayuno, todo se vuelve algo más normal. Comemos, reímos y charlamos. Le pregunto el motivo por el que decía que la despensa de su hermano era un asco y me confiesa que Mirella ha decidido hacerse vegana y arrastrar a Diego con ella. No le veo el inconveniente, es un estilo de alimentación igual de válido que cualquier otro.

—El problema es que Diego adora comer carne. Siempre le ha gustado y solo lo hace por contentarla —me explica Saúl, cuando le expreso mi opinión—. Hace con él lo que quiere. Ahora se le ha metido en la cabeza casarse.

—Qué bien, ¿no? —Voy bajando el tono de voz según voy hablando, porque la mirada de Saúl me indica que de bien, nada—. ¿Qué pasa? Entiendo que Mirella no sea de tu agrado, pero... ¡Es tu hermano! Es él quien debe estar contento con ella, no tú. Seguro que a él tampoco le gusta tu novia y no te dice nada.

Saúl me mira taciturno. No sé qué interpretar de esa mirada.

—No tengo novia. Y te puedo asegurar que si la tuviera, sí le gustaría —me contesta, abandonando la seriedad que había en su rostro y volviendo a sonreír.

—Ah, ¿sí? ¿Tan convencido estás de que tienes un gusto impecable?

—No, pero ya la conoce.

Juro que si llego a tener algo en la boca, hubiese vuelto a atragantarme. Y no, no me lo estoy imaginando. La mirada que Saúl me ha dedicado mientras decía eso ha sido más que suficiente.

¿Estaré malinterpretando sus gestos y sus palabras? Dicen que a menudo la mente transforma las cosas, que nos hace creer lo que no es, que nos muestra lo que deseamos ver y no lo que es en realidad. ¿Será eso lo que me está pasando a mí? Es imposible que esta noche haya soñado con él y ahora no pare de mandarme indirectas, ¿verdad?

—A Idaira no le gustaba mi chico —le digo, sin saber a qué ha venido eso, salvo a que necesito cambiar el tema y que deje de observarme del modo que lo hace.

—Idaira siempre ha sido muy lista y con muy buen gusto. —Alzo las cejas en una clara respuesta. ¿En serio?—. Por cierto, ¿sabías que ayer quedó con Nacho, el de Administración?

Ahhh, mira por dónde, ya sé quién es el ligue secreto.

—¿Ayer? —cuestiono—. No, hoy. Bueno, los dos días. Han quedado para comer. Ajusto que un par de horas estarán dándole al tema otra vez. —Saúl suelta una carcajada—. ¿Y tú cómo sabes con quién está mi amiga? —Eso es lo que de verdad me importa. Me da igual si el chaval en cuestión se llama Nacho, Martín o Perico.

—Nacho y yo fuimos vecinos hace mucho. Creo que es el único amigo de verdad que tengo, además de Diego. —Y se calla.

Me quedo a la espera, a ver si me da algún dato más. Y, como era de esperar, me quedo con las ganas. Sin embargo, me da la impresión de que quiere añadir algo y que no lo hace.

—¿Alguna vez has estado enamorado? —Ni yo sé por qué pregunto eso, pero imagino que la conversación con SaEd13 me ha dejado tocada y no se me va de la cabeza.

Saúl me mira sorprendido. Baja la mirada un segundo y, justo cuando la levanta de nuevo, me contesta en voz muy baja.

—Sí. —Y después de eso, creo que se me acaban de quitar las ganas de saber algo más.



Después de desayunar, nos hemos salido a pasear. He conocido el parque Millenium, hemos paseado por la State Street y la Avenida Michigan, la cual ya conocí ayer de forma rápida. Y aquí estamos ahora, en una noria gigante, así como la de Londres —en la cual tampoco he estado, todo hay que decirlo— y, contra todo pronóstico, he accedido a que demos un par de vueltas en ella.

Estoy irreconocible.

—¿Tienes algo en mi contra? —le pregunto mientras esperamos nuestro turno de subir. Eso sí, lo hago sonriendo.

¿Será contagioso esto de las sonrisitas sin sentido?

—¿Por qué? —me responde con tono socarrón y poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

—¿O es que, tal vez, aquí todo lo chulo está en las alturas?

—Pero no te dan miedo las alturas —añade él, como si fuese algo más que obvio.

—Ya, aun así, me impresionan. —Y justo en ese instante, el cubículo se para frente a nosotros.

Saúl entra antes que yo, por orden expresa mía, así, si me entra el cague a última hora, puedo salir corriendo sin que me siga. Lo que sucede es que yo no contaba con que el hecho de que, al subir, Saúl estirase hacia atrás la mano y me agarrase para que entrase pegada a él.

«¡Cómo me conoce!».

Y ese pensamiento hace que me recorra un escalofrío. ¿De verdad quiero que sea capaz de saber qué pasa por mi cabeza en cada momento? No puedo contestarme a eso, porque mis pensamientos se interrumpen cuando Saúl tira de mí para que acceda a la cabina. De acuerdo.

Entro. No pasa nada. Es como la noria de la feria, pero a lo grande. Muy grande.

Nos apretujamos un poco para que entre el resto de personas, que son, concretamente, una familia de cinco miembros. Se me sienta al lado la mamá con uno de los pequeños. Nos sonrío a modo de saludo y yo se lo devuelvo.

En el instante en que la cabina comienza a subir, oigo al crío gritar y decir algo en un idioma que, curiosamente, no conozco. ¿Rumano? Eso parece. De todos modos, no necesito conocer lo que dice, con los gestos que hace tengo más que suficiente para adivinar qué es lo que le está impresionando tanto.

Trago saliva y contengo el grito que me está subiendo y que...

—¡¡¡¡AHHHHH!!!! —Y que no he sido capaz de contener.

Las carcajadas de Saúl resuenan en todo el cubículo. La mami que hay a mi lado me mira con mala cara y se toca el oído.

—Creo que acabas de dejarla sorda —me susurra Saúl, acortando la distancia conmigo. Y eso que estábamos casi pegados.

—Tú... Tú... ¿Tú sabías esto? —le pregunto, señalando el suelo transparente bajo nuestros pies—. Una cosa es ver a esta altura —le digo, señalando lo que tengo ante mis ojos—. Y otra muy diferente estar colgando de...

—No estás colgando, Sofía. Es fiable. —Y da un zapatazo al suelo. Rompe a reír a carcajadas cuando ve cómo mi cara muda y se pone blanca—. No irás a potar, ¿verdad?

Niego, aunque no estoy segura.

—Ven aquí —me dice, y me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él.

Vale, esto está mejor. Y si no miro hacia abajo, aún mejor.

Me reclino sobre su hombro e intento relajarme mientras me concentro en el subibaja que hace su mano sobre mi brazo con la intención de relajarme.

Sí, esto está bastante mejor.

Después del mal trago de la noria, y no lo digo por la altura, seguimos paseando y paseando. Esta ciudad tiene muchísimos sitios que visitar y me temo que volveré a España sin haberlos conocido, sobre todo, porque se suponía que debíamos estar cada día que pasásemos aquí liados con las negociaciones y ¡mira dónde estamos! No creo que los japoneses tarden mucho en arreglar el *pequeño* problema que ha ocasionado el tifón, por lo que me temo que vamos a tener que recuperar el tiempo perdido. Lo que viene siendo trabajar a destajo. Espero que no se me olvide el español, porque me parece que cuando eso pase no lo voy a usar para naaaadaaaa.

El Museo de Arte Contemporáneo es nuestra siguiente parada. Saúl me confiesa que no ha estado aquí desde el instituto y que no es muy entendedor de este tipo de arte, aun así, no me deja sola en todo el recorrido y me escucha con cara de como si le interesase lo que voy diciendo, aunque me ha confesado al salir que no se ha enterado de «una mierda», palabras textuales. Después de ese despliegue de sinceridad, hemos paseado un poco más mientras que buscábamos un lugar para calmar el hambre que nos está entrando, al menos, a mí.

No caminamos mucho cuando encontramos un sitio que parece tener buena pinta, así que nos metemos ahí para comer, eso sí, después de asegurarme de que Saúl no tuviese que ir al hotel a inyectarse insulina. Solo lo hace dos veces al día me ha dicho. Menos mal, no quiero ser la causante de que le dé un telele. Estoy segura de que el señor Falcón no me lo perdonaría.

—Hemos quedado con Diego y unos amigos que hace tiempo que no veo —me dice, justo cuando nos traen la comida.

Levanto la mirada del plato, donde me estaba recreando en la pintaza que tiene esto (cuenco teriyaki con champiñones silvestres) y lo observo.

—¿Hemos? —Como diría Idaira: Alucino pepinillos. ¡Vaya frase más ochentera! Nunca le he preguntado de dónde la ha sacado. Me lo apunto mentalmente para que no se me olvide, aunque seguro que es de su madre.

—Pensé que estaría bien que vinieses —añade.

—Eh... No, no, gracias —respondo rápido y a trompicones. ¿Ir con sus amigos? NOOOO, no estoy preparada para eso. Sé que él solo intenta ser amable y que no me quede sola, pero es que yo... yo no paro de ver cosas que no están pasando, como ahora, que me mira sorprendido por mi reacción y... Creo que me va a venir bien alejarme un poco de Saúl para aclarar la mente. Y eso intento, me reclino hacia atrás en mi silla cuando veo que alarga el brazo sobre la mesa para agarrar mi mano. Se pasa la lengua por los labios al darse cuenta de lo que hago y, entonces, me imita.

—¿Qué pasa? —pregunta, cruzándose de brazos.

¡Ay, Dios! ¡Mira qué bíceps!

¡Yo he visto esos brazos sin ropa!

Y...

¡Cortocircuito!

¿Por qué porras estoy pensando eso? ¡Me dan igual sus bíceps! ¡Qué cosas tengo!

—¿Qué pasa de qué? —respondo con otra pregunta, porque es lo único que mi mente ha conseguido hilar que no sea referente a sus brazos. Creí que la gente diabética no podía hacer mucho ejercicio. Está claro que es un mito mal extendido. Y yo, una tonta por haber pensado lo que la mayoría.

—¿A qué viene tu comportamiento? —Frunzo el ceño. Es imposible que estemos hablando de lo mismo. No. Son imaginaciones mías.

—¿Qué comportamiento, Saúl? No me has preguntado si quiero ir, aun así, te lo he dicho: no. ¿Por qué querría estar rodeada de personas que no conozco cuando no se me da bien interactuar con el resto? Además, son TUS amigos, a los que hace tiempo que TÚ no ves. Y no me parece lo más adecuado estar en medio, cortándote las alas, porque, seguramente, vas a darte cuenta de que estoy incómoda y estarás pendiente de mí, ya que te sentirás culpable de haberme llevado por compromiso y para que no me quede sola en el hotel. Y cuando quiera marcharme, insistirás en acompañarme y no quiero ser una molestia, pero tú...

—¡Menudas películas que te montas en la cabeza, Sofía! —me suelta, interrumpiéndome el discurso, que ya me salía sin pensar.

¡Menos mal que me ha cortado antes de que dijese algo inapropiado! Porque... no lo he dicho, ¿verdad?

Escucho por lo bajini un pequeño bufido que me hace creer que está cansado de mí y de mis *historias*. O bien, porque sí que me he ido del camino marcado y he dicho algo fuera de lugar, a pesar de que a mí me ha parecido todo bastante correcto.

Saúl abandona la pose de «marcabíceps» —vamos, lo que viene siendo cruzar los brazos, pero con estilo—, y se inclina hacia delante. Lo miro muy atenta, sin abandonar mi postura, algo a la defensiva. De repente, estira un brazo, lo pone encima de uno de los míos y tira sin previo aviso. No tengo claro si ha sido porque al sentirlo se me ha aflojado el cuerpo o porque él ha empleado más fuerza de la debida, el caso es que he caído sobre el cuenco de teriyaki y estoy notando cómo la salsa empieza a empapar mi jersey beis. Aprieto los labios al sentir que el calorcito de la comida comienza a traspasar la lana y a mojarme todo lo que llevo puesto.

—Tú nunca eres una molestia para mí, Sofía —me dice, clavando sus ojos verdes en los míos, los que, de inmediato, bajan hasta mi escote. Él sigue el rumbo de mi mirada—. ¡Hostia! —grita, soltándome de inmediato.

Cuando me incorporo y saco mi pecho de la que iba a ser mi comida, veo la enorme mancha en mi ropa. Saúl se reclina un poco más todavía y empieza a limpiarme con su servilleta de forma rápida y sin control.

—Eh, eh, ¡para! —grito, nerviosa y agarrándole las manos, esas que, por si no se ha dado cuenta, están sobre mis tetas.

Y sí, soy consciente de que no se había percatado de ello hasta que lo he detenido. Por primera vez desde que lo conozco, lo veo sonrojarse y, despacio, me suelta y vuelve a su sitio.

—Lo siento. Yo... —empieza a decir. Después lo veo tirar de malas formas la servilleta a la mesa y suelta un gruñido—. Soy idiota —murmura y mira hacia su plato.

A pesar de que lo he escuchado, decido ignorarlo.

—Bueno, ya estamos en paz, ¿no te parece? —Espero que esto calme un poco la tensión del momento. Y me río, no sé si por lo incómodo o para intentar que se relaje un poco. Creo que él también capta el sentido de lo que digo y rememora nuestro primer encuentro en el aeropuerto, porque un atisbo de sonrisa se dibuja en su rostro—. Hacha de guerra enterrada —añado.

Saúl eleva los ojos, que seguían fijos en el mantel, y me mira de frente.

—Hace mucho que la enterré, Sofía. Pero tú no te has dado cuenta. —Y se levanta y se va.



Tras el incidente con el cuenco teriyaki, Saúl regresó del baño, porque es al único sitio al que se me ocurre que hubiese podido ir. La comida transcurrió en un incómodo silencio. Lo mismo que

el paseo de vuelta hasta el hotel. Mi compañero me dejó en la puerta del mismo y ni siquiera me preguntó si me había vuelto a pensar lo de ir con sus amigos, a pesar de que era obvio que no iba a acompañarlo. Me aseguró que me vería en la recepción una hora antes del partido y se fue.

Juro que este chico cada día es más raro. ¿Será bipolar? ¿O soy yo la que no se entera?

Me miro en el espejo mientras me recojo el pelo en una coleta alta, así estaré más cómoda. Vuelvo a mirar mi atuendo. Creo que voy adecuada para ir al estadio, ¿verdad? ¿Cómo se viste una para ver a los Bulls? No tengo ni camiseta ni gorra con su símbolo, así que imagino que un jersey holgado lila, unos *jeans* y mi abrigo negro de plumas, que es el único que he traído, será suficiente. El bip de mi móvil de empresa me indica que me ha entrado un mensaje. No necesito mirarlo. Es la hora. Aun así, voy corriendo hacia la cama y lo leo. Es de Saúl. Ya está abajo en la recepción.

—Ya podría subir y dejarse de tanto mensajito. Total, ¿acaso esta no es su habitación? —me digo a mí misma, refunfuñando mientras pillo el bolso donde he guardado la cartera y ahora estoy metiendo el móvil, el de empresa, claro, porque si me pierdo, este es el único número que tiene Saúl, mi GPS particular en esta ciudad. No me animo a darle el personal, porque pienso que si lo quisiera, me lo habría pedido.

Una vez abajo, me paro en seco antes de salir del ascensor. Saúl no está solo.

—¡No, no, no! —maldigo, cuando las puertas empiezan a cerrarse y yo sigo dentro de este trasto.

Creo que lo he dicho más alto de lo que pretendía, porque, al oírme, mi compañero se gira hacia el ascensor y me saluda con la mano. Sonriendo. Mucho. ¡Al final va a ser bipolar! Primero, se va del hotel muy seco, serio y hasta enfadado, diría yo. Y ahora, me saluda como si acabase de alegrarle el día. Definitivamente, no sé qué le pasa en la cabeza a este chico.

«Quizá, las cervezas o lo que se haya tomado con Diego y sus colegas le ha sentado bien», me digo, para dejar de pensar idioteces y hacerlo de manera coherente.

Meto la pierna en medio de las puertas con la intención de que estas no se cierren y rezando porque este chisme me detecte y no me arranque un pie. Cuando el cierre de las puertas se detiene, me apresuro a salir. Lo hago sin mirar, ya que aún estaba pendiente de que mis piernas no se quedasen en el proceso, porque aún no he terminado de cruzar cuando comienzan a cerrarse de nuevo.

—Auch —protesto, al darme de frente contra algo duro y... que huele a menta.

Mmmm... menta...

—Hola —me saluda Saúl, sonriendo, como siempre. ¿Cómo si no?

Le respondo con un encogimiento de hombros y pongo las manos sobre su torso, intentando alisarle la camiseta contra la que acabo de estamparme.

—¿Preparada?



El estadio es impresionante. Enorme. Gigante. ¡Colosal!

—¿Cómo es que a alguien como tú le gusta el baloncesto? No pareces de las que hagan deporte. —Miro a Mirella y juro que empiezo a entender el motivo por el que Saúl no la soporta. Y es que es INSOPORTABLE.

Cuando la vi en la recepción del hotel, me impresionó mucho. Me pareció tan alta, tan elegante, tan asquerosamente guapa. Sin embargo, después de escucharla hablar, me he dado cuenta de que esas son sus únicas cualidades.

Siento la mano de Saúl en mi espalda en el preciso instante en el que voy a responderle.

—El hermano de mi madre jugaba al baloncesto de manera profesional. Justo antes de que lo fichase un buen equipo, tuvo que abandonar su sueño por una cardiopatía. Sin embargo, no se perdía ni un solo partido —le explico, aunque no sé ni para qué, ya que está mirando por encima de mi hombro. Algo que tampoco es muy difícil teniendo en cuenta que ella mide algo así como metro ochenta y yo rozo el metro y medio de altura.

—¿Y eso qué tiene que ver? —añade.

Pues mira tú por dónde, sí que me estaba escuchando.

—Es el único referente paterno que he tenido. Así que me acostumbré a sentarme con él en el sofá a ver cada partido que emitían. Era fan de Jordan, lo que se traduce en los Bulls.

Digo esto último desviando la mirada hacia la escultura que hay del jugador justo enfrente de mí. A mi tío Enrique le hubiese encantado estar aquí. Era uno de sus sueños, pero, por desgracia, ya no podrá cumplirlo, así que lo haré yo por él. Solo espero que me vea donde quiera que esté ahora

—¿Vamos dentro? —indica Saúl, que ha estado todo el rato detrás de mí. Lo sé, porque no me ha quitado la mano de la espalda en todo el tiempo.

—¿Y el resto? —le pregunta Diego.

Espera... ¿el resto? ¿Vienen más? No, no... Bastante esfuerzo estoy haciendo ya intentando conversar con esta arpía con cara de sirena diabólica como para sociabilizar con más personas a la vez. Miro a Saúl y creo que mi cara refleja mis pensamientos. Siento su mano en un suave movimiento por mi espalda; después, su aliento en mi oído mientras me susurra que solo son unos cuantos amigos y ninguno se parece a *ella*.

Trago saliva al escucharlo tan cerca y, cuando creo que me he recompuesto de la impresión, giro la cabeza hacia el lugar del que venía su voz con la intención de replicarle. Me detengo al instante al toparme con sus ojos verdes, porque, aunque se ha callado, no se ha movido de lugar y sigue casi apoyado en mi hombro. Nos aguantamos la mirada... y las ganas. ¡Por lo menos yo! ¡Ay!, SaEd13, ¡cómo me estoy acordando de tu consejo!

—Hola —digo, como por enésima vez.

Ya estamos en las gradas y no para de llegar gente. Sus amigos, para ser exactos. Y digo yo, que para considerar que no tiene amigos de verdad, yo ya he contado aquí a quince personas. Me llama la atención que todos sean hombres, excepto Mirella y yo, aunque me da que ella viene porque... ¡Yo qué sé por qué viene! No ha parado de quejarse desde que dejamos el hotel. Que si hacía mucho frío para salir. Que si había demasiada gente en la puerta. Que si el pelo se le encrespaba con la humedad... ¿Qué dice esta de encrespamiento? Si tiene una melena larga, negra y lisisísima. ¡Como me suelte yo la coleta va a ver lo que es un pelo enmarañado! Nos hemos ido sentando de tal forma que yo me he quedado la última de todos —por solicitud mía, por supuesto, así estoy más alejada de todos los que no conozco—. Saúl está a mi lado. De repente, escuchamos sonar una melodía estridente. La conozco. Es el teléfono de Saúl. Se disculpa con el resto y, poniendo la mano en el auricular, pasa por delante de mí. Al hacerlo, me indica con un movimiento de labios que es el señor Falcón. ¿En serio? Echo un vistazo al reloj. ¿Este hombre no duerme o qué?

Mientras espero a que Saúl regrese y para evitar que me den conversación, me pongo a observar con atención, y deleite, sin duda, la pista. Lo miro todo: lo impresionante que es, el resto de las gradas, la cantidad de personas que hay aquí dentro, los banderines... Todo. Estoy tan ensimismada que no me doy cuenta de que el grupo se ha ampliado, hasta que me llaman con un toque en el hombro. Me giro y me encuentro con un chico asiático, que está sentado en el sitio en el que antes estaba Saúl, y una joven rubia, muy rubia, así tipo Barbie, con una sudadera rosa chicle.

—¿Podrías correrme un par de asientos? No cabemos —me pide, señalándome al resto de los que se han ido acoplando, por lo que interpreto que ellos también se unen a esta interminable panda de *no* amigos de Saúl.

Miro a Diego en busca de respuestas que, aunque está al otro lado de la fila, asiente. Sin embargo, su gesto contraído me dice que hay algo que no cuadra. Me encojo de hombros y hago lo que me pide. Total, ¿qué más me da estar un poco más en el extremo? He venido a ver el partido, no a hacer amistad con Miss Soy perfecta y, aquí, la Barbie Malibú. Continúo a lo mío mientras que los nuevos integrantes del grupo van saludando a los que ya estaban aquí. De repente, la rubia me toca el hombro otra vez —¡qué manía tiene la gente con tocar!, ¡que no me gusta, porras!— y se presenta.

—Me llamo Tiffany y él es Aiko —señala al asiático—. ¿Y tú eres? —pero, en contra de lo que espero, no prosigue. Se calla.

Su mirada se eleva y yo me giro hacia el lugar que ella mira. Saúl acaba de llegar y observa a la rubia con una expresión que... que no sé descifrar. Aprieta la mandíbula y entrecierra los ojos. Uy, espera, no quiero estar en medio de nada y me parece que ahora mismo lo estoy.

—Sofía —contesto, aunque creo que ninguno me ha escuchado. ¡Mejor! Cuanto más desapercibida pase, mejor.

Sin embargo, no puedo evitar darme cuenta de que el silencio se ha hecho en la fila y todos están pendiente del encuentro de Barbie Malibú y mi compañero, que toma asiento entre ella y yo, justo en el lugar que he dejado libre adrede para no tener que verme obligada a entablar conversación con el resto. Algo que, por otro lado, no me ha salido bien.

—Encantada —responde la rubia, sin apartar la mirada de Saúl, que a su vez mira la cancha desde hace algo así como un par de minutos perdido en vete a saber qué pensamientos (o, quizá, es menos tiempo el que transcurre, pero a mí este lapso se me está haciendo eterno e incómodo de narices)—. Soy su ex.



El comienzo del partido acaba con parte de la incomodidad generada con la aparición de Tiffany. Y mientras que el resto se ha olvidado enseguida del «momento reencuentro» —porque, aunque nadie me lo haya dicho, no hace falta ser un lince para saber que Saúl no conocía el dato de que su ex estaría aquí con nosotros—, mi compañero no ha bajado la guardia.

No puedo evitar molestarme cuando empiezo a sospechar que, aquí, la Barbie Malibú no para de interrumpirnos de forma premeditada. Y sí, sé que lo hace aposta, porque cada vez que Saúl se acerca a mí y me dice algo al oído, así puedo escucharlo sobre el ruido del estadio, ella se agarra de su brazo y tira de él para atraer su atención. Al principio, mi compañero no hacía nada, salvo escuchar lo que la rubia tuviese que decir, pero al llegar a la quinta interrupción, empezó a resoplar. A la octava, lanzó el primer bufido. A partir de la décima, optó por intentar ignorarla, aunque resultó difícil. Y a la que hizo quince, le lanzó una mala mirada y, acto seguido, pasó el brazo por el respaldo de mi silla. Y no, no es que importe ni que lleve la cuenta por nada en concreto.

—Intenta no confraternizar demasiado con Tiffany —me dice al oído, en uno de sus intentos de ignorarla.

Me río por su ocurrencia y él me imita.

—Tranquilo. Creo que su idioma es uno de los pocos que no hablo. —Parece que a Saúl le hace gracia eso y rompe a reír a carcajadas. Lo que desconoce es que lo digo en serio. Nunca se me dio bien hacer amigas y, aún menos, si estas eran guapas, populares o, simplemente, normales.

Tiffany resopla a nuestra espalda y eso hace que Saúl se acerque un poco más a mí. ¡Dios, qué calor hace en este sitio!, ¿no?

—Ahora en serio, Sofía. Tiff es... —Y se calla.

—Tu ex —acabo por él. Pero niega.

—Está resentida conmigo, ¿vale? No le hagas mucho caso en nada de lo que te diga.

—¿Qué pasa? ¿La mandaste a paseo y no lo ha superado? Uh, qué nivelazo —añado sarcástica.

La mirada de reojo que lanza Saúl en dirección a la rubia me hace pensar que no estoy tan alejada de la realidad. En mi teoría solo hay un pero: si Saúl lleva años viviendo en España y ella aquí, ¿cuánto tiempo necesita esta muchacha para superar una ruptura? ¿Tan bueno es que después de años sigue queriendo...?

¡Cortocircuito!

A mí me da igual cómo sea de bueno.

A mí me da igual si...

A mí...

—Saúl —lo llama la susodicha. Y él se vuelve para ver qué tripa se le ha roto en esta ocasión.

¡Vale, sí! Sí me importa y me molesta que esta pesada no pare de entrometerse y... ¡Es su ex! ¡Porras! ¿Estoy celosa? No, no, noooo. Es solo que es más que probable que yo no pueda repetir esta experiencia y la petarda oxigenada no deja de dar la brasa con vete a saber qué tonterías.

En un momento concreto del partido, el teléfono vuelve a sonar y es, de nuevo, el señor

Falcón. No sé muy bien a qué se deben sus llamadas, porque Saúl no me ha contado mucho, salvo que tiene que ver con los japoneses. Me ha dicho que a la vuelta lo hablamos más tranquilos, ya que ahora es momento de disfrutar y no de hablar de trabajo. No voy a discutirlo. Me parece perfecto.

Apenas me quedo sola, siento un golpecito en el hombro y cierro los ojos. ¿Es que como Saúl se ha ido ahora piensa darme la tabarra a mí? Estoy a medio segundo de enviarla a un sitio que solo tiene billete de ida.

—Exactamente, ¿tú quién eres? —me pregunta, poniendo morritos y en vez de enfadada parece que me esté pidiendo un beso.

—¿Yo? —repito, asombrada—. Sofía.

Tiffany hace un gesto tonto con la cara, que me viene a decir algo así como: «Tú no serás lela, ¿verdad?». Y no, no lo soy, pero no me da la gana de perder mi tiempo charlando con ella, así de claro. Y si hay algo que me caracterice es ser bastante fiel a mis leyes de supervivencia, entre las cuales la de «No hablar con arpías rubias» acaba de escalar posiciones.

Al darme cuenta de que ella hace amago de volver a hablarme, yo, ni corta ni perezosa, giro la cara y dirijo toda mi atención a la cancha. No vuelvo a mirarla, aunque ella tampoco vuelve a molestarme. No estoy yo para escenitas de una ex celosa.

Cuando Saúl regresa de hablar por teléfono ya es casi el descanso. Se sienta y me pregunta qué es lo que se ha perdido.

«A tu ex marcando territorio como la perra que es», responde mi subconsciente.

Y me avergüenzo de mí y de mis pensamientos por primera vez en la vida. Aunque tampoco he dicho nada malo, eso es lo que hacen los perros, ¿no?

En cambio, mi respuesta se limita a narrarle las jugadas y explicarle cómo han sido los dos tantos que han marcado y que él no ha visto. Poco a poco, me olvido de la perra, digo, de Tiffany y de su absurdo intento de ponerme celosa. Me planteo comentárselo a Saúl, pero lo descarto. No vale la pena. Nosotros no somos nada y si se lo cuento, quizá, la rubia de bote piense lo contrario y se ponga más pesada. Conclusión: pasar de ella y disfrutar del partido.

Cuando comienza el descanso, hay personas que se levantan para ir a la cafetería, entre ellos, Aiko y otros cuatro amigos de Saúl. Uno de ellos, que no recuerdo ni cómo se llama, nos pregunta si queremos algo, pero negamos. Miro hacia la fila que ocupamos y ¡fantástico! Nos hemos quedado la Barbie, el Ken y yo a este lado de la fila. ¡Yuju! Diego nos mira desde el extremo opuesto, donde le hace algunos arreglitos a su chica y esta lo quita con desidia, mientras que le hace un gesto a Tiffany que no comprendo muy bien. Sin embargo, dejo de pensar en ellas, cuando noto que el brazo de Saúl, ese que ha tenido todo el tiempo sobre el respaldo de mi silla, baja y resbala por mi hombro muy despacio y empieza a hacer un movimiento de subibaja que ya me resulta hasta familiar y que, además, me relaja. Echo la cabeza hacia atrás e intento no pensar en nada, aunque no puedo. Lo que sí consigo es que nada de lo que pasa por mi mente pueda considerarse coherente. Me concentro en sus dedos deslizándose sobre la lana que cubre mis brazos. Me evado. Oigo a lo lejos sonidos, gritos, sorpresas, abucheos... pero yo sigo con los ojos cerrados, disfrutando del momento y rezando para que nada ni nadie me moleste... hasta que escucho la voz de Diego gritando:

—Ey, Saúl, ¡miraaaa! —Y rompe a reír a carcajadas.

—Joder —es la respuesta de mi compañero. Y el brazo que está sobre mi hombro se tensa.

Abro los ojos de manera rápida. ¿Qué ha pasado? Voy a preguntarlo cuando me veo en una enorme pantalla. Gigante. A mí, a Saúl y medio cuerpo de la Barbie Malibú. Esto no será lo que yo creo, ¿verdad? Noooo. ¿La famosa *kiss cam*? No me fastidies. ¡Hay casi quince mil personas

aquí! ¡NO-ME-FASTIDIES! Me giro hacia Saúl, que me está observando con cara de...

—Nooo —le digo muy bajito, pero la sonrisa que acaba de asomar a sus labios, justo antes de echar un vistazo a la pantalla, me confirma que no piensa hacerme caso.

—Saúl —interrumpe Tiffany, y veo cómo lo agarra del codo y tira hacia ella, pero él ni se inmuta.

—Nooo —repito, aunque antes de decirlo he clavado mis ojos en la mano que hay sobre el brazo de mi compañero.

Saúl entiende que mi negativa es para Tiffany, y no, no es así. ¿O sí? No quiero que la bese a ella. No quiero que mi primer beso con él sea así. No *quiero* que me bese... ¿O sí? Definitivamente, estoy cortocircuitando de manera continua. Estoy volviendo a no hilar bien, a mezclar sentimientos, a acordarme de SaEd13 y de Idaira, y a pensar qué me dirían si fuesen testigos de este momento.

—Venga, Sofía. Nos está mirando todo el estadio —me susurra, ignorando el agarre de la rubia, que ha vuelto a tirar de él, y moviendo ese mismo brazo para colocarme su mano en la mejilla y conseguir así que deje de mirar a todas partes como si estuviese dentro de una película de terror y lo enfoque solo a él—. ¿Tan terrible te resulta? —Y ahora sí. Ahora consigue toda mi atención.

Esas cuatro palabras cumplen su objetivo: que yo deje de lado todos mis temores y decida que, al contrario de lo que pensaba antes, es el momento perfecto para dejarme llevar y comprobar eso que tantos dolores de cabeza me está dando. Total, siempre podré decir que me vi obligada por la situación.

Apenas he terminado el asentimiento de cabeza que he hecho casi sin darme cuenta, cuando noto cómo Saúl hace un movimiento brusco para soltarse de Tiffany, que aún seguía agarrada como una garrapata a su codo, me acerca a él empujándome con el brazo que me está rodeando y, en menos de un segundo, siento su aliento muy cerca. Mmm... menta... Y...

Posa los labios despacio sobre los míos y es justo en ese efímero instante en el que me olvido de dónde estamos, con quién y si la cámara aún nos está enfocando o no. Siento la calidez de su boca sobre la mía y me dejo llevar.

Me dejo llevar como nunca me permito hacerlo.

Como jamás se me hubiese ocurrido que haría en medio de un estadio con miles de personas que pueden que estén presenciando este momento.

Como si solo estuviésemos nosotros dos.

Y creo que él ha pensado lo mismo, porque lo que empieza siendo un leve roce de labios que se unen, se torna en algo más intenso cuando la mano de Saúl, que antes descansaba en mi hombro, pasa a agarrarme de la nuca para conseguir que este intercambio sea más profundo y placentero. Mueve sus labios y yo hago lo mismo. ¡Qué sensación! El escalofrío que me recorre el cuerpo es ya como una corriente eléctrica que no para de subir y bajar por mi espina dorsal. La suavidad de su boca y la delicadeza de sus movimientos me hacen suspirar y el sonido se pierde entre sus labios, que se beben mi desliz.

—Creo que no tengo suficiente con esto, Sofía —me susurra muy bajito y casi sin separarse de mi boca.

Y yo, que creo que estoy flotando ahora mismo, solo asiento.

Por más que me sorprenda, le estoy dando la razón. Tampoco es suficiente.

No sé si me habrá entendido o no. No abro los ojos para comprobarlo. No quiero ver, solo sentir.

En el instante en que noto una leve presión sobre mis labios y la humedad de su lengua

entrando en mi boca, sé a ciencia cierta que ha captado el mensaje; también, que podría acostumbrarme a esto; por supuesto, que estoy perdida entre sus brazos y que, aunque parezca sacado de una absurda comedia romántica, él es perfecto para mí.

Cuando acaba el partido, vamos saliendo como podemos y, una vez fuera del estadio, Diego se acerca a nosotros. Y digo «nosotros», porque desde «el momento *Kiss*», Saúl no se ha despegado de mi lado, al contrario, creo que si no hubiésemos estado rodeados de gente, habríamos acabado de otro modo, bastante más placentero y con mucha menos ropa. Sin embargo, las cosas han sucedido así y hay que conformarse. Creo que ya lo tengo todo muy claro, al menos, mucho más que antes.

¿Me ha gustado el beso? A rabiar.

¿Me he sentido incómoda? Para nada.

¿Me habría importado seguir un poco más? No.

¿Y continuar al siguiente nivel? Como que me llamo Sofía.

Vamos, que la respuesta es más que obvia: llevo tres meses confundiendo sentimientos.

Mientras yo pienso todo eso, Saúl se pone a hablar con Diego. No se aleja de mí, al contrario, continúa el contacto a pesar de tener la atención en la conversación. Siento que deja su mano apoyada en el bajo de mi espalda. Y a mí, que no me gusta que me toquen, ese gesto me parece monísimo. Lo sé, ha sonado igual de cursi que ver a un unicornio saltando sobre un arcoíris y vomitando nubecitas de colores, pero es que... ¡me siento unicornio por un día!

—Tenemos que madrugar —oigo que le dice Saúl a Diego.

—Sí, ya, madrugar... —responde el otro con cierto tono irónico.

Es justo con ese «madrugar», que me ha sonado a todo menos a lo que significa, cuando decido dejar de ser un unicornio y volver a ser Sofía. Echo un vistazo a Diego, que me mira sonriente, y frunzo el ceño intentando descifrar qué pasa por su mente para que se encuentre tan *alegre*.

—Sí, madrugar, Diego. Algunos lo hacemos para trabajar —replica Saúl, a punto de darle una colleja a su hermano.

—No seas gilipollas —le recrimina el otro.

—Es que tiene un máster en eso —añado yo, ganándome una mirada de reproche por parte de Saúl y una carcajada por la de Diego.

—Ya hablaremos tú y yo de ese concepto que tienes de mí —me dice muy serio; luego, añade como si nada—. Los japoneses acaban de llegar a suelo americano y a primera hora nos reunimos con ellos.

—Mañana, ¿domingo? —pregunto de forma retórica. Pues claro, Sofía, mañana es domingo y hoy es sábado.

—Así es. A las ocho de la mañana hemos quedado en la sala de reuniones. Así que sí, tenemos que madrugar.

Voy a decir algo que no me da tiempo, porque llegan junto a nosotros Aiko y dos amigos más de Saúl.

—¿Venís o no, pareja? —dice uno de ellos.

¿Pareja?

¡Cortocircuito!

Miro al que ha hecho la pregunta. Es el del pelo largo, el mismo que se ofreció a traernos algo de la cafetería del estadio y del que sigo sin acordarme del nombre. No me mira a mí, solo a Saúl. Y luego, a Diego. Aiko permanece en silencio, pero con una sonrisa torcida que no me da

buena espina. Sin embargo, Saúl niega con la cabeza y yo vuelvo a tener la absurda idea de que me estoy perdiendo algo que parece ser importante.

—¿Qué ocurre? —pregunto, a nadie en particular.

—Vamos a ir a cenar algo a Sinhá, pero el muermo de Saúl dice que tenéis que *madrugar* —me explica Diego, lanzando una sonrisa maliciosa a su hermano. Aunque eso último no era necesario, dado que he participado de esa parte de la conversación. Lo que sí es verdad es que no entiendo muy bien por qué dice en ese tono jocoso lo de madrugar.

—Eh —dudo. ¿Qué se hace en estos casos?—. Lo cierto es que tengo hambre —contesto, mirando a Saúl.

—Podemos comer algo de camino al hotel —añade él.

—¡Venga ya! Intentar conseguir un taxi ahora es tarea de Titanes, y lo sabes, Saúl. Y el hotel está a tomar por culo de aquí. —Un suspiro de resignación por parte de mi compañero—. Además, así conocemos mejor a Sofía. No seas acaparador.

Uy, ¿conocer a Sofía? No, no. Yo no tengo intención de conocer a nadie más, porque a Diego ya lo conozco. Y a su novia no me apetece seguir haciéndolo. Y ya ni hablar de la Barbie Malibú. Mi intención solo es ir a comer, que me noto el estómago raro e imagino que será hambre. Miro a Saúl con cara de perrillo apaleado y él se ríe.

—Está bien. Pero solo a comer, que luego me liais.

No tengo claro a qué se está refiriendo, solo sé que Aiko suelta una carcajada, el del pelo largo hace un grito a lo «unga, unga» —¿por qué todos los que se juntan con Saúl hacen ese sonido?— y Diego rompe a reír mientras asiente.

—No digas luego que no te lo advertí —me suelta mi compañero cuando el resto se ha ido, acercándose de forma innecesaria a mi oído, lo que provoca que un millón de incordiosas mariposas se pongan a revolotear en todo mi aparato digestivo. Asiento, porque no creo que la voz me salga con el tembleque que tengo por dentro. Y él, para seguir poniéndome nerviosa, sube la mano que tenía en mi espalda, pasa el brazo por mis hombros, acercándose más a su cuerpo con ese gesto, y me da un beso en la cabeza.

¡Cortocircuito!



—¿Te gusta?

La pregunta me toma por sorpresa, aunque no de quien proviene. Miro a Tiffany y pongo un mal gesto. He salido fuera del local en el que estábamos cenando, porque me encontraba algo fatigada. Le he dicho a Saúl que iba a tomar algo de aire fresco —más bien, helado por la temperatura que hace aquí— y que se quedase dentro, que no tardaría, ya que, como es evidente, ha querido acompañarme, pese a que ni siquiera había terminado de comer.

Pero iba tan ofuscada en el mareo y la fatiga que tengo que no me he dado cuenta de que su ex me seguía.

Me giro hacia ella.

—¿Perdona? —Increíble. ¿De verdad tengo que darle explicaciones a *esta*?

—Que si te interesa. Ya sabes, que si Saúl y tú tenéis algo —especifica, como si yo no supiese de quién o qué está hablando. Seré muchas cosas, pero cortita de mente no es una de ellas.

—Somos compañeros de trabajo —le contesto, de forma parca y volviendo la vista hacia la carretera, por la que apenas pasan coches, todo hay que decirlo.

Respiro hondo para darme ánimos, no me apetece seguir hablando con la rubia. Y es tanto el asco que le tengo que empiezo a notar las náuseas y todo. ¿Es eso posible?

—No soy de las que se mete en medio de una pareja, ¿sabes? Pero también es cierto que a Saúl jamás le ha importado mucho eso.

—Ajá —le digo, a ver si capta mi hastío y se va.

—¿A qué ha venido el espectacularito del beso? —vuelve a la carga. ¡Será pesada!

—¿Acaso te ha molestado? Te vi bastante receptiva. —¡A ver si le molesta y se marcha ya!

Creo que las arcadas que empiezan a subirme no son, precisamente, provocadas por ella.

—Ha sido un patético intento de atraer mi atención —contesta, y yo abro los ojos de par en par y la miro—. Saúl lleva pidiéndome que volvamos desde hace meses. La verdad, creo que está desesperado por que le haga caso.

—Enhorabuena —le replico. Me pongo la mano en la boca, porque siento cómo la bilis me sube e intento controlar las ganas de vomitar.

—De hecho, esta noche viene a casa —añade.

—Que te aproveche —le contesto, algo borde.

Y tal cual lo digo, echo lo poco que he comido sobre la sudadera rosa de Barbie Malibú, que lanza un grito cuando siente cómo el resto de mi cena cae en sus zapatos.



Después de la vomitona, la rubia ha llamado por teléfono a su amiguita, la Barbie Modelo, y le ha contado lo que ha pasado. Saúl no ha tardado ni dos minutos en aparecer y decirme que me va a llevar a urgencias, algo a lo que me niego. Tampoco creo que sea para tanto. Lo veo pedir un taxi por teléfono, mientras que los otros que han salido con él, Diego entre ellos, miran a Tiffany conteniendo la risa.

—No te rías, Diego —lo reprende la susodicha—. Y ahora... ¿cómo voy a irme así? La chaqueta no me cubre y, además, esto apesta —añade, conteniendo una arcada—. ¿Qué mierda has comido?

Yo estoy apartada del grupo, pero los oigo. Aunque los ignoro. A todos. Y a Tiffany en especial. Me encuentro mal. Mucho. La fatiga no se me pasa ni con la alegría de haberle potado a Tiffany encima de su sudadera rosa empalagosa —uy, qué pareado me ha quedado—. Creo que también me está dando una bajada de azúcar, porque me noto mareada y los oídos me pitan como si se estuviese montando una concentración de árbitros en mi cabeza.

Al cabo de lo que me parece una eternidad, siento las manos de Saúl en mi cintura, intentando levantarme, y es entonces cuando me percató de que me he dejado resbalar por la pared y estoy sentada en el suelo. No miro a nadie cuando me incorporo, ni siquiera cuando me subo al taxi y nos marchamos.



Nada más entrar en la habitación, me tiro en la cama. Me encuentro como si estuviese muriéndome muy poco a poco. Saúl, después de preguntarme como veinte veces si soy capaz de quedarme sola, se ofrece a ir a la farmacia a por algo que pueda hacer que me sienta algo mejor.

—No tardo. Hay una muy cerca de aquí —me dice, sentándose en la cama e inclinándose sobre mí.

Saco la cabeza de entre los pliegues de la sábana y le respondo con un pequeño gruñido antes de levantarme corriendo y salir pitando al baño, donde vuelvo a vomitar.

En el transcurso de poco más de treinta minutos, que es lo que ha tardado Saúl en regresar con un antiemético que me ayude a calmar la fatiga, he vomitado dos veces más. No tengo muy claro

si esto ha sido por algo que me ha sentado mal de la cena, además de ver cómo Barbie Malibú intentaba acaparar la atención de Saúl cada vez que él me hablaba SOLO A MÍ —concepto que creo que no le ha quedado claro—, o si es lo que Saúl dice: un virus estomacal. Pinta de ser esto último. Así que espero estar recuperada mañana.

Después de tomarme el remedio, que no sé si remediará nada, me vuelvo a tumbar en la cama y me quedo dormida.

Empiezo a escuchar el sonido de la alarma de mi teléfono.

—¿Quién demonios ha puesto el despertador? —digo, mientras me giro en la cama y voy palpando a ciegas.

Toda la habitación está a oscuras. Doy un par de manotazos más y, ¡pum! Ese golpe seco me hace contraer el rostro y rezar para que mi móvil no se haya roto. Es nuevo. Quejándome como si fuese una abuela llena de dolores, me dejo resbalar un poco por el lateral de la cama y lo recojo. El problema es que pierdo el equilibrio en el proceso y me doy de lleno contra la moqueta. Al menos, el golpe ha sido amortiguado y no voy a llevar a la reunión con los japoneses, además de las ojeras y el mal cuerpo, un chichón en medio de la frente.

Cuando consigo recular y volver a tumbarme en la cama, miro la hora. ¡Hostias! Las ocho menos cinco. Pero... ¿la reunión no era a las ocho?

—¡Porras! ¡Porras! ¡Porras! —grito mientras voy hacia al baño corriendo lo más rápido que puedo, que no es mucho, dado mi estado de sueño y el malestar que aún me dura de ayer.

Justo antes de entrar, llaman a la puerta. Me imagino que será Saúl, porque... ¿quién más va a venir a mi habitación, a estas horas, en Chicago y sin avisar? Como no quiero dejarlo esperando, y porque sé que si no le abro me va a llamar por teléfono (este chico se preocupa demasiado, se nota que no me conoce), decido abrirle antes de hacerme un arreglado exprés.

—Hola —le digo, dejándole paso.

Él me responde con una sonrisa muy amplia y... ¿Qué hace?! ¿De verdad ha intentado darme un beso? ¿Así? ¿Recién levantada y sin lavarme los dientes después de haber vomitado esta noche como si se me fuese a salir el hígado por la boca? No, no. ¿Cómo voy a dejar que me bese de ese modo? Ni que quisiese espantarlo.

Como por inercia, mi cuerpo obedece a mis pensamientos y se aparta.

¿Acabo de hacerle la cobra?

Vale, sí, se la he hecho.

Veo cómo Saúl frunce el ceño y respira hondo. Se pellizca el puente de la nariz y vuelve a resoplar. Me parece que no es lo que esperaba. Quizá debería explicarle el porqué de mi manera de actuar.

—¿Aún estás así? Anoche antes de irme me dijiste que te habías puesto una alarma. Si lo llego a saber, hubiese subido cuando llegué —gruñe.

¿Por qué está gruñendo? ¿Porque he esquivado su beso para evitar que se comiese todo mi aliento mañanero con sabor a barbacoa o porque aún tengo la ropa de ayer puesta?

—¿Yo puse la alarma? —digo, frunciendo el ceño, mientras que me doy la vuelta hacia el armario al recordar que no he cogido el conjunto que me voy a poner.

—Sí, antes de marcharme te pregunté y... Estabas bastante adormilada, pero te vi hacerlo —asegura.

Pues yo de eso ni me acuerdo.

—¿No has... has dormido aquí entonces? —le pregunto, sin tener muy claro si quiero saber o no la respuesta.

Echo una mirada rápida hacia el sofá en el que se acostó la primera noche que pasamos aquí y

compruebo que, efectivamente, está tal cual lo dejó ayer la chica de la limpieza. Además, acaba de decir: antes de irme.

«Blanco y en botella, Sofía. Que estás cortita hoy».

—No —responde muy seco—. Voy a la sala de reuniones. Te espero allí. No tardes. —Y sale de la habitación dando un sonoro portazo.

Mientras bajo a toda prisa hacia la primera reunión del día, me hago el apunte mental de hablar con Saúl y contarle a qué ha venido mi forma de actuar esta mañana. No se lo ha tomado nada bien. Puede que me cueste entender al resto, que no suela plantearme cómo influyen mis actos en los demás, pero tonta, lo que se dice tonta, no soy. Y le ha molestado. ¡Como para dudarlo! Quizá no eran tan descabelladas mis interpretaciones y él también se dio cuenta con ese beso de que quería que esto fuese un poco más allá. La simple idea de que sea así me hace sonreír. ¿Desde cuándo me he vuelto tan ñoña? Sencillo: él me hace ser así de cursi. No me creo que haya dicho eso. ¡Qué fuerte!

Una vez que consigo apartar esos pensamientos de mi cabeza y vuelvo a ser Sofía, la de verdad, la que no se deja llevar y lo tiene todo atado, decido poner punto y aparte a lo que ha pasado, hasta que lo hablemos, algo que haré durante la hora de la comida, ya que antes no tendremos ni un minuto libre. Me temo que los días que nos quedan en Chicago van a ser estresantes. Aunque, por otro lado, el tiempo ha empeorado bastante y dicen que va a nevar, de modo que tampoco íbamos a poder hacer mucho más de lo que ya hemos hecho.

Enseguida me doy cuenta de que los japoneses, los señores Nakamura, son huesos muy duros de roer, más de lo que me lo parecieron la primera vez, y, además, vienen bastante enfadados por el imprevisto que les ha ocasionado el tifón. Por lo visto, el martes debían estar en Canadá y con el atraso que les ha supuesto ese *pequeño* contratiempo, han tenido que retrasar el viaje un par de días y por lo que los oigo murmurar, eso no ha sentado muy bien a los que se tenían que reunir con ellos. El caso es que nada de lo que se les ofrece parece contentarlos y, encima, piden unas tarifas que, de cumplirlas, no originaría los beneficios que ya hay establecidos y, como no podía ser menos, el señor Falcón ha sido muy claro al respecto: «No». Los alemanes son harina de otro costal, sobre todo, porque ya hemos trabajado antes con ellos, de modo que saben la calidad del servicio que ofrecemos y conocen bastante a Saúl, con quien han negociado sus contratos en las dos veces anteriores. Cuando los vi el primer día, pensé que eran amigos que hacía tiempo que no se veían. ¡Por Dios, qué efusividad! ¡Qué abrazos! Menos mal que conmigo guardaron un poco las distancias. Tanto es así, que han decidido venir antes de lo acordado y solicitarnos que empecemos con la reunión durante el almuerzo, porque tienen intención de salir de turismo, ya que hoy parece que la lluvia va a dar una buena tregua y para mañana el tiempo va a empeorar. Saúl accede gustoso a ello y yo veo cómo mi intención de hablar con él sobre lo ocurrido antes en la habitación y, por supuesto, ayer en el partido, se esfuma más rápido de lo que imaginaba.

Salimos de la sala de reuniones y nos dirigimos hacia la recepción para comunicar que avisen arriba, en uno de los restaurantes del hotel, y hagan una reserva para siete, que subiremos en cuanto esté lista. Sin embargo, algo me distrae de mis intenciones al toparme con una melena rubia en el mostrador. Saúl va justo detrás de mí, charlando con la señora Müller y no se da cuenta de lo mismo que yo, hasta que se choca con mi espalda, porque me he detenido en seco.

—¿Qué hace...? —dice, quitándome las palabras que estaba a punto de decir yo. Mi compañero se disculpa con su acompañante y, antes de ir hasta donde Tiffany se encuentra esperando, me pide—: Encárgate de ellos, por favor. —Y echa un vistazo rápido hacia nuestros socios.

¡Fantástico! Lo que me faltaba. Que venga la Barbie Malibú al hotel a terminar de fastidiar mis planes.

Les indico a los Müller y los Fisher que me esperen mientras doy la orden en recepción de que lo preparen todo y, de paso, me coloco cerca de donde está la rubia con Saúl, así puedo escuchar de qué hablan.

—¡Qué nivel! El Sheraton. ¡Menudo sitio! —exclama Tiffany cuando Saúl llega junto a ella.

¡Será hipócrita! Este hotel hace años que trabaja con la empresa del señor Falcón, así que no debería ser tal la sorpresa para ella, tanto que presume de que es su ex.

¡No la trago!

¡Buah!

¡Arcada!

Veo cómo él la toma del codo y la acerca un poco a su cuerpo. ¿Perdona? Me tensa. Vuelvo la cara e intento no mirarlos, no escucharlos y no... Vale, no debería escuchar, pero lo hago. Eso sí, me aguanto las ganas de mirar, por ahora y con esfuerzo, muuuuchooo esfuerzo.

—¿Qué haces aquí, Tiff?

¿Tiff? ¿En serio le ha dicho Tiff? ¡Qué confianza!, ¿no? Vale que sea su ex, eso lo entiendo, lo que no me parece adecuado es seguir tratándola como si fuese su amiga en vez de la arpía que es. No tengo ni idea de qué pasó entre ellos, aunque la cara de Saúl al verla, tanto ayer en el partido como ahora, no ha sido de alegría, precisamente. Maldigo para mis adentros. No sé por qué no me echo a un lado y hago lo que de verdad he venido a hacer, porque lo cierto es que el chico de recepción no aparta la mirada de mí a la espera de que le diga lo que quiero, pero yo estoy demasiado ocupada cotilleando. ¿Yo? ¿Cotilleando? Hago un soberano esfuerzo por concentrarme solo en escuchar y no en mirar.

—Te dejaste esto anoche. Pensé que podrías necesitarlo. —Ahora sí me giro y los veo.

De acuerdo, lo confieso, no podía aguantarme más. Es así como me doy cuenta de que Tiffany está sacando de su enorme bolso de Prada el neceser en el que Saúl guarda la insulina.

Ehhh... ¿Disculpa? Que se lo dejó ¿dónde? ¿Anoche?

—Gracias, pero no era necesario. Ya deberías saber que solo lo uso dos veces al día y ya lo hice esta mañana —le contesta él, muy parco.

Hace ademán de marcharse y, al hacerlo, se topa de frente conmigo. Que no pierdo detalle de lo que sucede. Cruzamos la mirada por un momento y... ¡Zas! Barbie odiosa Malibú se mete en medio de mi campo de visión y pone las manos sobre el pecho de Saúl, atrayendo la atención de nuevo hacia ella.

—Saúl, en cuanto a lo de anoche, yooo... —comienza, y la observo asombrada mientras ella baja la mirada, como cohibida.

Eso mismo me estoy preguntando yo: ¿qué pasó anoche?

Veo que Saúl se acerca mucho a la rubia y Tiffany se pega aún más a él, como si eso fuese posible. Y yo me estoy poniendo de muy mala leche.

¡Menudo espectáculo!

—Lo que pasó anoche, pasó. Y ya está —le dice Saúl, casi en un susurro.

—¿Vendrás luego? —Él asiente. Ella sonríe. Y yo rechino los dientes.

Me siento idiota, tonta, estúpida... y mil y un adjetivos más que no son aptos ni para ser pensados. Yo preocupada intentando encontrar el momento ideal para explicarle lo que había sucedido arriba, haciéndome ilusiones porque él había ido a buscarme con la intención de que lo que compartimos ayer no fuese un hecho aislado y... ¡resulta que es un embustero! ¡Que después de dejarme en la habitación medio grogui con el medicamento para la fatiga se largó a casa de su ex! ¡Que estuvieron retozando como animales! ¡Y yo sintiéndome culpable por haberlo obligado a buscarse un sitio en el que dormir! ¡Al final, va a tener que estarme agradecido y todo!

¡¡¡¡¡AARRRGGG!!!! Después, como un *flash*, acude a mi mente el recuerdo de mi conversación con Tiffany antes de echarle hasta la primera papilla encima y... ¡Tonta! Definitivamente, soy tonta. Mira que me lo dijo: habían quedado en su casa. El problema es que yo pensé que era un patético intento de ponerme celosa y no le hice mucho caso, y ha resultado que la rubia era más legal de lo que pensaba y de verdad se estaba interesando en conocer primero si Saúl y yo teníamos algo que nos uniese. Verás tú, que al final voy a tener que darle las gracias.

Mientras todo eso pasa de forma vertiginosa por mi cabeza, le digo al chico de recepción, eso sí, no con mucha delicadeza, que me efectúe la reserva. Él me asegura que pasa la orden al restaurante y que podemos ir subiendo, que lo tendrán todo listo en unos minutos. ¡Qué eficaces! Se nota que esto es algo habitual aquí.

Paso por el lado de Saúl y de la rubia sin tan siquiera mirarlos. No me creo capaz.

—Hola, Sofía. No te había visto —escucho que me dice Tiffany, la Barbie Mentirosa, porque no ha dicho un embuste mayor en los días de su vida. ¿Que no me ha visto dice la muy desgraciada? Si casi me pisa antes al ponerse en medio, entre Saúl y yo.

Le dedico una mirada no muy apreciativa y, acto seguido y tras un inclinamiento de cabeza, me voy a atender a los alemanes, que lo observan todo desde en medio de la sala y cuchichean al respecto. ¡Genial! ¡Ahora seré la comidilla hasta en Alemania!



—¡Sofía! —oigo que Saúl me llama. Y es la tercera vez que lo hace. Y la tercera que lo ignoro, por supuesto.

Continúo caminando al lado del hijo menor de los Müller, el único de los cinco que tienen que ha querido dedicarse al mundo del automovilismo, aunque sea como piloto en vez de como diseñador o distribuidor, como lo hacen sus padres. El muchacho, que no debe ser mayor que yo, me señala el hecho de que mi compañero va pisándonos los talones y que deberíamos esperarlo, ya que no para de llamarme. Sin embargo, lo ignoro. Con una sonrisa, por supuesto, la educación ante todo.

Justo antes de entrar en el restaurante, siento cómo tira de mi brazo y casi me hace caer de culo.

—¡¿Qué haces?! —le pregunto de malas formas, echando una ojeada a los otros cinco, que nos esperan en la puerta del restaurante.

—No es lo que crees —me suelta.

¿Y qué se supone que no es? O mejor, ¿qué se supone que creo?

—Saúl, tú y yo no somos nada. No confundas las cosas. Nos besamos ¿y qué? También podría haberlo hecho con Aiko. Total, estaba con nosotros y podrían haberlo enfocado a él. — Espero haber dicho bien el nombre, de lo contrario, ¡qué vergüenza! Aunque, ahora que lo pienso, Aiko no estaba con nosotros en el descanso, ¿no? Rezo porque Saúl no se dé cuenta de ese detalle—. No malinterpretes las cosas, ¿de acuerdo? Lo que hagas o dejes de hacer es asunto tuyo, no mío. A mí lo único que me importa es que acabemos de una vez con esto, lleguemos a un acuerdo y nos volvamos a España. Estoy harta de este frío.

¡Guau! No creí que fuese capaz de decir tantas mentiras juntas de una vez, pero sí, he sido capaz. Y no, no me siento orgullosa de ello. Sin embargo, si Saúl me conociese lo más mínimo, sabría que no voy a dejar que ningún hombre me haga daño. Y él no va a ser el primero.

¿O sí?

No me quedo a esperar su reacción ni lo que va a decirme, al contrario, me doy la vuelta y,

con una sonrisa que me cuesta horrores dibujar, les indico a los Müller y los Fisher que pasemos al comedor.

SaEd13

Hola!!

Mariquitalafantástica

Hola.

SaEd13

Uy, qué carácter.

¿Cómo estás?

Llevas unos días muy callada.

¿Algún problema?

Mariquitalafantástica

No.

Mucho trabajo.

SaEd13

¿Ocupada ahora?

No quiero interrumpirte.

Mariquitalafantástica

Para nada.

Estoy sentada en una cafetería, tomándome un sándwich antes de irme a la habitación y terminar de prepararlo todo. En un par de horas salgo para el aeropuerto.

SaEd13

¿Estás sola?

Mariquitalafantástica

Eso ha sonado acosador.

SaEd13

Solo quiero saber si te interesa tener compañía.

Y, por supuesto, no quiero interrumpir.

Mariquitalafantástica

Solo si es a distancia.

SaEd13

Estamos de suerte, entonces.

Te noto distante. ¿Algo que contarme?

Mariquitalafantástica

No.

Estoy cansada.

Estos últimos tres días han sido agotadores.

Y para colmo, el tiempo es pésimo. Saúl no está viniendo a las reuniones. Se conecta por videoconferencia y listo. ¡Hala! El marrón para mí.

SaEd13

Bueno, te veo algo alterada. Respira.

Seguro que hay un motivo para todo.

Cuéntame algo agradable. No sé...

Qué tal el partido?

No me has dicho nada de cómo fue.

Mariquitalafantástica

Tampoco me has preguntado.

Y sí, bien. Normalito. Nada que destacar.

SaEd13

No me lo creo.

Son los Bulls!!!

Seguro que estás bien?

Mariquitalafantástica

Que sí, pesado.

Agotada, ya te lo he dicho.

SaEd13

De acuerdo.

Y qué le ha sucedido a tu compañero?

Por qué te ha dejado sola?

Mariquitafantástica
Ni lo sé, ni me importa, la verdad.

SaEd13
Uh, y eso??
Se viene tema interesante.
Cuenta, cuenta...

Mariquitafantástica
No hay tema ni es interesante.
Uno de nuestros clientes ha tenido un problema y Saúl está en Boston solucionándolo. O eso me ha dicho.
Ah y otra cosa te voy a decir: aunque hubiese tema, ni loca te lo iba yo a contar.
Lo que sí puedo decirte es que el tiempo es pésimo.
¿Sabes que está nevando?
¡Nieva!
Es la primera vez que veo la nieve.
Creo que me he estrenado por la puerta grande.

SaEd13
Entonces no tienes por qué tomártelo así, mariquita.
El chico está trabajando.
Entonces, ¿vas a viajar sola después del mal trago de la última vez?

Mariquitafantástica
...
No, no le he preguntado. Ni voy a hacerlo.
No me apetece hablar con él. Ni de él.

SaEd13
De acuerdo. Aunque si yo fuese tú, lo llamaría.
Está en juego tu salud mental durante muchas horas de viaje.
Además, seguro que está deseando escuchar tu preciosa vocecita algo estridente.

Mariquitafantástica
Uno: no voy a llamarlo. Ya te he dicho que no quiero hablar con él, ¿recuerdas?
Además, me voy en dos horas. Si aún está en Boston, es más que obvio que regreso sola. Eso sería una pérdida de tiempo. Y si ha vuelto a Chicago y no me ha dicho nada... es que... pues

eso, que no soy de esas a las que les gusta interrumpir despedidas.
Dos: y tú qué sabes cómo es mi voz? Lo mismouelto gallos o parezco Manolo en vez de
Manola. Nunca me has oído.

SaEd13

En eso tienes razón.

Pero... volviendo a lo que estábamos. De verdad no me vas a contar el motivo por el que estás tan enfadada con él?

La última vez que hablamos pensabas que...

Mariquitalafantástica

No digas lo que pensaba.

Me equivocaba.

SaEd13

Sabes que soy bueno escuchando, ¿verdad?

Mariquitalafantástica

¿Y?

SaEd13

Has hablado con tu amiga?

Con alguna de las dos?

Necesitas desahogarte con alguien.

Mariquitalafantástica

No, Idaira vive en un mundo de yupi, espirales de orgasmos y arcoíris de felicidad. Además, me daría la brasa y no me apetece.

Y Valeria está algo desaparecida. Hace semanas que no sé nada de ella. Aunque no me extraña.

Es así. A veces se olvida de todos y ni se da cuenta de ello.

SaEd13

Puedes hablar conmigo. Lo sabes.

Mariquitalafantástica

Lo sé, pero no creo que sirva de nada.

SaEd13

No lo sabrás si no lo haces.

Mariquitalafantástica

Qué quieres que te diga? Además de que me vas a amargar la comida.

SaEd13

Qué pasó, mariquita?



Por qué ese cambio de actitud?

Siempre estabas contenta, salvo cuando te conocí, aunque estaba justificado.

Y ahora estás enfurruñada, cabreada y demasiado borde, hasta conmigo.

Mariquitalafantástica

Lo siento.

Está bien, tú ganas.

SaEd13

Soy todo oídos.

Mariquitalafantástica

Tampoco hay mucho que contar.

Te lo advierto ya, no esperes un culebrón.

Es la cosa más típica y más tonta del mundo.

SaEd13

Eso lo decidiré yo.

Mariquitalafantástica

¿Cómo?

SaEd13

Nada, es una forma de hablar. Perdona.

Mariquitalafantástica

De acuerdo.

Por dónde quieres que empiece?

SaEd13

Por el principio??

Imagino que fue el partido. ¿O me equivoco?

Mariquitalafantástica

No, no lo haces.

Bien, te mentí.

Fue alucinante. Increíble. Todo. Todo.

Hasta que se fastidió, también todo. Todo. Todo.



SaEd13

Pero dices que te...

Mariquitalafantástica

Sí, me gustó mucho el beso. Más de lo que hubiese imaginado.

El estómago me dio un vuelco y sentí que podría besarlo cada día y no me cansaría.

SaEd13

Y su ex?

Mariquitalafantástica

A esa ni me la nombres.

SaEd13

Pero estaba ahí, ¿no?

A su lado.

Mariquitalafantástica

Sí... y???

SaEd13

Y el beso te lo dio a ti, ¿no es cierto?

¿Acaso eso no te dice nada?



Mariquitalafantástica

Me siento idiota. Cómo no lo vi venir antes??

SaEd13

QUE SU EX DIJESE ESO, NO SIGNIFICA NADA.

Mariquitalafantástica

¿Me estás gritando?

SaEd13

Te lo estoy repitiendo por quinta vez. Desesperado y esperando que me hagas caso.

Te dije que no era lo que parecía. Dale la oportunidad de explicarse.

Tal vez, te sorprenda.

Mariquitalafantástica

Sabes? Se nota que eres un tío.

Hubo momentos en que lo dudé, ya sabes, por eso de llevarnos tan bien y poder hablar de todo.

Sin embargo, acabas de confirmarlo.

SaEd13

¿Perdona? Que lo dudabas...?? 🙄

Soy un hombre!!

Mariquitalafantástica

Lo sé. Ahora no tengo dudas.

SaEd13

No sé si preguntar... ¿por?

Mariquitalafantástica

Porque si fueses mujer no lo defenderías con tanto ahínco.

Sabrías que cuando un hombre dice: no es lo que parece.

Mentira, es lo que parece.

Y que me lo digan a mí, que pillé a Raúl con la lengua de otra metida hasta el fondo de la

garganta.
Y... ¡¿sabes qué?!
También me dijo eso de «no es lo que parece».

SaEd13

Creo que te equivocas con él.
Quizá fue un malentendido y...

Mariquitalafantástica

Y si sigues intentando convencerme de lo contrario, te juro que te bloqueo y se acabó.
Me caes bien, pero no tanto como para soportar esta condena.

SaEd13

Soy una condena?

Mariquitalafantástica

Saúl lo es!
Y si me hablas de él, también lo eres tú!
No quiero seguir con este tema.
Además, se me va a indigestar el sándwich.

SaEd13

Deseo concedido.
Me callo.

Mariquitalafantástica

Perfecto.

SaEd13

Perfecto

Como imaginaba, Saúl no viaja conmigo. No sé si alegrarme o no por ello. ¿Me apetecía verlo? Sí. ¿Quería verlo? No. Sencillo, ¿verdad? ¡Y un cuernete! Estoy más liada que la sandalia de un romano. No me puedo creer que me hiciese ilusiones de ese modo con él. Si ya Idaira lo dijo todo el día que le puso ese pésimo apodo de DiabloMan.

Prohibido, dijo.

Exacto, prohibido para todas, excepto para Tiffany.

¡Por Dios, cómo la odio!

Con la temblequera y los nervios que me caracterizan cuando me subo a un avión, me propongo pasar las peores quince horas de mi vida. Por suerte, esta vez vengo preparada y me he tomado una pastilla para dormir, así que espero, entre que el vuelo es de noche y la pastillita mágica, no enterarme de nada de lo que pasa en este artilugio durante las siguientes horas.



Llego a casa cansada y con un descontrol de horarios que para qué. Salí de Chicago de noche, he pasado quince horas en el avión y resulta que aquí son las tres de la tarde. Uff, no sé con qué cuerpo me voy a levantar mañana y, tampoco, cómo estaré en un par de días para ir a trabajar.



Mal.

Muy mal.

Dios, me quiero morir. Cómo voy a enfrentarme a un día de trabajo y reuniones con este careto y el *jet lag* más intenso que he tenido nunca.

—Mami, llévame contigo —pido y siento que hasta mi susurro me ha reventado la cabeza.

—¿Preparada? —me pregunta Idaira desde la puerta de mi habitación.

—No. —Y por primera vez desde que me he levantado, siento que no me refiero al hecho de ir a la oficina. ¿Estará de vuelta Saúl?



Pues no. No está de vuelta.

Por fin el día se está acabando ya, porque no, no ha pasado muy rápido y, para colmo, yo me he sentido excesivamente idiota echando vistazo tras vistazo hacia el pasillo en busca de... ¡Nada! No tendría que andar esperando ni buscando nada ni a nadie.

Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si aún estará liado con el asunto de trabajo o es que se estará trabajando a su ex. Resoplo y me levanto del sofá, de donde apenas me he movido desde que he llegado de la oficina.

—Gordi, desde que has vuelto de Chicago no paras de bufar como un toro. ¿Seguro que está todo bien? —Es la décima vez que Idaira me ha preguntado eso y la décima que le voy a contestar que estoy divina.

Sé que no se lo cree, pero me conoce lo suficiente para saber que no debe presionarme. Soy de las que, cuando necesita hablar, habla. Mientras, no me agobies. Aunque, claro, si el tal

Nacho —Nachete según Idaira (son vomitivos)— no estuviese en casa como si viviese aquí, quizá, solo quizá, yo me animaría a hablar con mi amiga.

Voy a la cocina a por un vaso de agua para llevarme a mi cuarto y encerrarme allí hasta el día siguiente, así estos pueden darle al tema sin necesidad de tener espectadores —porque, ¡oye!, ellos no se cortan, van a lo suyo—. De repente, el móvil me vibra en la mano. Lo miro.

Uy, es un mensaje de SaEd13. Hace días que no sé nada de él. Básicamente, desde que llegué del aeropuerto y le garanticé que había pisado tierra y volvía a estar segura. Tardó muuuuuchoo en contestarme y cuando lo hizo, fue algo parco. Otro que es más raro que yo.

Mientras voy hacia mi cuarto y, después de volver a despedirme de la parejita, lo abro.

SaEd13

Me gustaría que nos conociésemos.

—¡La hostia! —grito.

Mi exabrupto viene condicionado por dos cosas. La primera, no me esperaba para nada esa proposición. La última vez que hablamos estaba intentando convencerme de que le diese una oportunidad a Saúl y ¿ahora me suelta esto? Espera, espera ¿y eso significa que vive aquí? ¿En Madrid? ¿Cerca de mí? ¿Y hasta ahora no me lo ha dicho? O, peor aún, yo no le he dicho dónde vivo. ¿Cómo lo ha sabido? Empiezo a cagarme por la patilla. ¿Será verdad y es un acosador loco que tiene más paciencia que un santo?

Y la segunda, y más importante ahora mismo, porque es la más dolorosa, acabo de estamparme contra el quicio de la puerta de mi dormitorio. Iba tan distraída leyendo el mensaje que no me he dado cuenta de que estaba más cerca de mi destino de lo que imaginaba.

¿Lo peor de todo? Que Idaira y Nacho iban hacia el dormitorio de mi compi y lo han presenciado todo de pleno y lleno.

La carcajada de mi amiga no se hace esperar, además de hacerme pestañear para intentar volver a la realidad. Aún no sé si estoy en el limbo por el golpe o por el mensaje. O por las dos.

—Después no quieres que te diga que tu ángel... —empieza, pero se calla cuando la fulmino con la mirada.

—Horas extras. ¡Ya lo sé! Auch... —digo, tocándome el golpe.

—Ese tortazo te va a dejar una marca la mar de bonita en la frente, gordi —me indica con sorna Idaira, que la muy, muy, no disimula ni un poco la risa que le provoca, en vez de venir a comprobar si me encuentro bien y recalcar me que no le debo de caer muy bien a quién sea que se le ha encomendado la misión de velar por mí. O eso, o no sabe hacer demasiado bien su trabajo.

Miro al ligue de Idaira, aunque yo creo que a estas alturas lo podemos catalogar como noviete, y me molesta lo que veo o, más bien, lo que escucho. Nacho se va a partir la caja torácica con tanta carcajada. ¿Qué? ¿Le ha hecho gracia su ocurrencia? ¿O ha sido el porrazo que me he metido? Pues como se entere de que ahora mismo de lo único que siento deseos es de partirle la boca, fijo que se le quitan las ganas de seguir riéndose. Juro que solo con saber que es «el amigo de» el pobre chaval ya me cae mal. Y eso que es majó.

—Muy graciosa —le increpo sarcástica.

—Menos mal que mañana es sábado y no tienes que ir a la oficina —me suelta jocosa. ¡Cómo si eso fuese algo importante ahora mismo!

La miro con cara de pocos amigos y, antes de que pueda decirle algo más, se mete en su habitación.

—Cómo duele. —Me toco el sitio en el que me he golpeado, en el que seguro ya se está

empezando a formar un chichón, y hago un gesto de dolor.

Después, vuelvo a echar un vistazo al mensaje de SaEd13 y me quedo con cara de lela observando la pantalla. Aún no sé qué responder, cómo tomármelo o qué pensar.

Quiero teclear una respuesta, pero mis dedos no me responden.

¿Qué le digo? ¿¡Qué le digo!?

Debería de hacerme la loca y no contestarle.

Me froto la frente con la mano libre mientras sigo dándole vueltas y confirmo que me está saliendo una protuberancia curiosa. ¡Al final Idaira va a tener razón!

Dejo el teléfono en mi dormitorio, me voy al baño y me embadurno la zona enrojecida con crema de árnica. Mi madre dice que es buena para los golpes... y para las picaduras, las heridas, los dolores... Para todo. Yo creo que si la panacea existiese de verdad estaría hecha de árnica, por lo menos, para mi madre.

Con la frente más blanca que la espalda de un guiri en pleno agosto, me vuelvo a mi cuarto. Me siento en posición de indio sobre la cama, tomo el móvil y tecleo una respuesta. No. La borro. Tecleo otra. Sí. La borro. Dudo. Dudo mucho. No soy de las que quedan con desconocidos, aunque, por otro lado, podría decir que me conoce casi mejor que mis amigas. Tal vez estoy exagerando. Podríamos quedar en un lugar concurrido y...

No, no voy a quedar con un desconocido.

Asunto zanjado.



Gruño y me doy la vuelta en la cama. Maldigo a Saúl una y otra vez por volver a colarse en mis sueños. Y no, no son precisamente pesadillas. Ufff, aún me dura el calor. ¿Por qué? Yo aquí sofocada perdida mientras él... ¡vete a saber qué está haciendo él! ¿Estará aún en Boston? Lo veo poco probable. El asunto por el que Tencalent había solicitado su presencia no parecía tan grave como para requerirlo allí durante una semana, que es el tiempo que ha pasado desde que me dejó sola en Chicago, con solo un «Sofía, me marcho unos días. Hay un asunto importante que atender con uno de los socios de Tencalent. Espero no tardar. ¿Podrás ocuparte de todo?». Me limité a asentir y ¡listo! No volví a verlo, salvo en la pantalla del ordenador.

No puedo seguir de este modo. Mi abuela decía algo así de que con un palito se saca un clavito... O algo parecido. Vale, el clavo tengo claro quién es. Ahora solo tengo que plantearme: ¿Quién quiero que sea el palito?

Sin pensármelo mucho, tecleo rápido. Me importa un comino la hora. Si lo despierto, mala suerte. Yo también estoy desvelada y no quiero. Él, al menos, va a tener la respuesta que buscaba.

Mariquitafantástica

De acuerdo.

Me has convencido.

Aunque digo yo que antes estaría bien que me dijese tu nombre y me enviases una foto.

¿No crees?

Después de pulsar *intro*, vuelvo a arrepentirme de inmediato. Intento borrar el mensaje de nuevo y... ¡NOOO! Las palabras «en línea» me confirman que acabo de despertarlo y que no hay vuelta atrás. Lo ha leído. Ya no puedo borrarlo. Me siento mal cuando releo lo que le he puesto. Puede que crea que soy demasiado superficial. Seguro que piensa que quiero saber si es

un coco suizo o no. Pero no es eso lo que me preocupa. Lo que quiero ver es si tiene cara de estar volado de la cabeza o de asesino en serie. ¿Lo será? No lo de coco malayo, sino lo de asesino. Hoy día no sabes con lo que puedes toparte.

SaEd13

¿Y acabar con la magia del momento?

Creo que prefiero verte la cara en vivo y en directo.

Lo que yo decía. ¡Es un coco! ¡O un loco! ¡O las dos! ¡Es un pirado, asesino, que acecha de forma *online* a sus víctimas porque es tan poco agraciado que de otro modo nadie se acercaría a él!

«Menudas historias te montas, Sofía», me digo, para intentar calmarme.

Comienzo a teclear y sé que me voy a arrepentir. De hecho, ya lo estoy haciendo.

Mariquitafantástica

De acuerdo. Pero el sitio lo elijo yo.
Y habrá mucha gente, te lo voy advirtiendo.
Nada de esquinas solitarias o lugares que puedan ocasionar confusión y...

SaEd13

De acuerdo. Me parece perfecto. 😊
Dónde tú digas.
Tú mandas.

Mariquitafantástica

Eso espero.
Al igual que espero no haberte despertado. Lo siento.
No son horas en enviar un mensaje.

SaEd13

Puedes estar tranquila.
Ah, y no, ni soy un asesino en serie.
Ah, y no, no me has despertado, estaba despierto. Lo que me extraña es que lo estés tú a esta hora.
¿Has salido de marcha?

Mariquitafantástica

Oye, asesino no, pero sí telépata, ¿verdad?
¿Marcha yo? Eso qué es...???
Qué va. Me he desvelado con un... una pesadilla.

SaEd13

Jajaja.
Ya sabía yo que te montarías una película de ese tipo.

Mariquitafantástica

Ah, y tampoco te molestes en comprar condones. No voy a acostarme contigo.
Mejor que lo vayas sabiendo desde ya.

SaEd13

Me rompes el corazón, mariquita. 😞
Aunque, de acuerdo. Acepto. No es lo que busco.

Mariquitalafantástica

Y entonces?? Qué buscas??
Yo lo digo de todos modos, por si las moscas.

SaEd13

Hablar, solo hablar.
Y, por supuesto, por si las moscas...

Mariquitalafantástica

Solo quiero dejar claros los términos de esta no cita.

SaEd13

Me quedan claros.
No cita.
Captado.
Puedo hacerte una pregunta?

Mariquitalafantástica

Dime.

SaEd13

¿Has accedido a quedar conmigo porque te apetece o por lo que te sucedió con Saúl?

Mariquitalafantástica

¿Puedo pedir el comodín del público?

SaEd13

Sé sincera.

Mariquitalafantástica

Por las dos.
No te voy a negar que no puedo sacarme a Saúl de la cabeza. Eso sí es verdad.

Una verdad que me molesta más que un juanete enquistado.
Me iba mejor cuando pensaba que me caía como lo que es ahora.

SaEd13

¿Y qué es, exactamente?

Mariquitalafantástica

Un grano en el culo.

Uno que me quiero quitar, pero temo que, si lo hago, me duela demasiado.

SaEd13

Las comparaciones no son lo tuyo, eh?

Mariquitalafantástica

Nada de esto es lo mío, así que date con un canto en los dientes.

Me caes bien y me apetece pasar un rato divertido, charlando y desconectando.

SaEd13

Sí, hablar, eso espero, que hablemos.

Mariquitalafantástica

...???

SaEd13

A qué viene eso? 😞

Mariquitalafantástica

A qué ha venido lo tuyo?

SaEd13

Pues es fácil: no vamos a estar todo el tiempo mirándonos a la cara, ¿no te parece? 😊

Mariquitalafantástica

Claro, claro.

Disculpa.

Es la primera vez que hago esto con un desconocido.

SaEd13

No soy un desconocido.

Mariquitalafantástica

¿Qué dices?

Pero si ni siquiera me has enseñado una foto tuya.

SaEd13

No soy fotogénico.

Además, cambiaría algo el hecho de que fuese rubio o moreno? Ojos azules o verdes?

Mariquitalafantástica

No.

SaEd13

Pues por eso.

Yo no necesito verte.

Ya te imagino bastante.

Mariquitalafantástica

¿Perdona? 😬

Rectifico: borra de tu mente eso de que nos íbamos a ver.

Me acaba de dar yuyu eso que has dicho.

Paso.

SaEd13

Joder, hay que ir de puntillas contigo.

Todo te lo llevas al lado que no es.

Es un modo de hablar.

Ya deberías conocer mis chistes.

Mariquitalafantástica

¿Los que tienen que ver conmigo y que no me hacen gracia?

SaEd13

Pues igual que los que tú me cuentas a mí!

Mariquitalafantástica

Eso es cierto.

SaEd13

¿Nos vemos el sábado entonces?

Mariquitalafantástica

¿Mañana? 😏

SaEd13

No, el próximo sábado.

En estos momentos estoy de viaje por trabajo.

Y hasta el viernes no estaré de vuelta.

¿Quedamos para entonces?

Mariquitalafantástica

Vale, sábado.

SaEd13

Envíame la dirección y la hora.

Lo dejo a tu decisión.

Mariquitalafantástica

Ok 😏

SaEd13

Y no vale arrepentirse.

Mariquitalafantástica

Eso no te lo garantizo.

SaEd13

Gracias por darnos esta oportunidad.

Mariquitalafantástica

Eh, para el carro, intensito.

No empieces con tus zalamerías y tus ideas sacadas de Shakespeare.

SaEd13

Jajaja.

De acuerdo.

Me has cogido en un momento de bajón y tu mensaje me ha alegrado lo que resta de día.

Mariquitalafantástica

Día? Dónde estás?

SaEd13

En un puto infierno.

Mariquitalafantástica

Te compadezco.

SaEd13

Gracias.

Tengo que dejarte.

Vamos hablando estos días y...

Mariquitalafantástica

Y??

SaEd13

Te veo el sábado.

Estoy deseando que...

Mariquitalafantástica

Calla, no lo estropees, que me arrepiento antes de tiempo.

SaEd13

Como quieras.

Un beso. 🤔

La semana pasa muy rápida (los nervios de la no cita del sábado no me sientan bien) y muy lenta a la vez, porque me cuesta horrores estar en la oficina sin verlo deambular de un lado a otro. ¡Con lo que he criticado sus idas y venidas, y ahora las echo en falta! Además de eso, resulta que sé que el imprevisto que tenía que solucionar en Boston está finiquitado y, desde el viernes, Saúl vuelve a estar en Chicago. ¡Blanco y en botella! No hace falta ser muy lista para darse cuenta de lo que sucede. ¿Y cómo puedo estar segura de eso? Pues por Idaira, que se entera de todo. De acuerdo, se lo ha contado *Nachete*, entiéndase el retintín. Mi amiga no sabe nada de lo que pasó en el partido. Ni se lo voy a contar tampoco, por descontado. ¡Lo que me faltaba! Ya me la imagino montándose historias a lo grande y dándome la brasa a cada rato cuando yo lo que más quiero es borrarlo de mi mente, a ver si así dejo de sentir todo esto que me oprime por dentro. Quién me lo hubiese dicho, ¿verdad?!

Me he pasado los días redactando los contratos para los Nakamura, que finalmente aceptaron una de las propuestas, y para los Müller y Fisher, por lo que su imagen no se va de mi cabeza. Su nombre aparece en cada archivo y parece que todos se han puesto de acuerdo para venir a preguntarme si lo he visto. ¿Acaso tengo cara de ser su secretaria? Para más inri, me he reunido varias veces con el señor Falcón, que me mira como si supiese un gran secreto. ¿Le habrá contado algo Saúl? Espero que no. Qué vergüenza. Esa incertidumbre me pone de los nervios. Y ya sabemos qué pasa cuando me pongo nerviosa: que me vuelvo patosa. En la primera de las reuniones di un tropezón antes de entrar al despacho que casi me cuesta dos dientes, los cuales aún me duelen. En la segunda, apreté con tanta fuerza la pluma que me prestó mi jefe que le rompí la punta y lo puse todo pringado de tinta negra. En la tercera, nos entró una videollamada de mi compañero, algo que no me esperaba. Cuando lo vi y escuché su saludo, tan efusivo y alegre, me salió el agua hasta por la nariz. Y podría seguir enumerando, pero es mejor que le eche ya el cerrojo a la puerta de la vergüenza y me aleje de puntillas para que no me oiga.

—Gordi —me llama Idaira, abriendo la puerta de mi dormitorio y haciendo que deje de pensar en cómo ha sido de extraña mi semana de trabajo.

Me giro y la miro frunciendo el ceño. No sé cómo decirle que, mientras su *amiguete* Nachete esté por casa, llame antes de abrir. ¡¿Y si me pilla en bolas?! Pero nada, oye, no hay manera.

—¿Qué pasa? —le pregunto, mirándome de nuevo en el espejo.

—Nada. Solo venía a despedirme y desearte suerte —me suelta, moviendo las cejas de un modo que no sé entender—. Oh, venga, Sofía. Alegra esa cara, que no vas de velatorio. —Suspiro.

Se supone que llevo más de una hora arreglándome para mi no cita con SaEd13. Y si tengo que ser sincera conmigo misma, he de decir que no me apetece nada de nada. Me he arrepentido de lo lindo. Lo único que quiero es ponerme el pijama calentito y hacerme una maratón de series en Netflix. Estoy agotada. Y encima, a eso le sumamos que llevo toda la semana soñando con cierto impresentable que se está pegando la vida padre en Chicago, retozando con su ex, mientras que yo estoy aquí despertándome cabreada como nunca antes y, además, con un calentón día sí y día también.

—Quítate ese vestido —me dice, acercándose por detrás—. De verdad parece que vas a un entierro. Ponte el rojo —me sugiere, abriendo el armario y sacándolo.

—¿Estás loca? Mira qué escote. Es diciembre, paso de pillar una pulmonía —replico, porque

no, no voy a ponerme un vestido que me regaló ella en un patético intento de que me fuese a un cotillón de fin de año. Ni de broma me meto yo en un local atestado de gente sudada, borracha y que no paran de rozarse conmigo. Ay, qué asquito.

—Con ese, mojas seguro, Sofía —añade.

—NO quiero MOJAR. Es que ya no sé cómo explicártelo —le contesto, más molesta de lo que debería. Pero es que esta situación me está generando mucho estrés. Y el estrés y yo no somos buenos compañeros.

Idaira echa un vistazo hacia la puerta; luego, va hacia ella y la cierra.

—Sofía. —Me mira muy seria, sentándose en la cama y palmeando en el colchón para que me ponga a su lado—. Hazme caso por una vez en tu vida y ponte el vestido rojo. Te quedará divino con la chaqueta blanca. Y tacones. Ponte tacones. Bueno no, no vaya a ser que te tuerzas un tobillo, ya sabes que...

—Ya, ya sé. Las horas extras y blablablá. —Hago como que es mi mano la que parlotea y mi amiga me da un golpe para que deje de hacer el idiota.

—Sofía, gordi, me tengo que ir. Nacho y yo hemos quedado para ir a cenar con sus padres y no quiero llegar tarde a la presentación oficial, pero túúú... ¡ponte el vestido rojo! —me ordena antes de darme un abrazo, porque mira que es pesada con los toqueteos (aunque jamás le diré lo mucho que me gusta que lo sea) y se va.

Me quedo sentada en la cama observando el vestido que Idaira me ha sugerido con bastante contundencia. Tampoco es que sea algo demasiado provocativo. Tiene un buen escote, eso sí, pero es verdad que con la chaqueta se disimula. Es estrecho y a medio muslo, que es justo lo que no me gusta. No soy de las que enseñan las piernas, al menos, no de la rodilla para arriba.

«Con ese, mojas seguro», me ha dicho.

«¿Un revolcón?».

«¿Busco un revolcón?», me planteo.

No. No. No.

Creo tenerlo claro hasta que me viene a la cabeza la imagen de la Barbie Malibú pasándoselo pipa con el Ken ojos verdes en su nidito de amor. ¡Anda y que les den! Es hora de sacarme a este impresentable de la cabeza y si para conseguirlo tengo que hacer una locura que jamás pensé que haría... ¡Allá vamos, Sofía!

—Sí, el rojo será perfecto.



Llego al restaurante en el que hemos quedado. He escogido uno que me gusta mucho y, además, siempre está hasta arriba y es imposible comer en él si no tienes reserva. Justo lo que yo buscaba: un sitio plagado de gente. Mientras espero a que el chico me atienda, no paro de revolverme las manos en los bolsillos de la chaqueta. No puedo remediarlo. Me siento culpable por usar a SaEd13 para que me quite las penas que el otro me ha provocado. Bueno, quien dice penas, dice insatisfacción. Pero ¿qué le voy a hacer...? Además, tampoco es que vaya a obligarlo, seguro que está más que dispuesto, aunque me dijese lo contrario.

En fin, no hay que darle tantas vueltas.

Ya está decidido.

¡Así de injusta es la vida!

Mi *historia* con Saúl tiene fecha de caducidad y esa es hoy. No voy a pasar malos ratos por ningún tío y, aun menos, por uno que se pasa por las pelotas lo que...

«Lo que nada, Sofía. No habéis tenido nada, salvo un beso que te plantó para darle celos a su

ex», me replico a mí misma.

—Buenas, tengo una reserva a nombre de Sofía Díaz —le digo al camarero cuando se acerca.

He llegado diez minutos antes porque la reserva estaba a mi nombre y no he querido decírselo a SaEd13 hasta que lo tenga frente a frente. Le dije que cuando yo llegase, informaría de que esperaba a una persona más, de ese modo no teníamos que compartir más información privada de la necesaria. Aun así, solo pienso confesar el de pila, nada de apellidos. Por si las moscas. Aún dudo de vez en cuando eso de que no sea un asesino en serie en busca de jóvenes locas y desesperadas que se citan con desconocidos por despecho.

El chico lo confirma en el libro de registro y después me indica que lo acompañe.

Me bajo un poco el vestido mientras camino hacia la mesa. Tengo la impresión de que voy a enseñar el trasero en una de estas.

¡Qué mal rato estoy pasando y eso que aún no ha empezado la noche!

Cuando levanto la vista del suelo, doy un traspies que casi me rompe el tacón al darme cuenta de que esto está lleno y no hay ni una mesa vacía.

¿Pero cómo...?

NO ha podido llegar aún.

NO sabe mi nombre.

Cuando el muchacho se detiene a un metro escaso de la que se supone que es mi mesa, casi me da un chungo. Ahí ya hay alguien sentado.

Y yo conozco a ese alguien.

NO puede ser.

«No. No. No».

Me quedo parada justo a su espalda. Mis piernas no reaccionan. Me tiemblan. El enfado comienza a hacer ebullición en mi interior y siento que me va a salir el humo hasta por las orejas. Y, entretanto, él alza la mano, tan tranquilo, y toma un sorbo de su copa de agua.

No sé si es porque detecta mi presencia o si, tal vez, he dado un grito de la impresión, el caso es que Saúl se gira hacia mí.

—Hola, Sofía —me dice, mostrándome la sonrisa más perfecta que existe.

—¿Qué-qué...? —tartamudeo como una idiota—. ¿Qué haces tú aquí? —pregunto, cuando vuelvo a recuperar la compostura.

—Hemos quedado —me contesta. Así, tan pancho. ¡¿Pero este de qué va?!—. Estás preciosa, por cierto. —¡Qué zalamero! ¡Lástima que no le sirva de nada!

«Que te resbale todo lo que te diga, Sofía. Como si fuese aceite. Pasa de él y de su culo», me digo para motivarme y darme ánimos.

Hace amago de incorporarse y yo levanto la mano para que se detenga. ¡Que no se me acerque!

—Yo no he quedado contigo, Saúl. Tú... Tú... —Veo desde mi lugar cómo, ignorando mi advertencia, se levanta y se acerca a mí. Al darme cuenta de sus intenciones, levanto la mano un poco más para que se quede donde está. He dicho: ¡que no se me acerque!

—Tenemos que hablar, por favor.

Esas palabras me hacen reaccionar y traen a mi mente todo lo que vivimos hace dos semanas en Chicago. ¿Hablar? Claro que tenemos que hablar, pero no de lo que él cree.

—¿Lo sabías? —pregunto de forma retórica, ya que la respuesta es obvia.

Cuando asiente, mi enfado crece.

Creo que Saúl se da cuenta de ello, porque alza las manos de inmediato en un gesto tranquilizador.

—Déjame que te lo explique —me pide, y mira hacia los lados, donde las mesas adyacentes comienzan a mirarnos de reojo.

—¿Desde cuándo? —Me da igual lo que diga, voy a descubrir lo que quiero y me marcharé de aquí.

¡Maldito vestido de las narices! Ya sabía yo que no era buena idea ponérmelo.

—Desde el día que... En la sala de descanso. Por eso estuve ausente varios días.

Sí, me acuerdo de ese momento. Ese en el que le conté cómo había ido mi jornada en el trabajo y Saúl, que estaba ahí, en el sofá, bien repantingado, se incorporó de un salto y se largó. La impresión, supongo. Aunque ya no sé si creérmelo o no. Ha resultado ser un mentiroso de categoría. ¿Quién me asegura a mí que no me está mintiendo ahora?

—Me voy —le digo, girándome en el sitio—. No...

Me callo cuando siento que Saúl me toma de la muñeca para que me detenga. Ese simple roce hace que me recorra un escalofrío que ya empezaba a añorar. Niego con la cabeza, pero no me muevo.

—Las cosas no son como tú piensas, Sofía. No tenía ni idea antes, pero... Ahora lo sé. SaEd13 lo sabe.

Sigo negando una y otra vez. Intento no escuchar lo que me dice, aunque es imposible. En este momento siento un debate interior que no sé cómo acabará. Me giro y, al hacerlo, se ve obligado a soltarme. O eso o me parte la mano, así que creo que él lo ha visto bastante claro. Acabar la noche en urgencias no le ayudará a sumar puntos conmigo.

—Te conté muchas cosas. ¡Te hablé de ti! —Mi tono de voz se va elevando, la pareja de nuestro lado ya ha dejado hasta de disimular y nos mira muy atenta, expectante—. ¡¡Te has estado riendo de mí todo este tiempo!! —Y ahora sí grito. Me da igual dónde estemos o quién nos mire—. ¡¡Y encima tienes la cara dura de decirme que las cosas no son como yo creo!! —Asiente, tranquilo. Y yo noto cómo mis ganas de darle de hostias se van incrementando—. Me da igual en qué esté equivocada. No quiero saberlo. Me has mentido y no hay nada que justifique eso. —Y me vuelvo de nuevo.

En esta ocasión, él no me detiene y, por eso, comienzo a caminar hacia la salida. No he dado más de tres pasos —sí, los he contado—, cuando...

—¡Estoy enamorado de ti, Sofía!

Y eso sí es más efectivo que su mano, porque consigue que me detenga en el acto.

Escucho a mi alrededor comentarios del tipo: «Uhhh», «Pobre», «Las mujeres sois todas iguales» y un largo etcétera que no voy a nombrar, sobre todo, porque un zumbido empieza a palpar en mis oídos y no me deja concentrarme en nada que no sea ese incesante «píííí» que me está perforando el tímpano.

Me quedo quieta, en el sitio, sin moverme... intentando procesar lo que me ha dicho. Y entonces pasa por delante de mí una camarera con una larga melena rubia que... que me recuerda a... a...

Me giro hacia él y... ¡Estallo!

—¡¿Enamorado de mí?! ¡¿Desde cuándo?! ¡¿Antes o después de tirarte a tu ex?!

—Esto se pone interesante —dice el chico de la mesa de la izquierda y yo le lanzo tal mirada que él se vuelve hacia su plato de cuscús, aunque sé que lo hace solo para disimular, no tiene intención de desviar la atención de nosotros.

—¿Podrías dejar de gritar, sentarte y dejarme que te cuente lo que pasó? —Niego. Él suspira, resignado—. ¿Por qué eres tan cabezona, Sofía? Todos no somos como Raúl. Y sí, antes de que digas nada: no, no fue lo que creíste.

Sigo negando mientras lo escucho o, mejor dicho, intento no escucharlo. En un acto de desesperación, echo a correr, a riesgo de partirme la crisma con los tacones, y abandono el restaurante con las lágrimas luchando por escapar y el corazón a punto de salirse del pecho.

Cuando me da el aire frío de la calle, me detengo. Respiro hondo varias veces y pestañeo para eliminar de los ojos esa agüilla que me está molestando. De repente, siento el calor de una mano —SU mano— agarrándome de nuevo por la muñeca. Voy a decirle algo, juro que tengo intención de hacerlo, pero... Saúl me da un tirón, me pone frente a él y, sin darme oportunidad de hablar, pega sus labios a los míos.

Sé que voy a ceder en el mismo instante en que siento la calidez de su boca, el suave y delicado movimiento de sus labios y las caricias que sus dedos, que ignoro en qué momento me han soltado, me están prodigando en el rostro. De acuerdo. Soy débil. Lo sé. No tengo fuerza de voluntad. Pero eso es algo que ya sabía antes de que esto sucediese.

Al principio, creo que tuve o quise tener la intención de golpearlo en el pecho para que me soltase, sin embargo, en el camino hasta sus pectorales, parece ser que mis manos han *perdido* el rumbo, la fuerza y las ganas, y lo único que han hecho es colocarse con cuidado sobre la fina tela de su camisa y deleitarse con lo que sé que hay debajo y que no he podido catar, salvo en sueños. Ahí sí, ahí sí he catado. ¡Y cómo lo he hecho!

Juro que no quería corresponderle —entiéndase la complejidad del asunto—. Pero lo hago. ¿Por qué? Pues porque soy tonta, porque me gusta, me trae loca, porque todos mis «principios» se van a pique cuando se refieren a él y, encima, me ha confesado que está enamorado de mí. ¡Esa es la verdad! Aún me ronda un poco la mínima duda de... de... ¿y si, quizá, todo era una mentira, una excusa, una...? ¡Una nada! No me diría eso si no fuese cierto. Y, mucho menos, a voz en grito en medio de un restaurante lleno de testigos, ¿verdad? O eso quiero creer yo. Y, al fin y al cabo, es lo único que debe importarme ahora. Dicen que nunca es tarde si la dicha es buena y yo... yo creo que es el momento perfecto para...

Suspiro.

—Entiendo que estés enfadada, de verdad. Tienes todo el derecho del mundo a estarlo —me dice, sin separarse de mis labios. Después, me da otro beso. Un poco más casto, pero que me mantiene igual de ocupada. Imagino que quiere impedir que abra la boca, al menos, para hablar—. No me acosté con Tiff. Se metió en mi cama y la eché. Te lo juro por lo más sagrado, Sofía. Créeme.

—Estabas en su casa en vez de conmigo. Eso es lo mismo —replico, sin abandonar su boca.

—Es mi casa, Sofía. Bueno, la de mi madre. Tiff vive ahí de alquiler.

¿Alquiler? ¿Y por qué nunca me lo dijo? ¿O por qué no se me ocurrió antes? Tan lista para unas cosas... Uy, ese tema me interesa. Y ahora sí que me alejo un poco de él. Muy poco, ¿eh? Saúl frunce el ceño, pero al ver que no hago ademán de correr ni salir huyendo, parece relajarse.

—¿Qué has dicho?

Sonríe al ver que, efectivamente, no voy a irme despavorida y que le estoy dando la oportunidad que me ha pedido. Puedo ver en su cara que se siente satisfecho de haber captado mi atención con algo que no sean sus besos. Me toca la boca con el dedo pulgar mientras espero a que él deje de hacer honor al apodo que le puse y me explique un poco más de qué va todo esto.

—¿Te parece si volvemos dentro y aprovechamos la reserva que tenemos? —me sugiere.

—¿Me lo contarás todo? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Saúl asiente, sonríe y me pasa la mano por la cintura para indicarme que entremos de nuevo al restaurante, donde los comensales que han observado nuestra escenita empiezan a aplaudir al vernos llegar. ¡Menudo espectáculo! Creo que no he pasado tanta vergüenza en los días de mi vida. Y para rematar la faena, Saúl me atrae hacia él y me planta un besazo de película en medio del pasillo, lo que origina que alguno que otro empiece a lanzar gritos a los «unga unga». Vamos, lo habitual cuando Saúl está presente.



Menudos tres meses desperdiciados los que nos hemos pegado pensando, al menos yo, que ninguno tragaba al otro, cuando, en realidad, él se sentía atraído por mí y yo por él, pero no quería reconocerlo. ¿Mi relación con Raúl? Hace tiempo que entendí que fue un vano intento de mi subconsciente de intentar alejarlo de mi mente, porque... ¡ya ves lo bien que me tomé lo de los cuernos! Y, sin embargo, el solo hecho de imaginar que Saúl hubiese podido compartir fluidos con la Barbie Malibú me provocó, y provoca, una indigestión tras otra, un sarpullido constante, molesto y agresivo, un... vamos, un agujero en el pecho más grande que el de la capa de ozono. Y eso solo puede significar una cosa. Como ya he dicho antes: ¡Blanco y en botella!

Después del numerito que hemos montado en el restaurante, cenamos como dos personas civilizadas. Saúl comienza a contarme que no es capaz de decirme en qué momento pasó de no querer verme ni en pintura a necesitar pasar por delante de mi escritorio a cada rato. También, que se sentía imbécil cada vez que decía o hacía algo porque yo siempre me lo tomaba a mal y que, encima, creía que todo lo que me pasaba a causa de los nervios —es decir, las horas extras de mi ángel de la guarda— eran, precisamente, porque su presencia me incomodaba, me alteraba, aunque del modo equivocado. Decidió entrar en la *app* de citas porque estaba cansado de sentir mi desprecio.

—Mi intención era la de conocer a alguien, echar un par de polvos y probar a ver qué pasaba —me dice, soltando el tenedor sobre el plato.

Sí, señor, la sinceridad ante todo.

Sin embargo, la casualidad o el destino, llámalo como quieras, hizo que coincidiéramos y, tal y como comprobamos ambos, congeniamos muy bien. Al menos, con una pantalla de por medio.

—Cuando descubrí que eras tú, no supe qué hacer. Me había registrado ahí para olvidarte, Sofía... y, otra vez, te colabas en mi cabeza. ¿No lo ves? Porque yo sí lo hice. Era una nueva oportunidad. Quizá, la última que se me presentase. No podía dejarla pasar, no podía ignorar que se me estuviese ofreciendo en bandeja de plata y yo lo desperdiciase. Fue entonces cuando decidí ir a por todas. Sé que no estuvo bien disimular y hacerte creer que era otra persona, pero... eras tan diferente cuando hablabas por la aplicación. Te sentía a ti. Eras tú. Me la jugué. Todo o nada. ¿Qué podía perder? Total, si no me aguantabas de todos modos.

—Pues sí, sí que te lo pensaste. Tardaste días en dar señales de vida —le recrimino, todavía molesta por esos días de incertidumbre.

Saúl se ríe, se echa hacia delante en la mesa y me toma la mano con la suya, entrelazando nuestros dedos.

—Me impactó mucho, Sofía. Y quería hacerlo bien. Conquistarte. Aunque al final fui yo quien lo hizo, no él.

No puedo evitar sonreír, porque es cierto, tanto que se lo estaba currando el pobre y, al final, fue él y solo él, con sus gestos cariñosos, sus palabras y sus ánimos quien se metió muy dentro.

—Siento si te hice sentir lo contrario en Chicago. Me puse muy nerviosa cuando vi que tendríamos que compartir habitación, porque... —dudo. A mí me cuesta mucho más que a Saúl hablar de mis sentimientos— porque me ayudaste tanto en el avión que empecé a confundirme, o eso creía yo, y luego apareciste en bolas, con esa minitoalla que casi ni te tapaba el culo y yo...

—Empiezo a ponerme nerviosa, lo sé, lo noto—. Saúl, creo que mi inconsciente me hizo un llamado de atención: o me ponía borde y te alejaba, o caería sin remedio. No soy buena hablando de estos temas, no estoy acostumbrada, no lo he hecho nunca con nadie y... ¡ya sabes lo que pasa cuando me pongo nerviosa! —exclamo, y él se ríe y me da un apretón de manos.

—Fue mejor así. Tú no estabas preparada y yo te tenía demasiadas ganas, Sofía. —Me pongo roja, pero roja, roja. ¡Como un tomate maduro! Las mejillas me arden. ¿En serio ha dicho eso? ¿Me tenía ganas?—. El día que te dejé sola en el paseo en barco, Diego me llamó para ver si podíamos quedar antes del partido, siempre que viajo a Chicago tenemos una quedada de hermanos, y cuando escuchó el cabreo que tenía me pidió que lo esperase, que iba al hotel a verme, como ya te dije, vive muy cerca de allí. Estuvo en la habitación y me aseguró que me equivocaba haciendo las maletas, pero no lo escuché. Después, cuando te conocí, me incitó a que siguiese intentándolo. Te veía receptiva, me dijo.

—Y le hiciste caso —concluyo.

—Es dos meses mayor que yo, así que... él sabe más. O eso me dice siempre.

Me echo a reír y, antes de que pueda decir algo más, el camarero nos interrumpe para preguntarnos si puede retirar los platos y si deseamos tomar postre. Cuando se ha ido, hago la pregunta que tanto ha rondado mi cabeza durante estos días, la que me ha martirizado como si fuese un potro de tortura y la que he intentado alargar porque no quería que me sentase mal la cena.

—¿Y Tiffany? —Y antes de que pueda contestar, añado—: Es una arpía, que lo sepas. Una señora arpía. Voy a cambiarle el mote de Barbie Malibú a Barbie Arpía... No, espera, esa es la novia de tu hermano. ¡Menuda tía más petarda e insoportable! No entiendo cómo Diego la soporta.

Saúl rompe a reír a carcajadas mientras va escuchando mi diatriba, hasta que me doy cuenta de que estoy desvariando y que el cómo sea o deje de ser Mirella no viene a cuento ahora mismo.

—Salimos juntos durante cuatro años —empieza.

—¡¡¿Cuatro?!! Por Dios, estoy a punto de levantarme e irme. Se me acaba de caer un mito. ¿Cómo porras aguantaste a semejante idiota tanto tiempo?

—Pues igual que tú saliste con Raúl pensando que era muy mono... —me replica, imitando mis palabras. Vale, ahí le ha dado.

—Disculpa. Continúa —le pido.

—La conocí en el máster y enseguida nos fuimos a vivir juntos. Ella no se llevaba bien con sus padres y yo tenía la casa de mi madre, que hacía años que estaba cerrada, porque no quería venderla por si yo decidía regresar a Chicago. Cosa que hice. Fue nuestro nidito de amor durante los dos años que duró el curso. Después, le dije que volvía a España y le pedí que se viniese conmigo. Aquí trabajaríamos juntos en la empresa de mi padre, por lo que tendríamos mucha más estabilidad. Se negó. Ella tenía allí su trabajo y no quería perderlo. Le gustaba, o eso alegó. Me pareció normal. Lo respeté y continuamos con lo nuestro a distancia. Entonces fue cuando hice más kilómetros que Willy Fogg. Iba a Chicago cada vez que podía, porque ella jamás pisó España. —Escucho con atención, haciendo un continuo movimiento de cabeza—. Estaba agotado de esa situación. Se lo dije, lo hablamos, pero ninguno de los dos quería dejar lo que tenía, así que rompimos. El día que nos cruzamos en el aeropuerto regresaba de eso, Sofía, de ahí mi mal humor. Pillé un vuelo con escalas que no tenían sentido y me pegué más de veinticuatro horas viajando. La pagué contigo. Esa es la verdad.

—*Touché*.

—Hace menos de un mes que me pidió regresar. Y yo me negué. Hay otra, le dije, y no le sentó nada bien.

—¿O-o-otra?

—No podía volver con Tiff viéndote cada mañana a ti. Sería engañarla a ella y engañarme yo. Abro los ojos de par en par y juro que, en este instante, me levantaría y me lo tiraría en el

baño del restaurante. No lo voy a hacer. Obvio. Pero es que... ¡es tan mono! Vale, eso no, que mira cómo me salió el otro mono. Ya le buscaré un calificativo cuando mi mente deje de cortocircuitar a un nivel que nunca antes lo ha hecho.

—¿Y cómo supo...?

—¿Que eras tú? Diego se lo contó a su novia y ella a Tiffany. No sé en qué cojones pensaba mi hermano. ¿Acaso no sabe que esas dos son íntimas? Me aseguró que solo se lo había dicho porque le pedí que me consiguiera otra entrada y Mirella solo quería saber quién vendría con nosotros. Imagino que entonces se lo contó a su amiguita y esta decidió colarse en el partido, en el que, por cierto, no veas la lata que me dio. Yo solo quería aprovechar el tiempo contigo y ella venga a interrumpir. ¡Venga a interrumpir! —termina, poniendo los ojos en blanco.

Sonrío. Volvemos a guardar silencio cuando el camarero se acerca a la mesa. Me pone el postre delante y a Saúl el café que ha pedido.

—Gracias —le digo al chico antes de que se retire—. Pero eso no explica cómo acabó en tu cama —inquiero, y no sé por qué, pero me envaró en la silla.

—No terminó en mi cama, Sofía. Créeme. —Asiento y meto la cuchara en el trozo de tarta de chocolate blanco. Voy a endulzarme un poco a ver si se me calma la mala hostia repentina que me ha entrado al recordar la escenita en la recepción del hotel—. Busqué hoteles por la zona y todos estaban completos. No iba a quedarme con Diego más tiempo, porque no soporto a Mirella ni tampoco cómo lo trata. Si lo hacía, iba a discutir con ella, como siempre pasa cada vez que estamos juntos más de... ¿cinco minutos? Así que Aiko, el primo de Tiff, que se mudó con ella justo cuando me marché, me recordó que mi habitación seguía sin ocupar.

—Y pensaste que sería una buena idea —añado.

Rezo para escuchar un «No» grande, rotundo y hermoso para mis oídos.

Saúl niega.

¡TOMAAAA!

—No, sabía que era nefasta, pero sí la más efectiva y la que menos me complicaba. La noche del partido me costó muchísimo dejarte sola; de hecho, sopesé varias veces quedarme a dormir en el sofá, hasta que lo descarté porque no sabía cómo te sentaría a ti.

Frunzo el ceño al oírlo.

—Saúl, acabábamos de pegarnos el lote delante de miles de personas, creo que era más que evidente que eso hubiese sido mejor que irte a pasar la noche a casa de tu ex.

—Eso lo sé ahora. —Y puedo darme cuenta de que, de verdad, se arrepiente de no haberlo pensado mejor, porque por culpa de ese incidente, todo se fue al traste—. Cuando llegué, Aiko aún estaba de fiesta con el resto, pero Tiff estaba allí. Había ido a cambiarse de ropa después de tu *regalito*. —Sonrío al recordar la potada que le eché encima—. Me fui a mi cuarto y me acosté. No sé la hora que era o cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando la sentí meterse debajo de las sábanas. El resto, ya te lo imaginas. La eché. Me gritó. Intenté mantener la calma, explicarle la situación. Me gritó otra vez. La volví a echar. Me gritó de nuevo. Y, por último, la cogí del brazo y la puse de patitas en el pasillo. Creí que se lo había dejado claro.

—Te aseguro que no fue al hotel con tu neceser con intención de hacer una obra de caridad —le indico, porque tonta no soy y sé que esa se coló allí con la clara intención de crear discordia entre nosotros. Y lo hizo. Vaya si lo hizo.

—Lo sé.

Decido que, por el momento, no quiero saber nada más de la Barbie Malibú, alias Arpía Celosa, así que dejamos aparcado el tema. Después de eso, Saúl me cuenta lo de Boston y que a su vuelta de nuevo se quedó en esa casa unos días. No había billetes de avión desde Boston en

menos de tres semanas, así que compró uno desde Chicago, por lo que volvió a su ciudad natal. «Un puto infierno», me había dicho SaEd13, aunque lo que yo ignoraba en ese momento es que se estaba refiriendo a que estaba en el piso con Tiffany y Aiko.

Después de la cena, salimos del restaurante y, agarrados de la mano, comenzamos a caminar.

—Nunca me contaste el motivo de tu alias —le digo, porque, aunque pueda parecer raro, me siento algo incómoda con esta situación. No debería, lo sé, ya paseamos mucho en Chicago, sin embargo, ahora lo siento, y me siento, diferente.

—Son las iniciales de mi nombre. —¿Cómo? Creo que la cara que he puesto al mirarlo le dice todo lo que pienso sin necesidad de hablar—. Saúl Eduardo —especifica.

—¿En serio ese es tu nombre? En los documentos solo aparece Saúl. Puaf, no esperes que te llame así NUNCA. Y yo me quejaba de Sofia María —resoplo—. ¿Y el trece?

—El día que nací.

Y ahí va otra cosa más que tenemos en común. Un número que todo el mundo considera que trae mala suerte y que a nosotros nos ha dado la vida. Vale, el nació un jueves y no un martes trece como yo, pero es que mi ángel de la guarda no podía tener más trabajo.

—¿Y ahora? —le pregunto, conteniendo el escalofrío que me entra. ¡Y mira que este frío no es nada comparado con el de Chicago!

—¿Ahora? Tú decides. No he traído condones —me dice, jocoso y haciéndome recordar la conversación que tuvimos en la que le aseguraba que esto era una no cita y que por nada del mundo, jamás de los jamases, pensaba acostarme con él. Aunque... eso fue antes de saber quién se escondía detrás de la pantalla.

—Seguro que encontramos una farmacia de guardia —le indico y él rompe a reír a carcajadas. Luego, me acerca un poco más a su cuerpo y me besa.



Al final resultó que todo fue un malentendido. Uno de dos, claro. Porque yo imaginé lo que me pareció a mí y Saúl, por su lado, hizo sus propias conjeturas, equivocadas, todo hay que decirlo. Lo que sí hemos confirmado, sin atisbo de duda y después de ver lo que somos capaces de hacer juntos —¡madre de Dios!, no lo cuento por si hay menores cerca—, es que está más que claro que hemos perdido el tiempo de un modo que debería ser delito y que, por descontado, pensamos aprovechar ahora que ya lo hemos aclarado todo.

¡Y menuda forma de *aclararlo*!

Epílogo

Saúl

Buenas noches, mariquita.

Sofía

Mariquita tú.

Saúl

Esa es mi chica. 😊

Sofía

Eh, eh, no te columpies.

¿¿Tu chica??

¿¿Desde cuándo?? 😏

Saúl

De verdad quieres que te lo recuerde?

No tengo problema, pero sé que te vas a poner tontorrón...

Sofía

Calla. Eres insoportable.

Por cierto, acabo de hablar con Idaira.

Ya te valeeeee

Saúl

Me vale.

El qué?

Sofía

Nacho lo sabía. Ella lo sabía.

Menuda hija de su madre. Qué calladito se lo tenía.

¡Y hasta ahora no me lo ha dicho! ¡Ha esperado un mes!

¿Cómo ha podido mirarme a la cara durante todo este tiempo y no decir ni mu?

Saúl

Quizá no lo ha sabido hasta ahora.

Sofía

No.

Sí, sí lo sabía.

Por eso insistió tanto en que me pusiese el vestido rojo.

Saúl

Uh, no me recuerdes ese vestido, por favor. 😞

Sofía

Déjate de vestidos ni de tonterías.

Es mi amiga y me ha mentado.

Por otro lado, no sorprende, ¿sabes?

Debí habérmelo imaginado.

Menuda es!

Y tú, ¿por qué cuentas esas cosas?

¿No tenías suficiente habiéndoselo dicho a tu padre?

Me miraba raro, ¿sabes?

Qué vergüenza, por Dios!!

Saúl

Los tíos también hablamos, ¿o qué te piensas?

Es mi padre y Nacho es mi amigo, Sofía.

Qué quieres que haga?

Sofía

Vale.

Tú, nada. Ella?? Que empiece a correr.

Nacho se lo contó cuando...

Saúl

Qué más da cuándo se lo dijese.

Ya está todo aclarado. ¿verdad?

Mira que te gusta enredar las cosas, eh??

Sofía

Sí.

Por cierto, dónde estás?

Saúl

En un puto infierno.

Sofía

Muy gracioso.

Dónde estás?

Saúl

Esperando a que mi novia me abra la puerta para poder enseñarle cómo se celebra el primer aniversario juntos.

Sofía

Mesario, Saúl, mesario. 😏

Solo llevamos un mes.

Saúl

Lo que sea... el modo de celebrarlo va a ser el mismo.

Sofía

No me gusta que me toquen.

Saúl

Ya, eso cuéntaselo a otro.

Sofía

Jajaja.



Saúl

Piensas abrirme o vas a dejar que se me congelen las pelotas aquí fuera??

Sofía

Déjame que me lo piense.

¿Qué consecuencias hay si hago una cosa o la otra?

Saúl
Sofía...

Sofía
Saúl...

FIN

Agradecimientos

Esta novela surgió de un pequeño relato que escribí para el único libro que tengo de relatos y a una compañera, y amiga, le gustó tanto que me dijo: «oye, deberías de escribirle una historia». Y eso me puso las ganas para hacerlo. Jamás había escrito comedia, pero siempre quise, aun así, no me atrevía. Quizá, por eso de que yo soy bastante crítica con el género, porque soy de las que piensa que todo no hace gracia y, a veces, los protagonistas y escenas de dichas novelas pueden pecar de cansinos. Finalmente, no me aguanté y ¡aquí está!

Por eso, mi «gracias» es, primero que nada, para ella. Mi compañera de letras y amiga, Ivonne Vivier, quien sembró la inquietud de dar vida a la historia de Sofía de Saúl. Y, sin duda, no va a ser la primera y última comedia que escriba, por he de decir que ha sido un proceso enriquecedor para mí como persona y como escritora.

Por supuesto, no me olvido de mis ceros, siempre leales y dispuestas a echar un ojo a cada cosa: Nani Mesa, Laura Duque y Eva María Florensa. Tres grandes compañeras y, en los dos últimos casos, también autoras.

Y creo que, aunque en este caso no lo he expresado así, los primeros agradecimientos siempre son para ti. Sí, sí, para ti, para esa personita que ha confiado en mí y acaba de terminar de leer este libro. Sin ti esto no sería posible, este sueño jamás se hubiese cumplido. Tú formas parte del pilar sobre el sustenta mi andadura de escritora y, por supuesto, lo que plasmo lo hago para por ti, para que disfrutes y pases un buen rato leyendo.

Como no me quiero extender demasiado (mentira), quiero nombrar a mi acompañante en este camino que llamamos vida, a ese con el comparto alegrías y tristezas, el padre de mis hijos, mi amigo, compañero, amante... Al que me apoya incondicionalmente sea cual la tontería que diga o proponga y sin medir el grado de idiotez que puedan conllevar mis palabras. También, por supuesto, al otro pilar fundamental de mi vida: mi hermana. La incondicional, la mejor que podría haber tenido, porque yo sé que sabe que en el fondo yo la elegí (como me diría en sus charlas filosóficas, las cuales que no comparto y lo sabe, jajaja).

Como no podía ser menos, un gracias a mis dos pequeños, Eimar y Kilian, ya que son mi inspiración para escribir. Ellos se encargan de atacarme de los nervios para que quiera sentarme a relajarme. No, en serio, son dos angelitos sin corona.

A Yoli, mi prima, la más grande, mi lectora cero, cero, es decir, la primera de todas. Esa que no tiene filtro y que le agradezco como el agua en verano.

¡GRACIAS!

Sobre la autora

Roseline Moyle nació en 1983 en Cádiz. Licenciada en Historia en el año 2010 y especializada posteriormente en la rama de la educación, es devoradora de libros desde pequeña y amante de los grandes clásicos.

En 2016 se decidió a escribir su primera novela para presentarla a un concurso, tras lo cual, fue publicada en la plataforma de Wattpad; en la que tuvo una gran aceptación desde el momento de su publicación. Después de eso, se lanzó a la autopublicación. Con varias novelas en su haber, decidió hacer un máster de Escritura Creativa y otro de Corrección y Redacción, dedicándose hoy día, además de la escritura, también al ámbito de la corrección.

Hasta el momento tiene publicadas dos series de romance, una histórica, titulada Amor y Deber, y otra contemporánea, Segundas Oportunidades. Además, ya está completa y publicada su primera historia de novela de fantasía romántica, una trilogía que terminó de ver la luz en diciembre de 2021 y que mezcla un mundo de ángeles, magos y seres humanos, todos enfrentados por cambiar la historia que los atenaza. Además, posee historias autoconclusivas de diferentes subgéneros de la romántica.

Actualmente vive en una localidad cercana a Cádiz junto a su marido, sus dos hijos y sus tres gatos.

Si deseas mantenerte informado de todas las novedades con respecto a sus trabajos, puedes hacerlo a través de su perfil de autora de Facebook o por sus redes sociales.

Facebook de autora:

<https://www.facebook.com/roselinemoylewriter>

Instagram: @roselinemoyle_autora

Otras novelas de Roseline Moyle

SERIE SEGUNDAS OPORTUNIDADES

ROMANCE CONTEMPORÁNEO CON SUPERACIÓN.

A TU SON

ENTRE TULIPANES Y FOGONES

UN PACTO A ESCONDIDAS



Consíguelas aquí: <https://relinks.me/B09YS4H1TV>

SERIE AMOR Y DEBER.

Ambientada en la Edad Media. Romance histórico.

IRIA. EL DEBER DE UNA PRINCESA

CORBIN. EL DESTINO DE UN REY

KALA. EL SECRETO DE HELDRETH



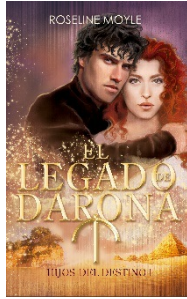
Consíguelo aquí: <https://relinks.me/B07DZN4HDQ>

TRILOGÍA HIJOS DEL DESTINO. Trilogía romántica de fantasía. Historia completa ya publicada. Los títulos que la componen son:

El legado de Darona

El legado de Uriel

El legado es nuestro



Consíguela aquí: <https://www.azonlinks.com/B095J7R1XN>

LA VIDA QUE TE DEBÍA.

Autoconclusiva. Romance con un toque paranormal.



Consíguela aquí: <https://relinks.me/B08JGPB2ZP>

UN COMPENDIO DE RELATOS PARA PASAR EL RATO.

Una recopilación de cuatro relatos cortos de romance para, como bien dice su título, pasar el rato.



Consíguela aquí: <https://relinks.me/B08WKGHJ98>